CRONORRELATOS
II

José Carlos Canalda

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
UN PEQUEÑO DETALLE	3
PROMETEO	8
LA VERDAD SOBRE EL CASO BATENKAITOS	23
TEMPUS FUGIT	25
NUDO GORDIANO	46
PROHIBIDO MATAR AL ABUELO	48
OPERACIÓN PERCEBE	54
CUALQUIER TIEMPO PASADO ¿FUE MEJOR?	76
LA AGENCIA DEL TIEMPO	80
IMPOSIBLE	95
PERPETUUM MOBILE	106
EL HUEVO Y LA GALLINA	109
PROYECTO NÉMESIS	120
QUE LA TIERRA TE SEA LEVE	130
LO QUE EL TIEMPO SE OLVIDÓ	145

PRESENTACIÓN

Uno de los tópicos más populares -y socorridos- dentro de la ciencia ficción ha sido, ya desde los mismos orígenes del género -véase el ejemplo del clásico de H.G. Wells *La máquina del tiempo*-, el de los viajes temporales dentro de sus múltiples variantes. Yo, como lector y como escritor, no podía ser insensible a ello, razón por la que a lo largo de los años he escrito varios relatos, de mayor o menor calibre, que abordan precisamente esta temática. Conste que, desde un punto de vista rigurosamente científico -al fin y al cabo la cabra siempre tira al monte- considero de todo punto imposible tales historias, pero dan tanto juego literario...

En esta antología he reunido todos mis relatos relacionados con los viajes por el tiempo, excluyendo tanto las ucronías como los cuentos relativos a universos paralelos o alternativos dado que éstos constituyen, al menos para mí, un subgénero diferente que merece un apartado propio. Aunque no son demasiados, creo que recogen en su conjunto la visión que tengo de qué podría ocurrir si los viajes por el tiempo pudieran ser realmente posibles... incluso retorciéndolos un poquito, a veces en serio y en ocasiones, por qué no, también en clave de humor.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en dos volúmenes, siendo éste el segundo.

José Carlos Canalda

UN PEQUEÑO DETALLE

La Máquina estaba terminada. La Máquina, así, con mayúsculas. Veinte años de arduo trabajo, de ímprobos sacrificios, de desdeñosas incomprensiones e incluso de burlas, habían llegado felizmente a su fin.

La Máquina, a la que no se había preocupado en darle un nombre, no era un vehículo temporal, no al menos tal como se entendía. Sería, pues, incapaz de trasladar a su constructor al pasado, tal como relataban los autores de ciencia ficción.

Pero la Máquina era capaz de hacer mucho más; podría reescribir irreversiblemente la historia. Actuando a la manera de los robots buscadores utilizados por los navegadores de internet, estaba diseñada para remontar el árbol del tiempo explorando todas sus posibles ramificaciones que habían quedado marginadas y que pudieran, de haber sido las elegidas, haber conducido el flujo temporal por otros caminos diferentes a los que en su día siguiera.

¿Quién no ha soñado, siquiera alguna vez, con cambiar el curso de la historia suprimiendo de ella determinados episodios que le resultaran especialmente desagradables? Esta inocente especulación intelectual tiene incluso nombre propio, el de ucronía, y constituye un subgénero con entidad propia dentro del tronco común de la literatura fantástica.

Pues bien, la Máquina era perfectamente capaz de hacerlo. No sólo de investigar todas las posibles ramas truncadas del árbol de la historia no con especulaciones, sino con la certeza real de que podría haber ocurrido así, sino que también podía desviar el flujo del tiempo por el camino elegido. De esta manera, la utopía se convertiría en realidad.

Él tenía claro lo que deseaba corregir. De siempre había considerado una catástrofe la caída del imperio romano que sirvió de preámbulo a la larga y tenebrosa Edad Media, un período de oscuridad durante el cual Europa, o al menos una parte importante de ella, había colapsado brutalmente padeciendo un retraso de siglos en su evolución. Porque él siempre había añorado una Europa unida y sin fronteras en la que el Renacimiento -que ya no hubiera sido tal- y el consiguiente progreso tecnológico y cultural llevaran, cuanto menos, un milenio de adelanto sobre la prosaica realidad actual.

Ahora tenía ocasión de conseguirlo gracias a la Máquina, y estaba firmemente dispuesto a hacerlo. Por supuesto mantenía su propósito en el más absoluto de los secretos, puesto que de sobra sabía que, de hacerse éste público, jamás le permitirían

llevarlo a cabo. Era mucho lo que se jugaba, demasiado como para que lo dejaran en sus manos.

Preparar el cuaderno de ruta resultó relativamente sencillo. Él conocía al dedillo la historia de esos confusos años, por lo que no le resultó difícil redactar una lista de episodios a evitar: la división definitiva del imperio en 395, las grandes invasiones bárbaras de principios del siglo V, el secular conflicto entre Roma y Persia, que tanto debilitó a los dos imperios beneficiando finalmente a los advenedizos árabes... más a largo plazo, serían importantes también la contención del expansionismo musulmán evitando que éstos conquistaran los flancos este y sur -y temporalmente también el oeste- del Mediterráneo, procurando asimismo que fueran frenados por los persas; la derrota, más allá del limes, de los nuevos pueblos bárbaros que asolaron Europa durante la Alta Edad Media: lombardos, búlgaros, eslavos, húngaros, vikingos... y, para mayor seguridad, habría que conseguir que los turcos se convirtieran al cristianismo en lugar de al islam, como garantía de que éstos pudieran ser asimilados por el acervo común europeo.

Con sólo este armazón estaba seguro de que la Máquina sería capaz de realizar el trabajo por su cuenta; su funcionamiento era tan maravilloso, que no tenía ninguna necesidad de indicarle los pasos a seguir para evitar, por ejemplo, que los vándalos conquistaran el norte de África en 429 -la puntilla para el agonizante imperio occidental- o que los árabes hicieran lo propio con Jerusalén, el resto de Oriente Medio, Egipto y todo el norte de África -y de rebote también España- en menos de un siglo a partir de la derrota de los bizantinos en el año 636. Tras explorar todas las posibilidades alternativas descartando las redundantes y las que conducían a callejones sin salida o a desarrollos históricos poco deseables, la Máquina acabaría eligiendo siempre la más adecuada en busca de su gran meta, una Europa ampliada a la totalidad de la cuenca mediterránea, salvada de la catástrofe y unida bajo el estado romano, con una única lengua y una cultura común; una Europa que abarcara desde Finisterre hasta el Éufrates y desde Gran Bretaña hasta el Sahara... o quizá todavía más, ¿por qué razón un imperio consolidado y rejuvenecido no sería capaz de asimilar a los pueblos, otrora bárbaros, de más allá de las fronteras tradicionales del Rhin y el Danubio?

La excitación por el inminente logro de su personal utopía se veía ensombrecida, no obstante, por un punto de incertidumbre. En esa feliz realidad trastocada, ¿qué sería de él? Porque, de dar pábulo a las teorías de algunos, bastaría con un mínimo cambio en la vida de alguno de sus antepasados, por ejemplo la muerte prematura de alguno de sus antepasados antes de haber podido engendrar hijos, o la no constitución de un matrimonio en cualquiera de las rutas de su genealogía, para que su existencia se borrara por ensalmo como si jamás hubiera existido... porque, en la nueva realidad, jamás habría existido. Así pues, resultaría sarcástico que él no pudiera disfrutar de su triunfo al no haber llegado siquiera a nacer.

Por fortuna existía otra interpretación alternativa bastante más halagüeña. Teniendo en cuenta que el número de nuestros antepasados se multiplica por dos en cada generación que remontamos, y considerando que en los dieciséis siglos largos transcurridos desde el inicio de su intervención en la historia, fijado en la batalla de Adrianópolis -ocurrida en 378, donde tenía previsto evitar la aplastante derrota de los romanos a manos de los visigodos que significó el inicio de la decadencia imperial-, y el momento actual, se sucedieron, calculando cuatro por siglo, al menos 65 generaciones, bastaba un simple cálculo matemático para alcanzar la mareante cifra de ¡cerca de treinta y ocho trillones de antepasados, contando tan sólo la generación contemporánea de Adrianópolis!

Evidentemente en la práctica esa desmesurada cantidad no podía ser en modo alguno real, dado que toda la población mundial jamás llegó a alcanzar esos niveles ni aun sumando a los nacidos a lo largo de toda la historia. Esta aparente incongruencia tenía una fácil explicación considerando que las continuas uniones consanguíneas, en mayor o menor grado, justificaban una reducción drástica del número real de ascendientes, hasta convertirlo en una cantidad acorde con la demografía del momento. Pero aun admitiendo sensatamente que nadie podría ser descendiente de todos y cada uno de los europeos de finales del siglo IV -evidentemente los pobladores de los otros continentes deberían ser descartados en su inmensa mayoría-, cabe suponer que el número de potenciales antepasados de cualquier persona habría de ser, en la práctica, lo suficientemente elevado como para tenerlos que contar por millones.

Por esta razón, habría que pensar que la desaparición de alguno de ellos, o la falta de consumación de sus respectivos matrimonios, poco podría influir no ya en la existencia de una persona actual, sino incluso en su propio patrimonio genético asumiendo que éste derivara por igual de la totalidad de sus ancestros, dado que entre ellos se compensarían sobradamente debido a la redundancia de sus aportaciones. Obviamente según se acortara el recorrido temporal el riesgo de cambios se incrementaría al disminuir el número de antepasados -el desencuentro entre los dos padres resultaría fatal por necesidad-, pero la probabilidad de que esto ocurriera sería asimismo menor, con lo cual ambos fenómenos acabarían contrarrestándose.

También manejaba otro argumento que, aunque contundente, no dejaba de tener su talón de Aquiles. Si tras construir la Máquina y transformar el pasado, pese a todo, desaparecía, esto provocaría una paradoja temporal al haber sido inducido el cambio por alguien inexistente... claro está que al no tratarse de un bucle temporal cerrado, sino de una bifurcación divergente, el argumento no tenía la solidez que a él le hubiera dejado tranquilo, aunque sí se le antojaba lógico pensar en que surgiría del cambio siendo esencialmente el mismo.

Lo que no tenía garantizado en modo alguno, era que en su nueva encarnación se encontrara en una situación similar a la anterior; pero eso era algo que ya no le preocupaba demasiado. Puesto que esperaba que esa sociedad estuviera avanzada al menos en mil años con respecto a la actual, lo lógico sería que el común de la población, él incluido, viera mejorada sensiblemente su vida.

Así pues, terminó de programar la Máquina y pulsó con decisión el botón de encendido. El pequeño artefacto -no medía mucho más que un electrodoméstico de tamaño mediano- emitió un suave ronroneo, se desvaneció al iniciar su recorrido por los enigmáticos senderos del tiempo... y el mundo se transformó por completo.

* * *

El lacerante dolor del latigazo que restalló sobre su dolorida espalda apenas le permitió oír la maldición del cómitre, que en un burdo latín le espetaba:

-¡Rema con más brío, maldito perro mauritano! ¡Rema o te juro que te arranco la piel a tiras!

El instinto, que no el raciocinio, le hizo saber donde se encontraba: en la infecta bodega de una galera, amarrado a uno de los remos y rodeado por sus compañeros de infortunio.

Pero esto no era Ben Hur, sino la nueva realidad a la que le había arrojado su experimento. Seguía estando a 3 de junio de 20xx, de eso no le cabía la menor duda, ya que el desvío del flujo temporal por una rama diferente no implicaba deslizamiento cronológico alguno ni para adelante ni para atrás...

Entonces comprendió. Lo comprendió todo, con una total lucidez ya que su mente, a la par que retenía sus antiguos recuerdos, conservaba también los nuevos, por lo que pudo comparar ambos. Y lo que vio no le satisfizo en absoluto.

Por una irónica burla del destino él había resultado ser de origen bereber -los mauritanos de los romanos-, con sus antepasados posiblemente emigrados a la España musulmana y posteriormente cristianizados. En la nueva realidad seguía siendo al parecer africano y, para mayor escarnio, un galeote esclavo del imperio romano.

Lo de menos era su origen, y en realidad tampoco importaba demasiado que él fuera tan sólo un mísero esclavo. Lo verdaderamente importante era que él había triunfado en el sentido de que el casi trimilenario imperio romano se extendía en la actualidad desde el Báltico hasta el Sahara y desde el Atlántico hasta las estepas rusas y los desiertos arábigos. La Pax Romana se enseñoreaba de la práctica totalidad del orbe, y el actual Augusto gobernaba con mano firme sus extensos dominios.

Pero el precio a pagar por su éxito había resultado extremadamente caro. Roma no había caído y era ahora más poderosa que nunca, a costa de haberse anquilosado en un nivel de desarrollo no muy superior al de su desvanecida agonía. Al igual que ocurría con los animales carentes de enemigos naturales, condenados a no evolucionar hasta convertirse en auténticos fósiles vivientes, Roma no había tenido necesidad alguna de cambiar, manteniéndose esencialmente igual a lo largo de los últimos dieciséis siglos. Cierto, no había habido una Edad Media, pero tampoco a ésta le había sucedido el posterior Renacimiento, ni había tenido lugar la eclosión científica y cultural que derivara de él. Y sin el motor de Europa, en el resto del planeta había sucedido lo mismo; simplemente, se trataba de un mundo estancado que no decaía, pero que tampoco avanzaba hacia adelante.

Mientras se aferraba al remo temeroso de recibir un nuevo castigo, se preguntó con amargura como podría liberarse de su prisión; necesitaría rehacer la Máquina para enderezar el entuerto, pero ¿cómo?, se preguntó abatido. Si bien conservaba en su mente todos los conocimientos necesarios para hacerlo, ¿de qué manera podría lograrlo en un mundo con una tecnología retrasada en muchos siglos con respecto a aquél que de forma tan insensata había hecho desaparecer?

Y lloró, sin que su desconcertado verdugo llegara a saber por qué lo hacía.

PROMETEO

Desde que yo recuerde, Luis y yo siempre fuimos amigos. Vecinos y compañeros de juego -entonces los niños todavía jugábamos en las calles- primero, fuimos compañeros de colegio e instituto después. Más tarde ambos elegimos cursar estudios en la misma facultad, la de Ciencias, optando asimismo por la misma carrera, Física.

No fue sino hasta después de terminada la licenciatura cuando nuestros caminos profesionales, no así los personales, divergieron por vez primera. Mientras yo obtenía una beca para realizar mi tesis doctoral, Luis rehusó someterse al yugo -así me lo dijo- de unos profesores que no sabían más que él, por lo que decidió levantar el vuelo por su cuenta.

Es necesario advertir de que Luis, a diferencia mía, provenía de una familia acomodada, era hijo único y, por decirlo en términos coloquiales, tenía el riñón bien cubierto. Yo, por el contrario, tenía que buscarme las lentejas.

Y me las acabé ganando, aunque para ello tuve que pasar por un largo y penoso noviciado. A los largos años de la tesis, donde no siempre fue todo de color de rosa, les sucedió una estancia de un par de eternos años en el extranjero, tras lo cual todavía hube de estar varios años más dando tumbos como "*precario*", tal como nos autodenominábamos con crudo sarcasmo los becarios postdoctorales, antes de poder conseguir ya bien entrado en la treintena, y todavía tuve suerte, una plaza fija en el departamento. Mientras tanto, me casé con Laura formando mi propia familia.

Por su parte a Luis, con el que siempre mantuve el contacto, las cosas no le fueron nada mal. Durante algún tiempo trabajó en varias empresas gracias a los contactos de su padre, pero a pesar de su valía, que era mucha, siempre acabó hartándose de la disciplina que se veía obligado a soportar, convirtiéndose en lo que se ha venido a denominar un culo de mal asiento.

Como cabe suponer, todos los intentos de su padre por interesarle en los negocios familiares estuvieron también condenados al fracaso. A Luis lo único que le interesaba era "pensar", como él decía, y realmente su brillantez intelectual era excepcional... salvo en lo referente a todo lo relacionado con la economía y la gestión de empresas, para lo cual era un auténtico negado o, más probablemente, completamente refractario.

La oportuna muerte de su padre, cuando las tensiones entre ambos comenzaban a ser bastante severas, vino a despejarle el camino. Tras poner la gestión de las empresas heredadas en manos de gestores solventes y de confianza -que no sirviera para los negocios no quería decir que fuera estúpido-, pudo dedicarse a vivir apaciblemente de sus cuantiosas rentas ocupando todo su tiempo en "pensar".

Luis, olvidaba decirlo, se había especializado en Física teórica, por lo cual, para poder desarrollar todo su potencial investigador, no necesitaba costosos equipos de laboratorio, bastándole con un ordenador suficientemente capaz y, cuando era preciso, con accesos puntuales a centros de supercomputación, en los que compraba el tiempo de uso que necesitaba. Y sin tener que dar cuentas a nadie tal como a él le gustaba, ni tan siquiera a su mujer puesto que se mantuvo soltero.

Yo, sinceramente, no sabía si envidiarle o no. Por un lado me encandilaba su libertad, pero por otro valoraba mucho también el cómodo colchón de mi sueldo de funcionario. Cierto era que todas las mañanas, nada más despertar, ya me veía sometido a una rutina desagradable junto con una disciplina que, por lo general, solía ser llevadera, y que mi trabajo, tanto el de investigación como sobre todo el docente, tenía también su faceta rutinaria y aburrida... pero gracias a mi carácter tranquilo y acomodaticio solía llevarlo bastante bien, mientras mi vida personal y afectiva era asimismo satisfactoria incluyendo, sobre todo, mi relación de pareja.

Por supuesto mantenía mi relación de amistad con Luis, aunque la asimetría provocada por su soltería recalcitrante desequilibraba de forma inevitable nuestros contactos. Laura le apreciaba pero al mismo tiempo le consideraba un excéntrico, razón por lo que nuestros contactos solían ser a título individual -ella prefería mantenerse al margen- y, por lo tanto, distanciados en el tiempo. De hecho podíamos pasarnos varios meses sin vernos, aun cuando nos cruzáramos frecuentes correos electrónicos o, más raramente, llamadas de teléfono.

Es por ello por lo que me sorprendió bastante que me telefoneara al trabajo para invitarme a reunirme con él lo antes posible, proponiéndome que comiéramos antes en uno de los restaurantes más caros de la ciudad, el cual quedaba cercano a su casa. Aunque me incomodó bastante que la invitación -a comer, se entiende- no incluyera también a Laura, razón por la que intenté rehusar, Luis insistió en que aceptara, argumentando que la exclusión de mi mujer se debía únicamente a que quería hablar conmigo de sus investigaciones y, a buen seguro, ella que era de letras se aburriría soberanamente, prometiéndome una segunda invitación con ella incluida para más adelante.

Por suerte, a Laura no le importó demasiado cuando se lo dije. Así pues, acudí a la cita.

No voy a detenerme, por innecesario e intrascendente, en lo que hablamos durante la comida, que por cierto fue magnífica y le costó un dineral que a mí me hubieran llevado los demonios de haberla tenido que pagar de mi bolsillo. Y es que, pese a mi impaciente curiosidad, él no soltó prenda, relegando las explicaciones para más adelante.

Pasaré, pues, directamente a relatar lo sucedido a continuación, cuando me llevó a su casa y, tras encerrarnos en su amplio y caótico despacho, comenzó a relatarme la sorprendente historia de los resultados de varios años de incesante trabajo.

Y fue entonces, sentados relajadamente mientras saboreábamos una copa de su excelente brandy favorito, cuando soltó la bomba.

-Pablo -preguntó, como quien no quiere la cosa-, ¿qué piensas tú de los viajes por el tiempo?

-Yo... -casi me atraganté ante lo inesperado de la pregunta- si te refieres a las novelas y las películas de ciencia ficción que tratan sobre este tema, lo cierto es que hay de todo; pero me sorprende que me hayas traído hasta aquí tan sólo para preguntarme mi opinión sobre la *Máquina del Tiempo* de Wells, o sobre la trilogía de *Regreso al futuro*...

-No -fue su tajante respuesta-. Te lo pregunto en serio, no como aficionado a la ciencia ficción, que sé que lo eres, sino como físico.

-¿Cómo físico? -mi perplejidad se incrementó en un grado- ¿Bromeas?

-En absoluto -reiteró, casi con solemnidad.

-Bueno... -titubeé, todavía confuso- Está el tema de los cationes, claro, pero aparte de que no soy experto en física de partículas, por lo que yo sé nunca ha pasado de ser una mera especulación teórica.

-Y lo seguirá siendo -zanjó tajante-. Porque es un callejón sin salida.

-Entonces...

-¿Qué me dirías si te revelara que he descubierto la manera de viajar por el tiempo?

-Que estabas como una cabra -le espeté a lo bruto.

-Entonces balaré -ironizó.

-¿Bromeas? -repetí de nuevo, mirándole de hito en hito.

-Ya te he dicho que no -fingió un amago de enfado-. Aunque no aceptes creértelo. ¿Qué piensas que he estado haciendo durante todos estos años? ¿Contar los átomos de la punta de un alfiler?

-Pero el tiempo no es una magnitud espacial que se pueda recorrer como se recorre una calle... -objeté.

-Claro que no; eso lo saben hasta los estudiantes de secundaria -rezongó-. Y por favor, no me vengas con cuentos acerca de la Teoría de la Relatividad Especial y el espacio-tiempo, porque los tiros tampoco van por ahí.

-Está bien -suspiré al tiempo que me arrellanaba en mi asiento-. De sobra sé que eres una mente muy brillante, y lo digo totalmente en serio; por ello te creo perfectamente capaz de haber llevado adelante una investigación revolucionaria. Pero viajar por el tiempo...

-Es normal que te sientas incrédulo -sonrió-. Pero te aseguro que es cierto. He desarrollado una nueva rama de la física que, al menos a nivel teórico, lo permite... bueno, permite viajar al pasado, no es posible hacerlo al futuro puesto que éste no existe todavía.

-Tendrás que convencerme -reté.

-Para eso te he llamado.

Y lo hizo, vaya si lo hizo. Y no bromeaba.

Les ruego que no me pregunten acerca de detalles concretos acerca del desarrollo teórico de mi amigo, porque no me resultaría posible responderles; pese a mi formación académica, afín a la suya, y a mis años posteriores trabajando en investigación, a duras penas fui capaz de seguir un trabajo tan profundo e innovador como el suyo, lo que no me impidió percatarme de lo acertado de sus conclusiones.

Sí, era cierto; Luis había encontrado la llave que abría una puerta tras la cual se encontraba el insospechado e inexplorado campo de una nueva ciencia... nada menos que la posibilidad de viajar por el tiempo o, como matizaba él, al pasado. Las perspectivas que abría un descubrimiento de este calibre eran realmente alucinantes.

-¿Qué vas a hacer ahora? -le pregunté, todavía apabullado por la magnitud de lo que acababa de conocer- ¿Publicar los resultados?

Ante mi ingenua propuesta, Luis saltó como un león rabioso, casi asustándome por lo inesperado de su reacción.

-¿Me tomas por un imbécil? -gritó- ¿Acaso no sabes de sobra que, ya desde los tiempos en los que íbamos a la universidad, renegué de todo cuanto tuviera que ver con el tinglado académico? ¿Sabes cuántos artículos científicos he publicado en toda mi vida? Ninguno. ¿Y sabes cuántos pienso publicar de aquí en adelante? Ninguno. Me importan un bledo vuestros afanes y vuestras vanidades, y discúlpame si te das por aludido. Ni quiero hacerlo, ni necesito engordar curriculum alguno.

Me recriminé mentalmente por haber metido la pata, ya que de sobra sabía yo que Luis despreciaba olímpicamente a todo cuanto oliera a los círculos oficiales por los que nos movíamos los investigadores... lujo que podía permitirse gracias a su diletantismo de millonario. No obstante...

-Pero el fin básico de un científico es ofrecer a la sociedad sus descubrimientos -objeté-. Es nuestra obligación moral, por encima de simpatías o antipatías de cualquier tipo; incluso alguien tan huraño como Newton hizo su aportación a la humanidad sin guardársela para sí mismo -el ejemplo estaba bastante cogido por los pelos, lo reconozco, pero en ese momento no se me ocurrió nada mejor.

Eludo repetir por donde me dijo que se podía meter la sociedad todas sus presuntas obligaciones morales; Luis no sólo era refractario a cualquier tipo de atadura disciplinaria, sino además irreductiblemente misántropo.

-Ni siquiera como satisfacción personal... -insistí con terquedad, haciendo no sé por qué de abogado del diablo.

-Mi satisfacción personal queda saciada más que de sobra habiendo vencido este reto -gruñó-. Además, existe otra buena razón para guardar silencio.

-¿Cuál? -pregunté sorprendido.

-Parece mentira que seas tan ingenuo -me reprochó-. Mira a tu alrededor y dime si la humanidad ha sido capaz de aprovechar los descubrimientos científicos y tecnológicos sin sacarles siempre un partido siniestro. Nobel inventó la dinamita para evitar accidentes a los mineros, pero pronto pasó a utilizarse para construir armas mucho más destructivas; y ejemplos como éste los hay a centenares. No, la humanidad no es de fiar en absoluto, y poner en sus irresponsables manos mi descubrimiento supondría a buen seguro que éste fuera utilizado para vete a saber qué disparates.

Touché. He de reconocer que mi amigo tenía mucha razón, y así se lo hice saber añadiendo, eso sí, que de haber tenido idénticos escrúpulos todos los grandes inventores y descubridores de la historia, todavía seguiríamos viviendo en las cavernas y vistiéndonos con pieles.

-Puede... -respondió con displicencia- pero yo no estoy dispuesto a correr ese riesgo -zanjó.

-¿Entonces? -porfié- ¿Vas a dejar que se pierda?

-La verdad es que todavía no lo he decidido -reconoció dubitativo tras una breve pausa-, y esa es una de las razones por las que te he llamado. De todos modos, no pienso hacer nada hasta haber probado antes mi descubrimiento.

-¿Probar? -mi sorpresa se incrementó todavía un grado más- ¿Quieres decir que puedes viajar *realmente* -enfaticé el adverbio- al pasado?

Hasta entonces yo había dado por sentado que el desarrollo matemático de Luis, aunque acertado, se había limitado a un simple planteamiento teórico realizado a modo de brillante ejercicio intelectual. Pero de ahí a construir una máquina del tiempo mediaba un abismo... o al menos eso pensaba yo, convencido de que tamaño artilugio por fuerza debería ser un aparato tan complejo como fuera por completo del alcance de mi amigo. Al fin y al cabo Luis era físico, no ingeniero.

-Claro -fue su pasmosa respuesta-. Una vez que sabes por donde van los tiros, no resulta tan complicado.

-Pero Luis... -objeté- digo yo que una máquina del tiempo no es algo que se pueda armar en el garaje de tu casa, máxime si además no quieres que se entere nadie.

-¿Por qué no? -insistió- Te asombraría saber lo fácil que resulta construir una; incluso para mí, que siempre fui un negado para cualquier tipo de trabajos manuales. En realidad -añadió-, todos sus componentes son, por separado, de lo más corriente, y se pueden adquirir por separado en el mercado sin despertar ningún tipo de sospechas. Yo tan sólo tuve que ensamblarlos, y te aseguro que me resultó más sencillo que armar uno de esos muebles suecos que te venden desarmados.

-Y ahora me dirás que la tienes en el sótano lista para funcionar...

-Casi. Ciertamente la tengo aquí mismo, pero todavía me quedan por hacer algunos ajustes.

-¿Me la enseñas? -rogué.

-Por supuesto -sonrió, al tiempo que apuraba su copa.

* * *

Si he de ser sincero, la primera impresión que tuve de la flamante máquina del tiempo construida por mi amigo fue de decepción, ya que ésta me recordaba a la endeble cabina de un ultraligero al que le hubieran despojado de las alas y del motor, sustituyéndole asimismo el tren de aterrizaje por un simple trípode. Y no andaba descaminado, ya que Luis me acabó confesando que originalmente había sido precisamente eso.

A la cabina, una frágil carcasa de plástico y aluminio con un único asiento en su interior, le habían sido arrancados también todos los sistemas de navegación, sustituidos por un ordenador portátil adosado de forma chapucera al salpicadero. En la parte

trasera, por último, se apreciaba una caja metálica herméticamente cerrada de algo menos de un metro de longitud por treinta o cuarenta centímetros de sección.

Eso era todo.

-¿Qué, esperabas encontrar algo más complicado? -me espetó mi amigo, zumbón, con una sonrisa de oreja a oreja.

Y como yo no respondiera, añadió:

-Pues ya lo ves, más sencillo imposible. Una cabina que ni siquiera es hermética ni está presurizada, un ordenador de lo más corriente para gobernar el vehículo y todo el equipo cronomotor en esa caja de ahí detrás.

-¿Pretendes viajar al pasado en este cascarón? -acerté a preguntar al fin- Tú estás loco...

-¿Temes que me asalten, o que cualquier bicho suficientemente grande me aplaste sin querer? -soltó una carcajada- No te preocupes, estaré seguro. Una vez que esté en funcionamiento este tinglado conmigo en su interior, estaremos protegidos por un campo cronoestático más efectivo que el blindaje de un carro de combate... aunque perfectamente transparente, dicho sea de paso. Estate tranquilo, no soy ningún temerario, y soy el primer interesado en volver sano y salvo de mi excursión.

Volvimos arriba, yo todavía con la sospecha de que me pudiera estar tomando el pelo... porque el dichoso artilugio, lo mirara como lo mirara, se me antojaba demasiado poco.

-¿Y a dónde, mejor dicho, a *cuándo* -me corregí-, tienes previsto ir? ¿Al asalto de la Bastilla? ¿Al descubrimiento de América? ¿A la crucifixión de Cristo? Porque supongo que elegirás un episodio histórico lo suficientemente importante como para justificar el viaje...

-Te equivocas de nuevo -me respondió-. Por desgracia, mi aparato tiene ciertas limitaciones que hacen inviables destinos tales como los que tú has indicado. Para empezar, se puede desplazar por el tiempo, pero no por el espacio, así que no resultaría factible visitar el París de 1789, el Caribe de 1492 o la Palestina del año 33 después de Cristo, año arriba o abajo teniendo en cuenta que la fecha tradicional de su muerte y resurrección no es exacta.

»Además -continuó-, existe lo que podríamos denominar un factor de incertidumbre que impide “enfocar”, digámoslo así, una fecha determinada lo suficientemente reciente, entendiendo como tal un período de tiempo de centenares, o quizá incluso de algunos miles de años. Por desgracia no se trata de una cuestión técnica que pudiera ser

resuelta en un futuro, sino de la propia naturaleza de la curvatura de la corriente temporal, que impide saltos cronológicos demasiado cortos.

»Por último -concluyó-, la verdad es que tampoco me apetecería demasiado aparecer en plena Edad Media, pongo por ejemplo, y que me tomaran por un demonio o por algo todavía peor; aunque no pudieran hacerme nada, el revuelo sería considerable y, quién sabe, incluso podría llegar a alterarse la trama de la historia. No, no me arriesgaré a ello.

-Pues entonces -respondí con desdén-, de poco te va a servir el chisme...

-Eso es lo que crees tú -me rebatió tajante-. Si les hubieran dicho lo mismo a los hermanos Wright y éstos hubieran hecho caso desmantelando su cacharro y olvidándose de intentar volar, puede que ahora no tuviéramos aviones.

Exageraba, claro, pero entendí lo que me quería decir; tampoco se le podía exigir demasiado a un simple prototipo.

-De acuerdo -concedí-. Pero con esas limitaciones que me has dicho, tampoco creo que puedas hacer demasiado...

-Te equivocas de nuevo -refutó-. Aunque la historia como tal, es decir, los últimos milenios de existencia de la humanidad, me esté vedada, tengo disponible la práctica totalidad de la vida de la Tierra.

-No me dirás que pretendes ir al Pleistoceno a fotografiar mamuts...

-Eso sería demasiado vulgar -sonrió de nuevo-. Prefiero a los dinosaurios.

-¡Los... dinosaurios...! -farfullé incrédulo- ¡Pero eso fue hace sesenta y cinco millones de años, como poco!

-Bueno, podemos redondear a esa cifra, ya que lo que yo quiero averiguar concretamente son las causas que provocaron su extinción.

Y se quedó tan tranquilo, como si me acabara de decir que pensaba irse al cine ese fin de semana.

-¡Pero Luis! Exclamé atónito- ¿Tú sabes lo que dices?

-¿Te refieres a que no tenemos manera de conocer el momento exacto en el que ocurrió el *pepinazo*, o a que no resultaría demasiado conveniente estar allí cuando cayera el asteroide...? Suponiendo que hubiera sido esa la verdadera causa de la extinción, claro -respondió con auténtica flema británica.

-Las dos cosas, si te pones así -rezongué incómodo.

-Insisto en que no tienes por qué preocuparte, Pablo -me dio una palmada en la espalda-. Te aseguro que no deseo suicidarme, ni correr un riesgo que no sea el razonable.

-Pues tú dirás...

-Para empezar, es evidente que resultaría prácticamente imposible acertar con el momento justo en el que ocurrió la catástrofe, asumiendo que ésta fuera puntual, y desde luego no me gustaría aparecer por allí ya que, por muy protegido que pueda estar mi aparato, dista mucho de ser invulnerable. Pero por otro lado es que tampoco lo busco, me conformo con aparecer bien a finales del Cretácico, cuando los dinosaurios todavía campaban por sus respetos, bien a principios del Cenozoico, cuando las huellas del impacto, o de lo que quiera que fuese, fueran aún patentes e identificables.

Y viendo mi ceño fruncido, añadió:

-Ten presente que no pretendo hacer un solo viaje, sino varios... muchos, quizá. Mi plan es ir saltando millón de años arriba, millón de años abajo, hasta tener bien acotado el momento exacto de la extinción, o su intervalo temporal según el caso, para luego ir afinando cada vez más: saltos de medio millón, de un cuarto de millón, de ciento veinticinco mil años... al tratarse de una progresión geométrica, bastará con un número relativamente corto de saltos para poderme aproximar todo cuanto pueda sin correr riesgos... aunque de haber ocurrido el impacto, tal como se cree, en la actual zona del Yucatán, la verdad es que poco podría ver directamente desde aquí, en el hemisferio opuesto, aunque supongo que sí podré rastrear sus consecuencias. Al fin y al cabo -concluyó-, fuera lo que fuese se trató de un fenómeno global que afectó a la totalidad del planeta.

Siguió explicándome distintos detalles de su experimento, incluyendo la forma en la que había logrado solventar algo que, de haber pasado desapercibido, podría haber acarreado consecuencias fatales: el hecho de que, a causa de las drásticas transformaciones geológicas ocurridas a lo largo de 65 millones de años, con toda probabilidad la cota actual del suelo, o por decirlo con mayor precisión la del sótano de su casa sobre el que se asentaba la máquina, sería muy diferente de la existente en el momento en el que surgiera en el pasado, corriendo el riesgo cierto bien de aparecer en el seno de una montaña o en las profundidades de un océano, bien de hacerlo a centenares de metros de altura. En cualquiera de estos casos, su muerte sería segura, tanto por aplastamiento instantáneo como por precipitarse hasta el suelo -su artefacto no volaba, ni era capaz de mantenerse en el aire- a saber desde que altura.

Juan había previsto estas incidencias gracias, según me dijo, a un ingenioso sistema detector de gradientes de densidad que funcionaba en sincronización con el famoso campo cronoestático que protegía al vehículo, de forma que si éste detectaba la existencia de materia sólida o líquida en el entorno en el que pretendía surgir, el mismo campo provocaría un desplazamiento vertical hacia arriba que le llevaría hasta la superficie, fuera ésta tierra firme o marina. En caso contrario operaría justo a la inversa, haciendo que la máquina del tiempo descendiera sobre su cota inicial hasta posarse suavemente en la superficie del terreno cretácico o cenozoico. Para la vuelta no habría ningún problema, puesto que las coordenadas iniciales en las tres dimensiones espaciales se mantendrían.

Yo, he de confesarlo, no llegué a entender esto demasiado bien, pero di por buena su explicación; ¿qué otra cosa podía hacer?

Poco es lo que queda ya por contar de esa reunión, en la que, yo todavía no lo sabía, sería la última vez que vería a mi amigo. Según me dijo tenía previsto realizar su primer viaje una semana más tarde, tras resolver algunos detalles que todavía tenía pendientes.

Por último me invitó a ser testigo de su proeza; no a acompañarle en el viaje, algo que yo tampoco hubiera aceptado, lo cual no era posible al ser el aparato monoplaza, pero sí a estar presente cuando lo hiciera. Según dijo, con independencia del tiempo que él permaneciera en el pasado para mí sería un lapso imperceptible, ya que la máquina desaparecería y volvería a aparecer apenas unos segundos después de haberse desvanecido.

Me hubiera gustado asistir, esa es la verdad, pero no me resultó posible hacerlo por culpa de un inoportuno congreso científico que me obligaba a estar fuera de la ciudad durante varios días. Y, claro está, no quise que él lo retrasara por mi culpa, algo que probablemente tampoco habría hecho. Ya me lo contaría con tranquilidad cuando volviera.

Pero no hubo ocasión. Habíamos convenido que esa misma noche me llamaría por teléfono al hotel, con objeto de relatarme, siquiera concisamente, su experiencia, por lo que aguardé impaciente durante varias horas a que sonara el teléfono.

No sonó. Por la mañana, extrañado pero sin estar todavía inquieto, fui yo quien le llamó al móvil, encontrándome con el consabido mensaje de que estaba apagado o fuera de cobertura... lo que tampoco tenía nada de excepcional dado su proverbial despiste. Llamé entonces a su teléfono fijo, con idéntico resultado.

El dichoso congreso me retuvo todavía un par de días más, durante los cuales intenté infructuosamente ponerme en contacto con él, comenzando a ponerme nervioso ante el temor de que quizá pudiera haberle pasado algo.

De vuelta a la ciudad le comuniqué a Laura mis temores, silenciando todo lo relativo al experimento; ella, con su implacable pragmatismo femenino, se encogió de hombros recordándome las continuas extravagancias de Luis, a la par que concluía que ya aparecería.

Pero Laura ignoraba que Luis pretendía retroceder nada menos que sesenta y cinco millones de años en el pasado, aunque si se lo hubiera dicho, algo que estuve tentado de hacer, estoy seguro de que habría soltado una carcajada añadiendo a continuación que yo debía de estar tan loco como él.

Así pues callé, pero en cuanto tuve ocasión me dirigí a casa de mi amigo con el corazón en un puño. Aunque nunca hasta entonces la había utilizado tenía una llave de la misma, a la cual tuve que recurrir tras comprobar que tampoco respondía a mis insistentes timbrazos.

Entré con el alma en vilo, temiéndome lo peor. Pero la casa estaba vacía, sin más muestras de abandono que el desaliño habitual. La recorrí de cabo a rabo tan sólo para comprobar que Luis no estaba allí, y sólo entonces me decidí a bajar al sótano... que también estaba vacío.

Mis peores temores se cumplieron de golpe. La máquina del tiempo había desaparecido, lo que indicaba que por alguna razón Luis no había podido regresar. Una inspección más minuciosa de la casa me confirmó mis sospechas: llevaba varios días sin aparecer por ella, lo que encajaba con la fecha en la que había previsto realizar el experimento.

Profundamente abatido abandoné su domicilio, dirigiéndome en derechura a la comisaría más cercana para denunciar su desaparición... aunque cuidándome mucho de relatar a los policías la historia de su viaje por el tiempo, ya que no era cuestión de que me enviaran directamente a la consulta de un psiquiatra.

Puesto que Luis no tenía familia cercana -ya he dicho que era hijo único, y su madre también había fallecido tiempo atrás- y, por lo que yo sabía, no mantenía ninguna relación con sus escasos parientes, me consideraba obligado a asumir esa penosa responsabilidad.

Por fortuna, en la comisaría me atendieron muy profesionalmente bastándome con decir la verdad, aunque no toda la verdad, para que me creyeran sin hacer demasiadas preguntas, lo que evitó el riesgo de que me pudieran haber pillado en un renuncio. La

maquinaria policial puso en marcha sus engranajes... y hasta ahora, puesto que Luis no volvió a aparecer nunca más.

Pasados unos días desde mi denuncia los gestores de sus empresas, que también le habían echado en falta, tomaron las riendas de su búsqueda, lo cual me permitió pasar a un discreto segundo plano mucho más tranquilizador para mí, todavía temeroso de que alguien pudiera sospechar que callaba una parte fundamental de la información y que, de forma tan errónea como lógica, pudiera considerárseme culpable, o cuanto menos cómplice en cierto grado, de su misteriosa desaparición.

Cuando pasó el tiempo hasta Laura se acabó convenciendo de que hablaba en serio, aunque zanjó cualquier posible discusión sobre el tema con una lapidaria sentencia acerca de la "irresponsabilidad" del pobre Luis. Si ella supiera...

El resto es ya de sobra conocido, puesto que la desaparición de Luis acabó pasando a ser de dominio público gracias al revuelo que en su momento organizaron los periódicos amparándose en la relevancia de las empresas de las que él era propietario, aunque no, claro está, por su indiscutible genialidad científica... Así es, por desgracia, la sociedad en la que nos movemos.

Transcurridos los plazos prescritos por la ley Luis fue declarado legalmente muerto, por lo que se procedió a abrir su testamento. Contrastando con su habitual desinterés por todo lo que no fueran sus especulaciones intelectuales, Luis había sido extremadamente riguroso en su redacción, en la que se adivinaba la mano -o las manos- de uno o varios asesores jurídicos, de modo que todo lo relativo a su herencia quedaba atado y bien atado.

En esencia sus propiedades empresariales pasaban a manos de una fundación, de la que por fortuna no fui nombrado miembro, en cuyos estatutos quedaba establecido que sus beneficios deberían ser invertidos en su totalidad en obras culturales y benéficas. Tampoco se olvidó de mí, donándome... todo su legado científico, una pesada carga puesto que literalmente no sabía qué hacer con ello. De hecho, ni siquiera a duras penas lograba entenderlo.

Yo, a su vez, acabé traspasando sus papeles -es un decir, puesto que todo estaba almacenado en soporte informático- a la universidad en la que trabajo, donde supongo que seguirán estando, excepto todo lo relativo a sus estudios sobre los viajes por el tiempo, y no por interés personal sino por el fundado temor a que pudiera caer en manos poco indicadas. Pero durante años me limité a tenerlo guardado a buen recaudo sin atreverme siquiera a abrir un solo archivo.

Finalmente, y por razones circunstanciales que no hacen al caso, me vi obligado a echarles un vistazo de nuevo... encontrándome con una larga carta de Luis, que hasta

entonces me había pasado desapercibida, en la que expresaba sus temores -nunca antes lo había hecho- de que el experimento, en el fondo, pudiera llegar a fracasar, dado que existían algunos factores aleatorios que no le había sido posible analizar del todo. Pese a ello, y confiando en que no fueran relevantes, había decidido seguir adelante. Por desgracia, se equivocó.

A continuación explicaba, en términos físicos de difícil comprensión, los flecos que según él quedaban pendientes en su desarrollo teórico, con la esperanza de que, si las cosas fueran mal, pudiera yo investigarlos... vano intento, puesto que como ya he comentado su talla científica era infinitamente superior a la mía.

Pese a todo, lo intenté. Y, por un capricho del azar, tuve la suerte de encontrar la luz allá donde su lúcida mente tan sólo había sido capaz de encontrar tinieblas... cruel paradoja puesto que, de haberlo sabido, habría llegado a la conclusión, meridiana una vez puesta en evidencia, de que los viajes al pasado resultaban ser, en la práctica, virtualmente imposibles... lo que, dicho sea de paso, hubiera permitido que ahora siguiera estando vivo.

Intentaré explicarme, aunque no va a resultar sencillo. El tiempo, según había descubierto Luis, presentaba la peculiaridad de ser elástico. Supongo que esto les resultará extraño, tal como me resultó inicialmente a mí... pero en el fondo tiene su lógica, ya que esa *elasticidad* es precisamente la que impide que se pudieran mezclar los diferentes momentos históricos permitiendo que el flujo temporal discurra de manera constante y uniforme. En esencia, es algo similar en cierto modo a lo que ocurre con los fotogramas de una película, todos ellos consecutivos y ordenados, pero aislados y sin saltos ni mezclas de ningún tipo entre unos y otros.

Siguiendo con este símil, la citada *elasticidad* sería la que impediría que el hipotético *habitante* de un fotograma determinado pudiera saltar a un fotograma anterior, actuando a modo de barrera sobre la que *rebotaría* éste sin conseguir traspasarla.

Luis, huelga decirlo, había descubierto la manera no de perforar la barrera, lo cual era físicamente imposible, pero sí de deformarla a su antojo dentro de ciertos límites, lo cual resultaba más que suficiente para sus propósitos. Recurriendo de nuevo a otro símil, y salvando las distancias, su plan de acción podía asimilarse al de los practicantes de ese extraño deporte, o lo que sea, consistente en atarse a los pies una larga soga elástica y tirarse al vacío desde lo alto de un puente... tal como he dicho la barrera que separa el presente del pasado o, mejor dicho, de los pasados, no es rígida sino elástica, por lo que admite cierto grado de deformación que, si bien en circunstancias normales resulta ser del todo inapreciable, gracias a su invento era posible estirarla lo suficiente como para poder retroceder momentáneamente en el tiempo.

Era este campo cronoestático, por usar la terminología de Luis para definir lo que yo prosaicamente he llamado barrera, el que le debería haber mantenido a salvo de cualquier posible accidente en el pasado actuando a modo de membrana protectora, y sería el mismo campo el que, al replegarse, le traería de vuelta. Al menos en teoría...

Claro está que estaba también el problema de la energía necesaria para deformarlo, ingente hasta cantidades inconmensurables de haberse tratado de energía normal; pero Luis se las había apañado, y ahí sí que me perdí por completo a la hora de comprenderlo, para aprovecharse de la naturaleza conservativa de lo que él denominaba la *cronoenergía*; ya se sabe, es como ese chascarrillo, al que tan aficionados suelen ser los profesores de física, según el cual si subimos diez pisos de escaleras y a continuación los bajamos, al ser la energía potencial una energía conservativa, la energía consumida durante el ascenso debería ser la misma que la recuperada al bajar, por lo que el balance energético sería cero y, por lo tanto, no deberíamos sentir el menor cansancio...

Sólo que aquí, siempre según Luis, no habría nada parecido a la entropía ni a pérdidas de energía por rozamiento u otras causas similares, por lo cual el balance real sí sería exactamente cero al igual que en el hipotético caso del movimiento continuo. Y como además la primera etapa del viaje consistía en retroceder en el tiempo, se daba la aparente paradoja -cualquier científico ortodoxo se habría llevado las manos a la cabeza- de que en esta ocasión era el efecto el que precedía a la causa, lo cual era precisamente lo que hacía posible el viaje sin necesidad de aportar un solo julio de energía, ya que era el propio sistema el que la cedía *generosamente* a la ida para luego recuperarla a la vuelta.

Ésta era también la explicación física de por qué no se podía viajar al futuro, ya que en este casó sí habría sido necesario aportar previamente una cantidad de energía superior al consumo eléctrico de todo el planeta, quizá incluso equivalente a la totalidad de la emitida por el Sol; aunque sin duda resultaba mucho menos filosófica que la de asumir que no era posible visitar algo que todavía no existía... pese a que, en el fondo, ambas argumentaciones venían a resumir un mismo resultado.

Bueno, todo eso estaba muy bien... sobre el papel. Pero, ¿dónde se escondía entonces el fallo?

Como suele ocurrir, fue el clavo por el que se perdió una herradura, por la que se perdió un caballo, etc. O si se prefiere, un ejemplo claro del conocido efecto mariposa, tanto da.

La cuestión, resumiendo hasta unos extremos que hubieran escandalizado al desdichado Luis, fue que él había atribuido a su campo cronoestático una elasticidad

absoluta, lo que quería decir que éste se podría estirar, como si fuera una goma, prácticamente hasta el infinito sin correr el riesgo de que se rompiera.

Por desgracia no llegó a tener en cuenta, o descartó por irrelevante, un pequeño factor de sus ecuaciones de magnitud ciertamente infinitesimal, pero en modo alguno despreciable. Esta incómoda chinita era la que se empeñaba en impedir que la elasticidad del campo cronoestático fuera matemáticamente completa, aunque en la práctica cualquier científico experimental también la hubiera ignorado... aunque a la hora de la verdad demostró su verdadera importancia, ignoro si de forma inapelable o si, por el contrario, se trató tan sólo de un caso de increíble mala suerte.

Lo que sucedió, en definitiva, fue que ese dichoso factor, actuando a modo de minúscula griega, provocó un desgarro en el campo cronoestático que, sometido a la ingente tensión de sesenta y cinco millones de años tirando de él, acabó rompiéndose al igual que lo hace una goma elástica estirada más allá de su capacidad de resistencia.

Ese fue el fin de Luis y de su endeble aparato. Pero no sólo ocurrió eso. Fue mucho más, y he aquí lo más espeluznante de mi descubrimiento. Cuando el campo cronoestático se rompió, no sólo quedó cortado el delgado cordón umbilical que mantenía unido a mi amigo con el presente. También ocurrió que toda esa ingente cantidad de energía acumulada -por mucho que Luis la hubiera denominado *cronoenergía* no dejaba de serlo-, la misma que debería haberle devuelto a casa, fue liberada de golpe sobre la Tierra de finales del Cretácico.

No fueron ni un asteroide ni un cometa, caídos sobre nuestro planeta, quienes acabaron con los dinosaurios. Tengo la certeza de que fue Luis o, mejor dicho, la energía liberada por su experimento, la verdadera causa de esta catástrofe que marcaría a nuestro planeta para siempre.

LA VERDAD SOBRE EL CASO BATENKAITOS

Kurt Batenkaitos era un gran científico. Lamentablemente, era también un gran canalla. Poseedor de una soberbia estratosférica acorde con una falta total de escrúpulos, había que adjudicarle también el mérito de haber sido capaz de concitar entre sus colegas una aversión generalizada, en muchos casos convertida en odio, que él desdeñaba atribuyéndolo todo a la envidia.

Pese a ello Kurt Batenkaitos seguía siendo un gran científico, lo que no pudo evitar que nadie le creyera cuando hizo pública la noticia de que había construido una máquina del tiempo. Y desde luego, tampoco ayudó demasiado a vencer la incredulidad que rechazara con toda vehemencia las demandas de sus colegas de poder inspeccionar el artefacto, estudiar sus planos y, tal como dicta el método científico, intentar reproducirlo en sus laboratorios. Como cabía esperar el doctor Batenkaitos les acusó de intentar apoderarse de su descubrimiento, razón por la que, para regocijo de sus numerosos enemigos, fue tildado de farsante y aun de cosas mucho peores.

Pero él no se arredró y, haciendo gala de sus innegables dotes oratorias, prometió que realizaría un viaje al pasado del cual volvería trayendo pruebas irrefutables de la veracidad de sus afirmaciones; aunque, por supuesto, tal viaje se realizaría sin testigos de ningún tipo y sin la menor publicidad. De hecho, se negó a revelar el lugar donde tenía escondido su artilugio e incluso el día en el que realizaría su experimento aunque, afirmó, éste tendría lugar en breve.

Apenas una semana más tarde tenía lugar una misteriosa explosión en una nave industrial que luego se supo que había sido alquilada por el excéntrico científico, en la cual debía de ser, con toda probabilidad, donde éste habría instalado su presunta máquina del tiempo... o lo que quisiera que fuese, según sus críticos, que veían así reforzadas sus acusaciones de fraude dado que resultó imposible averiguar la naturaleza exacta del artefacto ahora convertido en un informe amasijo de chatarra. Y desde luego, tampoco ayudó demasiado el hecho de que Kurt Batenkaitos desapareciera sin dejar el más mínimo rastro, ya que de lo que sí estaban seguros los investigadores de la policía era que entre las ruinas del almacén no había aparecido el menor vestigio de posibles restos humanos.

Poco a poco el incidente se fue olvidando, imponiéndose la opinión generalizada de que el doctor Batenkaitos había realizado todo ese montaje para camuflar su fuga a un país exótico, eludiendo la persecución de la justicia por evasión de impuestos o cualquier otro tipo de delito fiscal, que en este último detalle no había demasiado acuerdo; y como las autoridades responsables rehusaron refrendarlo o desmentirlo, ahí quedaría finalmente todo.

El olvido final llegaría, no obstante, algunos años después, cuando otro escándalo de magnitud similar acabó reemplazándolo de los mentideros científicos, y aun de los generales. Todo ocurrió cuando el prestigioso paleontólogo Elmer Oldman comunicó que, cuando investigaba unos coprolitos -o excrementos fosilizados- de tiranosaurios en busca de restos óseos que pudieran aportar información sobre su dieta carnívora, había descubierto en el interior de uno de ellos la montura de unas gafas o, mejor dicho, lo poco que quedaba de ellas. Puesto que según las teorías comúnmente aceptadas por la comunidad científica los dinosaurios del Cretácico no solían utilizar este tipo de adminículos, mientras que por otro lado la probidad profesional del profesor Oldman era intachable, se acabó suponiendo que el ilustre científico había sido víctima de una pesada broma a imitación del clásico fraude del Hombre de Piltdown.

Fue una verdadera lástima que a nadie se le ocurriera preguntar, en la óptica a la que solía encargar sus gafas Kurt Batenkaitos, si el objeto encontrado en el presuntamente falso coprolito pudiera coincidir con el anticuado modelo que el desaparecido científico acostumbraba a usar, siempre el mismo desde hacía décadas, sin hacer jamás la menor concesión a la moda. Porque, pese a sus grandes defectos, el sabio doctor Batenkaitos merecía haber gozado del reconocimiento público por haber sido el primer humano capaz de viajar al pasado... aunque no le hubiera resultado posible volver al presente para disfrutar de su éxito.

TEMPUS FUGIT

Luis P. y Pablo M. eran amigos desde hacía muchos años. Muy buenos amigos. Pero eso no quería decir que no discreparan en diferentes temas; de hecho, discrepaban en todo. En realidad, esta disparidad tan radical de criterios no era sino un ejercicio intelectual que ambos practicaban por placer y que resultaba sumamente grato a ambos; dicho con otras palabras, disfrutaban discutiendo por puro diletantismo y no por convicción ni, mucho menos, por fanatismo. Así pues, tampoco era extraño que intercambiaran frecuentemente sus papeles pasando a defender cada uno de ellos justo aquello que hasta momentos antes había rebatido con ardor... y viceversa. Y por supuesto, bastaba con que cualquiera de los dos opinara sobre algo para que el otro pasara a apoyar inmediatamente lo contrario.

En esta ocasión la polémica -amistosa y cordial, como siempre- versaba sobre el tema de los viajes por el tiempo. O, mejor dicho, sobre las posibles consecuencias que podría acarrear una alteración de las líneas temporales tal como habían especulado con anterioridad infinidad de autores de ciencia ficción.

Luis defendía la teoría de que el tiempo era por definición inmutable, por lo que cualquier posible alteración realizada en él habría tenido previamente lugar y sus consecuencias, por consiguiente, estarían amortizadas. Como mucho, admitía, un viajero temporal torpe o poco escrupuloso podría llegar a provocar un bucle momentáneo que acabaría retornando tarde o temprano -más bien temprano- al punto original, tal como ocurre con las aguas de un río tras su desbordamiento.

Pablo, por el contrario, apoyaba la hipótesis que contemplaba un tiempo arborescente, arguyendo que todas las realidades posibles estarían agrupadas formando una estructura divergente, con las distintas ramas separándose entre sí conforme se alejaban de sus respectivos orígenes. Por este motivo una alteración temporal provocaría un cambio de rama y, por lo tanto, una alteración irreversible en el discurrir de la historia, tanto mayor cuanto más se remontara en el pasado; era, en definitiva, el concepto de punto jumbar tan común en las ucronías, ese momento temporal y espacial en el que una pequeña intervención podía acarrear un cambio de gran magnitud en el discurrir de la historia, al estilo de cómo se desviaba el itinerario de un tren tras pasar por un cambio de agujas.

Luis le rebatía argumentando que, de ser así, la historia habría acabado siendo un auténtico caos, dado que cada cual intentaría modificarla a su antojo, muchas veces siguiendo criterios antagónicos, pese a lo cual no había el menor indicio de que nunca hubiera ocurrido así. A ello Pablo respondía con no menos vehemencia que el salto de una línea temporal a otra sería tan absoluto que todo lo de la antigua desaparecería,

incluidos los propios recuerdos, por lo cual era imposible que se tuviera conciencia de ella. Luis, entonces, argüía que, dada la complejidad de la teoría de Pablo, lo pertinente era aplicar la Navaja de Occam optando por la hipótesis más sencilla, la suya.

La discusión, como tantas otras de los dos amigos, habría quedado en nada -por lo general éstas acababan siempre en tablas- de no darse la circunstancia de que Luis y Pablo, ambos inventores geniales, acababan de construir conjuntamente una máquina del tiempo que, como cabe suponer, deseaban probar, aunque el temor -al menos el de Pablo- de causar daños irreparables en el tejido espacio-temporal les mantenía indecisos.

Finalmente optaron por realizar el viaje, tras convencerse Pablo de que una alteración de la historia podría ser aceptable si ésta era para mejor, bastando con poner cuidado para que fuera así. En cuanto a Luis, escéptico como era acerca de la posibilidad de alterarla, esto no le preocupaba en absoluto.

Tras largas discusiones, Pablo insinuó que no estaría de más quitar de en medio a alguien tan repelente como a Francisco Franco. Propuso, incluso, el momento que veía más adecuado para hacerle desaparecer: el 29 de junio de 1916 cuando, siendo capitán de Regulares, fue gravemente herido por los rifeños en una escaramuza que tuvo lugar en las cercanías de Ceuta. Bastaría con materializarse a su lado y, aprovechando la confusión, rematarlo asegurándose de que quedaba bien muerto; puesto que el incidente bélico había tenido lugar por la noche y las características de la máquina del tiempo le permitían deambular sin ser vista por el escenario elegido hasta llegar al lugar deseado, nada más fácil que descerrajarle un tiro aprovechándose de la confusión antes de poner tierra -bueno, tiempo- por medio.

Ni siquiera tendrían que abandonar el vehículo, lo cual hubiera supuesto un importante riesgo ante el peligro de ser víctimas del fuego cruzado entre uno y otro bando, ya que bastaría con abrir una pequeña ventana y dispararle a bocajarro cerrándola inmediatamente después. En cuanto al arma, y en prevención de posibles anacronismos que pudieran ser descubiertos en una autopsia, podrían robarles previamente una espingarda cargada a los propios rifeños.

Luis, empeñado en llevarle la contraria, siguió mostrándose escéptico ante los posibles beneficios que la desaparición del dictador pudieran tener para España, argumentando que, de ser posible matar a Franco, la propia corriente temporal se encargaría de corregir inmediatamente la alteración causada dejando las cosas si no igual que antes, al menos de una forma totalmente equivalente.

-Por mi parte, y asumiendo que fueras tú quien estaba en lo cierto -argumentaba sin dar su brazo a torcer-, y aunque no niego que me encantaría ver desaparecer del mapa a semejante individuo, la verdad es que no creo que sirviera de nada. Primero,

porque Franco no fue el promotor, ni tan siquiera uno de los principales cabecillas del golpe de estado del julio de 1936; como es sabido éstos fueron los generales Mola y Sanjurjo, mientras que Franco se mostró ambiguo hasta prácticamente el momento mismo de la sublevación.

-Pues para tener un perfil bajo le cundió bastante -ironizó Pablo-; apenas dos meses después de estallada la guerra, en septiembre de 1936, se proclamó generalísimo de los rebeldes...

-Fue una mezcla de astucia y suerte -replicó impertérrito Luis-. Sanjurjo, que era el jefe in pectore de los sublevados, murió el 20 de julio de 1936 cuando el avión en el que pretendía volver a España se estrelló al despegar en Lisboa. Goded y Fanjul habían sido fusilados por los republicanos. Mola estaba por debajo de él en el escalafón, y no contaba con muchos apoyos tras el fracaso de los golpistas en su intento de derrocar al gobierno de la República; además, se mató en otro accidente de aviación un año más tarde. En cuanto a los demás generales: Cabanellas, Queipo de Llano, Saliquet... bueno, por pitos o por flautas tenían peores bazas en sus manos.

-Tanto me da. El caso es que cogió la sartén por el mango, ganó la guerra e implantó su dictadura.

-¿Y tú crees que cargándonoslo lograríamos evitar la Guerra Civil? Para empezar, la sublevación habría tenido lugar exactamente igual, solamente que habría sido nombrado generalísimo otro de los rebeldes en lugar suyo... candidatos no hubieran faltado. Eso sin contar con que no todo fue mérito de los insurrectos, la República también se corroyó por dentro gracias a los manejos de los sectores más extremistas, comunistas, troskistas, anarquistas, nacionalistas catalanes y vascos e incluso la facción más radical de los socialistas comandada por Largo Caballero, no por algo conocido con el apelativo de el Lenin español... en resumen, si bien Franco fue a la larga el gran beneficiario del fregado, no creo que su desaparición hubiera supuesto cambios significativos en la gran tragedia que fue la Guerra Civil española.

-En la guerra quizá no -insistió Pablo con tozudez-; pero en la posguerra quizá sí. De no estar Franco por medio, capaz de sacar de quicio hasta al mismísimo Hitler, es muy posible que España se hubiera visto involucrada de una u otra manera en la II Guerra Mundial, quizá de una forma parecida a como lo fue Italia. Esto habría prolongado el conflicto acarreando mayores penurias para los españoles de la época, pero en 1945 nos hubiéramos visto libres de la dictadura franquista... o de la del militar que le hubiera sustituido. Habríamos disfrutado de un régimen democrático, probablemente republicano, del Plan Marshall... vamos, que habríamos ganado las décadas que nos hizo perder este individuo.

-En tu razonamiento hay bastantes puntos débiles -le rebatió Luis en tono mordaz-, y parece más una declaración edulcorada de cómo te habría gustado a ti que hubiera sido la historia, que una hipótesis plausible de por donde podrían haber ido los tiros.

Pero el tenaz polemista todavía guardaba en la manga un as demoledor.

-Además, aun admitiendo que sin Franco no hubiera llegado a estallar la Guerra Civil, mucho me temo que a ti no te hubiera ido demasiado bien...

-¿Por qué lo dices? -se extrañó su amigo- Ni siquiera mis padres habían nacido entonces. Fueron mis abuelos...

-Precisamente es ahí donde radica el problema -se relamió Luis-. Según me has contado en más de una ocasión, tu abuela materna tenía un novio al que mataron en la batalla del Jarama, y no fue sino hasta después de terminada la guerra cuando conoció a tu abuelo. De no haber sido por la guerra tu abuela se habría casado probablemente con su primer novio, no con tu abuelo, por lo que tu madre no habría nacido y, en consecuencia, tú tampoco.

Ante tan demoledor argumento Pablo se quedó pálido.

-¿Qué, ya no estás tan convencido de ir a cargarte a Franco? -se burló su amigo.

-Bueno, el ensayo no tiene por qué interferir con nuestras vidas personales -respondió tras un prolongado silencio-. Esa suerte ha tenido Franco.

-Vaya, temes por tus abuelos pero te importan un pimiento los abuelos de los demás. No está mal...

-No, lo digo en serio -porfió Pablo agarrándose a un clavo ardiendo-. Franco, al fin y al cabo, fue un aficionado en comparación con los grandes genocidas de la historia. Haríamos un favor a la humanidad haciendo desaparecer a cualquiera de ellos...

-Sin riesgo propio, claro. Eso es lo que se llama apostar sobre seguro -Luis había hecho presa y no estaba dispuesto a soltarla-. Y aunque la nómina de canallas históricos es grande, supongo que convendrá borrar de la lista de candidatos a aquellos demasiado antiguos, como Asurbanipal, Calígula, Atila o Gengis Kan, porque sería difícil seguir en detalle las posibles alteraciones históricas provocadas por su desaparición... eso teniendo en cuenta tus postulados, según los míos, insisto, no serviría para nada.

-Razón de más pera que no te opongas a mis planes -objetó Pablo.

-Sí, sería mejor elegir un personaje de la historia reciente suficientemente sanguinario y suficientemente cercano en el tiempo, ¿no? Stalin, Hitler, Mao, Pol Pot,

Idi Amin... ¿Cuál prefieres? Para los escritores de ciencia ficción el más socorrido es sin duda Hitler...

-¿Por qué no? Si tú tienes razón, nos quedaremos igual que estábamos. Pero si la tengo yo, habremos salvado la vida a muchos millones de personas.

-A cambio de hacer desaparecer a un buen puñado de ellas que, al igual que tu madre, no habrían llegado siquiera a existir en la nueva realidad... pero bueno, te concedo que la elección es apropiada. No obstante, te digo lo mismo que con Franco: o bien el tiempo está completamente blindado frente a posibles cambios al ser imposibles las paradojas temporales, o bien la alteración que introduzcamos no sirva de mucho en la práctica. Te digo lo mismo que con Franco, Hitler no fue el único jerarca nazi, y de no haber existido, es de suponer que otro de ellos hubiera ocupado su puesto: Himmler, Goebbels, Borman, Goering, Hess... había suficientes para elegir, por desgracia.

-Pero nadie con el carisma de Hitler.

-Bien, veo que te has emperrado con el bueno de don Adolfo -ironizó-. Vale, nos lo cargamos. ¿Cuándo? ¿En la cuna? Sería lo más sencillo.

-¡Oh, no! -protestó Pablo indignado- Por mucho que tuviera la certeza de que se iba a convertir en uno de los mayores asesinos del siglo XX, sería incapaz de matar a un niño de pecho.

-Bien, entonces cuando ascendió al poder en 1933...

-Tampoco. Eso ya sería demasiado tarde, ya que el partido nazi estaba ya perfectamente asentado y, en efecto, podrían reemplazarle sin demasiados problemas... al menos, en un principio.

-Pues tú dirás entonces.

Pablo se relamió los labios -era evidente que había estudiado a fondo el tema- y respondió sin titubear:

-Para mí el momento más adecuado sería cuando era un simple soldado en la Primera Guerra Mundial; podríamos elegir varias fechas, como cuando logró sobrevivir, en octubre y noviembre de 1914, a la primera batalla de Ypres, que fue una auténtica carnicería, o cuando en octubre de 1916 fue herido en una pierna en el frente del norte de Francia durante la batalla de Somme. O quizá cuando fue víctima del gas mostaza, de nuevo cerca de Ypres, en octubre de 1918, justo antes de terminar el conflicto...

-Ya puestos, ¿por qué no cargárnoslo en otro momento más tranquilo? Al fin y al cabo pasó prácticamente toda la guerra en el frente, salvo las dos veces que tuvieron que ingresarle en un hospital.

-No estoy tan seguro -objetó Pablo-. Cierto es que buscarlo en el frente resultaría más complicado, pero en mitad de la confusión de una batalla nuestra intervención pasaría mucho más desapercibida.

-Como quieras; desde este momento te nombro asesor histórico del primer viaje temporal de la historia de la humanidad -se chanceó Luis-. Encárgate de elegir el momento que más te guste y el arma que consideres más apropiada.

* * *

Pablo se lo tomó muy en serio, y tan sólo un par de semanas más tarde le comunicó a un sorprendido Luis, que mientras tanto se había desentendido por completo del tema, que los preparativos estaban ya todos listos.

De hecho, su minuciosidad había sido completa. Para empezar, había indagado vete a saber donde -Luis había preferido no saberlo- hasta lograr hacerse con un detallado registro de los servicios militares cumplidos por el joven cabo austro-alemán.

-Lo ideal -explicó a su amigo- hubiera sido aprovechar el momento de una guardia nocturna para, tras materializarnos junto a él, descerrajarle un tiro aprovechando su soledad; pero se da la circunstancia de que, pese a estar en el frente durante casi toda la guerra, Hitler apenas pisó la primera línea de fuego ya que enseguida se las apañó para conseguir un puesto de correo, lo que le permitía permanecer en la retaguardia la mayor parte del tiempo. Lo cual, por cierto -añadió con sorna-, le granjeó la enemistad de sus compañeros.

»Sin embargo -prosiguió-, esto también nos abre otras posibilidades, ya que sus misiones como correo las realizaba normalmente en solitario. No será tan fácil como cazarlo adormilado en plena noche, pero siempre podremos encontrar algún momento adecuado en el que le pillemos desprevenido. Además -rió-, no tenemos ninguna prisa.

Pablo le mostró el arma que había conseguido para realizar la misión: se trataba de un revólver Lebel, una reliquia de la I Guerra Mundial que, pese a su antigüedad, aseguró que funcionaba perfectamente, junto con la munición necesaria para la vetusta arma. Había descartado utilizar un fusil ya que la máquina del tiempo les permitiría

aproximarse a su víctima a corta distancia, circunstancia en las que el revólver se prestaba mejor a sus objetivos que un arma larga.

A éste había sumado varios equipos de tecnología punta, en concreto un equipo de visión nocturna y un sofisticado sistema de reconocimiento facial que descargó en el ordenador de la máquina del tiempo ya que, como comentó jocosamente, no era cuestión de equivocarse y que, por culpa de un cambio de última hora, en vez de al futuro führer acabaran quitando de en medio a un inocente compañero suyo.

La idea, explicó a Luis, era simular que Hitler había sido interceptado por un comando francés infiltrado en las líneas alemanas, el cual le habría matado para arrebatarle los mensajes que portaba. En cuanto a la fecha elegida ésta tendría que estar comprendida entre el 1 de julio de 1916, día que se inició la ofensiva franco-británica, y el 5 de octubre, cuando resultó herido y fue evacuado del frente. Puesto que Pablo tenía anotadas las andanzas del futuro dictador durante esos tres meses, había seleccionado varios posibles momentos en los que, según sus propias palabras, podrían cazarlo como a un conejo.

Por su parte Luis, fiel a su papel de escéptico oficial, le dejaba hacer dejándose llevar a su vez. Así pues no mostró la mínima oposición, aunque tampoco el menor interés, cuando Pablo le comunicó que ya estaba todo listo y que podrían viajar en el tiempo cuando quisieran. Una de las peculiaridades de su máquina era que, con independencia de la duración del viaje, su retorno al presente tendría lugar inmediatamente después de su partida, razón por la que nadie les echaría de menos. De todos modos, y con independencia de cual pudiera ser el resultado de su experimento, tampoco tenían intención de demorarse demasiado.

Así pues, ambos bajaron al sótano de la vivienda de Pablo donde habían establecido su laboratorio primero, y su taller de construcción después. Allí se encontraba la máquina del tiempo, un tosco paralelepípedo del tamaño de una furgoneta construido en chapa de aluminio soldada por ellos mismos. Puesto que mientras estuviera funcionando se mantendría protegida por un campo de fuerza, no había sido necesario reforzar sus paredes ni instalar sistemas de soporte vital de ningún tipo; de hecho, dada la brevedad del viaje ni siquiera necesitarían presurizarla, aunque por precaución Pablo había instalado en su interior un medidor de oxígeno y una bombona de este gas.

Tampoco tenía ventanas ni nada que se pudiera parecer a un parabrisas, tan sólo la puerta de acceso, comprada en una tienda de carpintería de aluminio, y la pequeña trampilla, ahora cerrada, que les permitiría disparar a su presa desde la seguridad de su refugio. En cuanto al interior, éste no podía ser más espartano, con dos asientos procedentes de un desguace de coches y, frente a ellos, una sencilla mesa sobre la que reposaba el ordenador de control, cuyo monitor había sido sustituido por una televisión

plana de gran formato. El alumbrado, por último, corría a cargo de una lámpara eléctrica colgada de la mampara que oficiaba de techo.

Y eso era todo, puesto que la maquinaria que hacía funcionar al equipo estaba situada en un rincón del sótano, conectada con la cabina por un manojo de cables y por un segundo a un potente alimentador eléctrico. En realidad, y esto decía mucho de la genialidad de sus dos inventores, el conjunto no era nada espectacular ni por su volumen ni por su aspecto. Puesto que desde un punto de vista físico -de la física ortodoxa, se entiende- durante el experimento la cabina no se desplazaría ni tan siquiera un milímetro de su emplazamiento durante su deslizamiento por el espacio-tiempo, no había sido necesario sobrecargarla de instrumental.

Tampoco hubo, obviamente, ceremonial de ningún tipo, limitándose los dos amigos a entrar en la cabina cerrando la puerta y a sentarse en sus respectivos asientos. Pablo, tras depositar con cuidado a su lado el estuche que contenía el revólver, encendió el ordenador y comenzó a pulsar rápidamente el teclado. En el monitor se abrió una pantalla, a modo de formulario, en la que introdujo los parámetros necesarios para el viaje: las coordenadas geográficas de latitud, longitud y altitud de su punto de destino, y la primera de las fechas de 1916 que había elegido para viajar. Acto seguido pulsó con nerviosismo la tecla de entrar y...

La imagen del monitor cambió instantáneamente por otra diferente, la vista a vuelo de pájaro de un paraje boscoso. Aunque al estar la máquina del tiempo desmaterializada en ese continuo espacio-temporal no existía el peligro de que ésta apareciera en el interior de una roca sólida -en ese caso, simplemente, tan sólo hubieran visto oscuridad-, Pablo había preferido darle un margen generoso a la altura a la que deberían aparecer, dado que esto les permitiría orientarse mejor. De hecho, los viajeros temporales parecían flotar a unos cien o doscientos metros sobre el suelo.

Un rápido cambio de pantalla y la consulta a un programa de localización geográfica -obviamente en 1916 sistemas como el GPS no existían ni en la imaginación más calenturienta- le permitió orientarse, corrigiendo la leve desviación que presentaba el aparato. Una vez hecho esto, cogió un mando parecido a los utilizados en los videojuegos -de hecho procedía de una consola- y comenzó a descender con cuidado.

-Hemos aparecido en el lugar correcto -explicó a su compañero-; pero, claro está, no había manera posible de prever el lugar y el instante exactos en los que podríamos encontrar a Hitler; tan sólo sé que este día cumplió con una misión en esta zona, y que nos encontramos dentro de los márgenes espacial y temporal correctos. Pero habrá que rastrearlo...

Luis no respondió, absorto como estaba en la contemplación del paisaje que se abría ante su vista. Con independencia de que creyera o no en la posibilidad de cambiar

la historia, lo que resultaba evidente era que los viajes por el tiempo eran una palpable realidad. Y con esto le bastaba.

-Decía -insistió molesto su amigo- que tengo localizados tanto el punto de partida de su misión como el de su destino, así como la hora de forma aproximada. Pero como no hay manera de saber cual pudo ser su itinerario preciso, tendremos que barrer toda la zona para encontrarlo, bien a la ida, bien a la vuelta, esto daría lo mismo.

-Siempre y cuando no se nos acabe antes el aire... -rezongó éste agorero.

-En ese caso, no habría mayor problema. Bastaría con volver a casa y ventilar la cabina, para después intentarlo de nuevo... habiendo fijado previamente las coordenadas espacio-temporales, apareceríamos exactamente en el mismo lugar y el mismo momento en que nos hubiéramos ido. Aunque bien pensado -añadió-, no sería ninguna tontería instalar un sistema de reciclado de aire para futuros viajes.

Luis continuó en silencio, con la mirada fija en el monitor. Pablo gruñó algo y, tras teclear de nuevo, cargó una subrutina que permitiría barrer de forma sistemática la superficie de terreno que había fijado para la búsqueda.

Pero su presa no apareció. Y cuando el detector les indicó que el aire de la cabina comenzaba a enrarecerse, decidieron dar por terminada la búsqueda.

* * *

Tardaron toda una semana en intentarlo de nuevo, justo el tiempo que tardó Pablo en calcular un nuevo destino espacio-temporal distinto del anterior.

-Puede que ocurriera algún imprevisto que, por la razón que fuera, no quedó registrado en los documentos oficiales del Deutsches Heer -explicó-. Por esta razón, es preferible buscar otra opción; por fortuna, Hitler hizo bastantes viajes en solitario a lo largo de la guerra.

Luis, por variar, no le prestó demasiada atención, enfrascado como estaba en la instalación de un rudimentario sistema de absorción del CO_2 que permitiera prolongar el tiempo de la exploración. En cuanto al oxígeno, no habría problemas, puesto que tenía previsto aumentar el número de bombonas .

-Ya puestos, podrías poner también un retrete -se burló su amigo-; no es cuestión de tener que hacerlo en un cubo.

El bufido que recibió a modo de respuesta le quitó las ganas de seguir bromeando.

Un día más tarde se embarcaban en su segundo intento de búsqueda de Hitler. La cabina, obviamente, no contaba con el reclamado retrete ni tampoco con un cubo, pero Luis sí había llevado una nevera portátil con bebidas y un par de bocadillos. Pablo, por su parte, no se separaba de su preciado revólver.

Los prolegómenos del viaje se desarrollaron sin incidencias, de forma muy similar al anterior. Aunque el paisaje cambiaba algo a causa del movimiento de las posiciones de los dos ejércitos, seguía correspondiendo a la misma zona del frente.

Y Hitler continuaba sin aparecer.

-¿Qué pasará si agotamos el período de tiempo que falta hasta que le hieran? -preguntó preocupado Luis.

-Nada irreversible -respondió Pablo, atento a la pantalla-. Siempre podríamos volver a repetir la búsqueda retrocediendo hacia atrás, ésta es la gran ventaja de los viajes por el tiempo. Y si no resultara, podríamos buscar algún otro momento durante la guerra o, a unas malas, fuera de ella.

-Ya, pero... ¡Un momento! -se interrumpió Luis- ¿Has visto eso?

-¿El qué?

-Me pareció atisbar una figura humana entre los árboles... ahí, a la derecha -añadió al tiempo que señalaba el lugar.

-Vamos a ver... -respondió Pablo, súbitamente interesado, a la vez que ampliaba la zona-. ¿Estás seguro de que...? ¡Quiero, ya lo veo! ¿Pero qué hace ahí? Se está saliendo del camino...

-Me temo que él tampoco debe de tener a mano un retrete -se chanceó Luis viendo como el soldado se bajaba los pantalones y se acuclillaba al resguardo de un grueso tronco-. Menuda fotografía; el futuro führer haciendo... ¡Seguro que nos daban el premio Pulitzer!

-¡Calla! No me distraigas con tus tonterías. Lo importante es que ya lo tenemos -exclamó Pablo con acento triunfal.

-¡Cuidado! Tendremos que asegurarnos de que se trata efectivamente de él.

-Sí, claro... espera a que me acerque más. Ahí está la cara... ¡Es él, no cabe duda!

-¿Por que no lo compruebas con el sistema de reconocimiento facial?

-No es necesario, no hay posibilidad de error. Pero bueno, lo haré...

El programa confirmó la identidad de su presa.

-¡Ya es nuestro! -repitió Pablo completamente excitado-. Escucha, Luis, voy a acercar la máquina hasta que la trampilla quede a un par de metros de su cabeza. Entonces me apostaré tras ella con el revólver amartillado. Para poderle disparar tendremos que materializar la cabina, y esto sin duda le asustará, así que tenemos que ser rápidos y aprovechar el factor sorpresa. Cuando yo te lo diga, pulsas el botón de disparo del mando de juegos, sabes cual es, ¿no? De todo lo demás me encargo yo.

Luis asintió con la cabeza, aturdido. Pese a su escepticismo, real o fingido, comenzó a sentir cómo un escalofrío le recorría la espina dorsal. ¿Serían unos héroes al librar a la humanidad de semejante asesino o, por el contrario, tan sólo unos insensatos aprendices de brujo a punto de abrir una caja de Pandora?

Pablo empezó a manejar los controles, presa de un repentino frenesí, e instantes después se levantaba de su asiento sosteniendo en la mano el arma ejecutora.

Fue entonces cuando todo se volvió repentinamente negro.

* * *

Luis despertó. En realidad “despertar” no era el término correcto, puesto que su anterior inconsciencia poco tenía que ver con el sueño, pareciéndose más a la sensación que había sentido cuando se recuperó de la anestesia que le habían aplicado cuando tiempo atrás fue sometido a una intervención quirúrgica, una extraña y desasosegante transición del no-ser al ser. Por supuesto, tampoco tenía la menor idea del tiempo que podía haber transcurrido en ese estado.

Descubrió de inmediato que no se encontraba en la cabina de la máquina del tiempo, sino tumbado en una camilla anatómica. También comprobó con sorpresa que estaba totalmente vestido -conservaba incluso los zapatos-, lo que movía a descartar que se encontrara ingresado en un hospital, puesto que lo primero que te hacen al entrar en uno de ellos es desnudarte. Tampoco tenía insertado ningún tipo de sonda, ninguna vía ni ningún detector. Decididamente, no era un hospital.

Tampoco la habitación lo parecía, aunque distaba mucho de recordarle algo que le resultara familiar. Blancas las paredes, blanco el techo, blanco el suelo, sin ningún mueble que alterara esa blancura absoluta salvo su camilla -también blanca- y otra

idéntica, a su lado, en la que yacía Pablo, todavía inconsciente. No había ventanas ni, sorprendentemente, nada que pudiera parecerse a una puerta, mientras la iluminación parecía brotar de las mismas paredes -y según todas las apariencias también del techo y del suelo- ya que no había a la vista ningún tipo de lámpara ni nada que se le pareciese.

¿Por dónde demonios les habrían traído? ¿Por dónde podrían salir? ¿Dónde estaban? Las preguntas se agolpaban en su cerebro al tiempo que se percataba de la ausencia de cuarto de baño, lo que muy a su pesar le hizo sonreír al recordar el chascarrillo de su amigo.

Aunque bien mirado no era para tomárselo a risa. Un gemido le distrajo del lúgubre cariz que iban tomando sus pensamientos: Pablo se estaba despertando.

-¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos? -fueron sus primeras y atropelladas preguntas, repitiendo en voz alta prácticamente las mismas que él acababa de hacerse mentalmente.

Luis intentó calmarle con esa autoridad que siempre infiere el hecho de ser el primero aunque sea por minutos, explicándole lo que le había dado tiempo a averiguar, es decir, nada.

-¡Pues sí que estamos apañados! -exclamó irritado-. Ni rastro de nuestra máquina, ni rastro de ese canalla de Hitler, ni idea de lo que nos haya podido pasar... ¡Y hasta el revólver ha desaparecido! -gimió, como si esto último tuviera la menor importancia en la insólita situación en la que se encontraban.

Pero no tuvieron que esperar demasiado. Apenas había terminado Pablo de explayarse, cuando ante ellos surgió una figura. Sentado majestuosamente en una silla con cierto aspecto de trono y ataviado con una túnica larga, el personaje presentaba un aspecto claramente andrógino con suaves rasgos -incluyendo una cabellera dorada- que infundían confianza.

“Si no fuera porque le faltan las alas -se dijo, mitad en serio, mitad en broma, el incrédulo Luis- pensaría que se trata de un arcángel”.

A su vez Pablo se preguntaba cómo había podido surgir de la nada, especulando sobre si se trataba de un ser real o de un sofisticado e indistinguible holograma; para salir de dudas hubiera necesitado tocarlo, algo a lo que evidentemente no se atrevió.

Ajeno a las especulaciones de los dos amigos, el visitante habló con voz tranquilizadora.

-Os doy la bienvenida a ambos, al tiempo que os pido disculpas por el desasosiego que os pueda haber causado encontraros de repente aquí. Os garantizo que no deseamos haceros el menor daño, sino todo lo contrario.

-¿Quién eres? ¿Dónde estamos? -logró articular al fin Pablo, sobreponiéndose a la sorpresa antes que su compañero.

-Soy... digamos que un mensajero. Aunque carezco de nombre tal como lo entendéis vosotros, podéis llamarme Miguel, si así lo preferís.

"Casualidad o no -pensó Luis-, se ha asignado un nombre de arcángel; y por si fuera poco -reflexionó sombrío,- el encargado de juzgar a las almas el día del Juicio Final".

Ajeno a sus elucubraciones, su anfitrión continuó:

-En cuanto al lugar donde nos encontramos... bien, se trata de un refugio a donde os trajimos para evitar que provocarais el grave error que pretendíais cometer.

-¿Te refieres a quitar de en medio a ese mal bicho? -bufó Pablo-. Yo pienso que habríamos hecho un gran favor a la humanidad librándola de semejante asesino.

-Lamento tener que deciros que estabais equivocados -le refutó el ser angélico-. El pasado no puede ser cambiado.

Y viendo el gesto de inteligencia de Luis, remachó:

-Ambos lo estabais -era evidente que se encontraba al tanto de su particular apuesta-. Ni es posible alterar el flujo temporal, ni existe tampoco ningún tipo de flexibilidad intrínseca que le permita retornar de forma espontánea a su estado original.

-¿Entonces? -preguntaron los dos a dúo.

-La explicación es bastante compleja, y además éste no es tampoco el lugar más cómodo para explicároslo. Además, necesitareis satisfacer vuestras necesidades fisiológicas. Si me lo permitís...

Y desapareció de la misma fulminante manera como había aparecido. En realidad desaparecieron todos, puesto que Luis y Pablo se encontraron sin solución de continuidad en una habitación cómodamente amueblada, incluida una mesa repleta de apetitosos manjares así como un funcional cuarto de baño, para alivio suyo. Eso sí, tanto puertas como ventanas seguían brillando por su ausencia, lo que les infundía la desagradable impresión de encontrarse prisioneros.

Lo cual no evitó que descubrieran que estaban hambrientos, así que, después de visitar ambos el impoluto cuarto de baño, procedieron a comer con un apetito voraz, en especial Pablo, más glotón que su compañero.

Concluido el ágape, en el que no faltaron ni tan siquiera sendas copas de sus licores favoritos, se abrió -para ser precisos se materializó- una puerta donde antes hubiera una pared aparentemente sólida, la cual conducía, según pudieron apreciar, a un dormitorio equipado con dos mullidas camas. Y, aunque no había pasado demasiado tiempo desde que despertaran, ninguno de los dos pudo evitar la irresistible tentación de echar una siesta.

* * *

Luis ignoraba cuanto tiempo estuvo durmiendo -había olvidado mirar el reloj antes de acostarse-, despertando completamente relajado tal como no recordaba desde hacía mucho tiempo. Pablo, por su parte, roncaba beatíficamente en la cama de al lado.

-"Desde luego -se dijo-, debe de ser verdad que quieren cuidarnos bien."

Aunque eso no garantizaba que en un futuro no pudieran cambiar de opinión, remachó el pensamiento con un escalofrío. Al fin y al cabo desconocían por completo cuales podían ser las verdaderas intenciones de sus captores, de los que sólo contaban con buenas palabras.

Pero como no había manera alguna de adivinarlas y, por si fuera poco, estaban inermes en sus manos, tampoco tenía sentido calentarse demasiado la cabeza, concluyó. Así pues, se puso la ropa -no recordaba habérsela quitado antes de acostarse-, se calzó los zapatos y salió en dirección al baño, dejando a su amigo en brazos de Morfeo.

Al salir a lo que fuera el comedor vio que la mesa y las sillas habían sido reemplazadas por una acogedora sala de estar, con cómodos divanes y lo que tenía aspecto de ser un reproductor de música.

Lo era, y tras pulsar el botón de encendido le sorprendió comprobar que comenzaba a sonar música de Bach, uno de sus compositores favoritos. Sus captores, fueran quienes fueran, estaban demostrando poseer un gran conocimiento de sus vidas, conclusión que le produjo un extraño malestar.

Cruzaba hacia el cuarto de baño cuando una incómoda sensación de *deja vu* le invadió de repente. Pero al mismo tiempo le constaba que jamás se había visto involucrado en una situación similar, lo insólito de la misma era la mejor prueba de ello. ¿Dónde, entonces?

Finalmente cayó en la cuenta. El desasosegante recuerdo no se refería a una vivencia personal, sino a la conocida escena de la película *2001: Una odisea del espacio* en la que el astronauta David Bowman, único superviviente de la tripulación del *Discovery*, tras penetrar en el interior del monolito negro aparece en una extraña habitación de hotel que, según todos los indicios, se ha convertido en su lugar de encierro. Prescindiendo del onírico final imaginado por Kubrik para la película, que a Luis nunca le había gustado prefiriendo la mucho más lógica versión de la novela de Clarke, lo cierto era que no le apetecía en modo alguno experimentar una transformación similar a la del protagonista de la obra.

Pese a todo, logró borrar momentáneamente de la mente sus temores volviendo al argumento anterior: pasara lo que pasara, ellos no podrían hacer nada por evitarlo.

Al salir del baño descubrió que Pablo también se había levantado. Sentado en el borde de un diván, con la cabeza gacha entre las manos, era la imagen viva del desconsuelo. En el equipo de música ya no sonaban las vibrantes notas de Bach, sino el melancólico *Adagio* de Samuel Barber. Al parecer, la maldita habitación era capaz de detectar sus estados anímicos, seleccionando la música que consideraba más adecuada.

El ruido de sus pisadas alertó a Pablo de su presencia y, levantando la vista, le preguntó con expresión lastimera:

-¿Dónde estamos? ¿Qué va a ser de nosotros? Tengo la impresión de que nos están cebando antes de llevarnos al matadero.

Iba Luis a responderle con unas palabras tranquilizadoras en las que él mismo no creía, cuando Miguel apareció de nuevo.

Majestuoso como el ángel que acaso fuera, su custodio les dirigió una sonrisa que contrastaba vivamente con el abatimiento de los dos amigos.

-¡Hola de nuevo! -saludó jovial-. ¿A qué vienen esas caras tan largas? Ya os dije que estabais entre amigos y que no teníais nada que temer de nosotros.

Iba a responder Luis haciéndose eco de la descarnada metáfora de Pablo cuando, pensándolo mejor, se militó a preguntar:

-¿Qué queréis de nosotros?

-En realidad, nada -respondió su interlocutor-. Como ya os expliqué, nos vimos obligados a intervenir para evitar que cometierais un error irreparable, no quedándonos otra solución que la de traeros aquí. Pero nuestra intención es devolveros a vuestro ámbito lo antes posible, por supuesto sanos y salvos.

A Luis no le acababa de cuadrar que les dejaran libres tal cual sabiendo lo que ahora sabían, pero optó por callar prudentemente sus sospechas. Fue Pablo quien intervino entonces, repitiendo la pregunta de la entrevista anterior

-¿Por qué impedisteis que matáramos a Hitler? Quitando de en medio a ese mal bicho hubiéramos salvado la vida a muchos inocentes.

-Y habríais condenado a su vez a otros tanto a la no existencia -le rebatió el ser angélico con suavidad-. Tan inocentes como los otros, dicho sea de paso. Además -remachó-, de que Hitler no era el único jerarca nazi, por lo que de no haber existido otro hubiera ocupado su lugar. Puede que entonces la historia del III Reich hubiera sido distinta, pero lo más probable es que, a la postre, resultara bastante similar. ¿Qué habríais hecho entonces? ¿Volver de nuevo al pasado para matar a Himmler, a Goebbels, a Goering...? No daríais abasto.

-¿Qué sois vosotros? -le interrumpió Luis, buen aficionado a la ciencia ficción-. ¿Los guardianes del tiempo?

-Somos... -respondió Miguel, visiblemente divertido- somos muchas cosas que me resultaría muy difícil de explicaros; pero sí, simplificando mucho, se nos podría considerar como tales.

-Entonces he ganado yo -zanjó en tono triunfante-. El tiempo es inmutable.

-Si te refieres a la apuesta que manteníais entre vosotros sobre la posibilidad o no de alterar el pasado, lamento deciros que ambos estabais equivocados.

Ninguno de los dos cayó aparentemente en la cuenta del hecho de que el extraño ser conocía perfectamente sus motivaciones, pese a que en ningún momento habían hablado de ello desde que aparecieran allí. Pero la posibilidad de que ninguna de las dos hipótesis fuera cierta les desconcertó todavía más.

-Os lo explicaré -concedió Miguel, consciente de haber captado su atención-, aunque os advierto que para poderlo entender es necesario prescindir no ya de los prejuicios de todo tipo, sino también de de las propias reglas que regulan el pensamiento racional. En concreto, del principio de causalidad o, si lo preferís, de la inviolabilidad de la dualidad causa-efecto.

-Pues nos estamos cargando uno de los pilares básicos del método científico -objetó Luis, más versado en estos temas que su compañero-. Si tenemos un efecto sin causa, o una causa posterior al efecto creado por ésta, ya me dirás...

-Me temo que te estás dejando llevar por tus prejuicios cartesianos -le atajó su sonriente interlocutor-. Y, aunque la causalidad casi siempre suele ser válida a escala

cotidiana, sabes tan bien como yo que su vigencia no es absoluta, incluso al nivel de vuestros propios conocimientos. Ya la Relatividad le dio la primera sacudida, y poco después la Mecánica cuántica acabó con su universalidad.

-Un momento -era ahora Pablo quien metía baza-. A ver si nos aclaramos. Si el tiempo fuera inmutable por propia naturaleza, tal como defendía Luis, no haría falta nadie para intentar impedir los posibles intentos de modificarlo. Pero si ésta es precisamente vuestra misión, esto quiere decir que vuestra presencia es necesaria; en consecuencia, si no hubiera sido por vosotros habríamos podido matar a Hitler cambiando la historia. Por lo tanto, vosotros seríais tan sólo unos simples actores más en un escenario temporal flexible y potencialmente alterable. Que no lográramos nuestro propósito no quiere decir que no fuera posible hacerlo, ya que de cumplirse la premisa de su inmutabilidad vosotros seríais prescindibles.

-Como silogismo no está nada mal -rió con ganas Miguel-. Pero no deja de ser una argumentación circular. ¿Se te ha ocurrido pensar que la inmutabilidad del tiempo pudiera llevar implícita nuestra existencia? ¿O, dándole la vuelta, que seamos precisamente nosotros los responsables de esa inmutabilidad?

-¿No te parece un poquitín presuntuosa esa afirmación que acabas de decir? -contraatacó a su vez Luis-. Si, según la religión católica, ni tan siquiera Dios puede ir en contra de las leyes de la lógica, ¿por qué razón vosotros sí podríais hacerlo?

-Vaya, además de científicos y filósofos me habéis salido teólogos -era evidente que su custodio se estaba divirtiendo en grande-. Para empezar, las especulaciones teológicas no tienen por qué ser más exactas que las de cualquier otra rama del conocimiento humano, puesto que todas ellas surgen de unas mentes igualmente limitadas. Así pues, dejemos a Dios, o mejor dicho al concepto humano de Dios, tranquilo.

-Eso no es una respuesta -rezongó con disgusto el interpelado.

-Tienes razón, no lo es. En cualquier caso, la explicación es sencilla: no tiene sentido intentar buscar una causa y el subsiguiente efecto porque éstos no existen como tales. La realidad cronológica no es lineal, secuencial o vectorial, llamadla como prefiráis, sino un todo que, al igual que una esfera, no tiene ni principio ni fin, ya que todas sus partes son equivalentes e igual de necesarias. Lo siento -reconoció-, sé que ésta es una explicación muy pobre, pero es la única a la que puedo recurrir utilizando argumentos que seáis capaces de comprender. Para daros una explicación más precisa, sería necesario que os familiarizarais antes con una serie de conceptos que ahora os resultan extraños.

-Sigues sin decirnos qué es lo que pintáis vosotros aquí -insistió Pablo con tozudez.

-¡Oh, eso sí es sencillo de entender! Nuestra identidad como guardianes temporales es algo equivalente al viejo dilema del huevo y la gallina. Dicho con otras palabras, resulta imposible discernir si es gracias a nosotros por lo que el tiempo es inmutable o si, por el contrario, es la propia invariabilidad del tiempo la que determina nuestra existencia. Como os acabo de decir, se trata de un proceso circular en el que no hay un punto singular con respecto al resto.

-O sea, que sois porque estáis, y estáis porque sois... -arguyó Pablo, nada convencido con el razonamiento.

-Podría considerarse así -concedió el ángel con una nueva sonrisa.

-Entonces -terció Luis-, sigo insistiendo en que tenía razón yo.

-Sí, si consideramos que vuestro intento de alterar la historia estaba condenado al fracaso; pero también la tenía él -dijo al tiempo que señalaba con la mirada a Pablo- al afirmar que, si no hubiera sido por nosotros, podríais haber llegado a asesinar a Hitler. Olvidaos del determinismo; según la miréis, la paradoja se decantará hacia un lado o hacia el otro... o hacia ninguno, o hacia los dos.

-Bueno, por lo menos lo intentamos... -se consoló Pablo-. Al menos en eso, hemos sido unos pioneros.

-Lamento tener que desilusionarte -respondió su interlocutor-, pero no habéis sido ni los únicos, ni los primeros.

Y viendo el gesto de extrañeza de sus dos forzados huéspedes, explicó:

-¿Sabéis cuántas veces hemos tenido que desbaratar intentos de desbaratar la historia similares al vuestro? Os aseguro que hemos perdido la cuenta. Parece como si hubiera una obsesión, tanto en vuestro siglo como en los siguientes, por aniquilar a Hitler, con diferencia el personaje histórico más buscado muy por encima de otros tan significados o más que él. Y, la verdad, aunque sólo fuera por variar, agradeceríamos tener que salvar de vez en cuando a gente como Escipión, Atila, Gengis Kan, Tamerlán, Mahoma, Lutero, Enrique VIII, Napoleón... e incluso a contemporáneos suyos como Mussolini, Stalin o Mao. Un poquito de variedad no nos vendría nada mal para combatir la rutina.

-¿Quieres decir que ha habido, además de nosotros, otros inventores de la máquina del tiempo? -preguntó, sorprendido, Luis.

-¡Oh, por supuesto! Menudo trabajo nos dais entre todos vosotros. Por suerte, nuestros métodos de control resultan infalibles, de no ser así menudo caos que se formaría con tanta gente empeñada en cambiar la historia en un sentido o en otro,

conforme a sus predilecciones personales. Eso sí, he de reconocer que vuestro plan era mucho más elaborado de lo normal. Es una lástima que tuviéramos que abortarlo, puesto que resultaba especialmente ingenioso y bien ideado.

-Flaco consuelo -refunfuñó Pablo, visiblemente decepcionado ante la perspectiva de no haber sido el primero-. Y ahora que ya has expuesto vuestras razones para impedirlo, ¿te importaría decirnos qué es lo que pensáis hacer con nosotros?

-¿Qué otra cosa íbamos a hacer, sino devolveros a vuestra línea temporal? -se extrañó, o fingió extrañarse, el ángel-. Ya os dije desde el principio que no pretendíamos haceros el menor daño. Eso sí, como comprenderéis, por vuestro propio bien nos veremos obligados a recortaros las uñas... perdonad por el símil -se disculpó-, me temo que, cuando adopto esta envoltura carnal, a veces me vuelvo demasiado humano. Quería decir que borraremos selectivamente de vuestras memorias los recuerdos de esta aventura, por lo que seréis incapaces de recordar tanto la construcción de la máquina del tiempo como vuestra estancia aquí. Además, os condicionaremos mentalmente para que, de aquí en adelante, no volváis a tener la compulsión de inventarla de nuevo. Por lo demás...

-¿Y te parece poco? -le interrumpió el impulsivo Pablo, roja la cara de indignación-. No sólo frustráis nuestro intento de librar a la humanidad de uno de los mayores asesinos de la historia, sino que además echáis por tierra todo nuestro esfuerzo de muchos años. Yo...

-Lo siento, pero esto es lo que hay -le interrumpió a su vez Miguel en un tono de voz que no admitía la menor discusión-. Fuisteis como niños jugando con fuego sin ser conscientes del peligro que corríais ni de los trastornos que hubierais podido originar de haber logrado llevar adelante vuestro plan. Obramos de la manera más conveniente para evitarlo, y no existe la menor posibilidad de discusión sobre este punto. Simplemente, ha sido así porque tenía que ser así.

-Entonces -intervino a su vez Luis, más calmado que su compañero-, si nos vais a borrar de la memoria todos estos recuerdos, ¿qué necesidad había de darnos unas explicaciones que dentro de poco vamos a olvidar?

-Es difícil de explicar -concedió el ángel retornando a su suave tono habitual-. Pero tiene su razón de ser. Digamos que queríamos evitaros todo tipo de incertidumbres y miedos mientras estuvierais aquí, ya que el proceso de neutralización requiere cierto tiempo. No había necesidad de haceros sufrir, por más que acabarais olvidando también estos sufrimientos -calló que en realidad ellos tenían sus buenas razones para estudiar las reacciones de sus huéspedes durante su obligado confinamiento; no era necesario hacerles partícipes de todos los detalles.

-¿Y ahora, qué? -insistió Pablo, todavía inquieto.

-Ahora ya está todo listo, así que os deseo la mejor de las suertes. Aunque no me recordéis, hasta siempre, amigos.

Y tras hacer un gesto con la mano, vio como se desvanecían los dos humanos, retornados a su prosaica realidad.

-¡Uf! Uno menos -suspiró el ser al verse solo-. Ya tenía ganas de quitarme este maldito disfraz.

Y sin solución de continuidad, no sólo se disolvió el decorado sino también el falso cuerpo que lo recubría, recuperando su verdadera fisonomía... una fisonomía imposible de describir con palabras humanas.

-¡Todavía me quedan otros cuatro casos por resolver antes de que termine mi turno! -masculló el ente con algo que no era ni palabras ni pensamientos-. Y por si fuera poco, los cuatro con el dichoso Hitler por medio. ¿Por qué les dará siempre a estos imbéciles por matar a este individuo? Estoy más que harto de tener que andar salvándolo una y otra vez...

* * *

Luis P. y Pablo M. eran amigos desde hacía muchos años. Una mañana, Pablo llegó entusiasmado a casa de Luis mostrándole el titular de una noticia de periódico.

-¡Mira Luis! -exclamó a guisa de saludo-. Científicos del MIT dicen que dentro de poco será posible construir una máquina del tiempo...

-Tonterías -respondió éste en tono escéptico-. Es absurdo pretender que se pueda viajar por el tiempo; de ser posible, se crearían tales paradojas que nuestra línea temporal se volvería inviable.

-Pues es una lástima -concedió su amigo-. Porque a mí nada me encantaría más que poder construir una máquina del tiempo y viajar con ella al pasado para matar a Hitler antes de que se afiliara al partido nazi.

-Sí, sería muy bonito, pero no merece la pena perder el tiempo soñando con imposibles.

Dicho lo cual, procedieron a cambiar de tema de conversación.

NUDO GORDIANO

Alberto M. era un inventor genial. Tan genial, que por sí solo había sido capaz de construir una máquina del tiempo sin necesidad de enormes instalaciones, ni presupuestos astronómicos, ni ayuda de ningún tipo. Le habían bastado el sótano de su casa, una serie de componentes fáciles de encontrar en el comercio y sus modestos ahorros, para construir un cronomóvil tosco, pero eficaz.

Y como era natural, deseaba probarlo. Claro está que Alberto era también un gran aficionado a la ciencia ficción, por lo que estaba al corriente de todas las especulaciones que los autores de este género habían hecho sobre la posibilidad de una alteración de la historia o de la poco deseable aparición de una paradoja temporal.

Alberto, huelga decirlo, no tenía la menor pretensión de intentar cambiar el pasado viajando, por ejemplo, a la Alemania de principios del siglo XX a matar al joven Hitler ni nada por el estilo, ya que lo único que pretendía era curiosear de la manera más discreta posible convirtiéndose en espectador anónimo, pero privilegiado, de sucesos claves de la historia de la humanidad tales como la batalla de Maratón, la crucifixión de Cristo o el descubrimiento de América, entre muchos otros, así como poder conocer de primera mano a los dinosaurios o a los mamuts. De hecho para él era fundamental pasar desapercibido, y para ello contaba con un camuflaje electrónico que había diseñado para la carcasa exterior de su máquina que, al menos eso esperaba, le pondría a resguardo de las miradas de posibles espectadores inoportunos y de las garras y las mandíbulas de animales como los tiranosaurios o los tigres dientes de sable.

A pesar de todo, no estaba tranquilo. Ciertamente tenía previsto no sólo abstenerse de intervenir en la trama histórica, sino también no abandonar bajo ningún concepto su vehículo que, por estar provisto de antigravedad, le permitiría desplazarse por el aire evitando todo tipo de contacto con los habitantes del pasado o, en su caso, con animales potencialmente peligrosos. Pero nada le garantizaba que un efecto aparentemente nimio, como por ejemplo el aplastamiento accidental de un insignificante bichejo en el Carbonífero, no pudiera provocar un Efecto mariposa que acabara acarreando gravísimos trastornos en su presente.

Aunque también estaba la teoría opuesta que defendía la inmutabilidad de la trama temporal, postulando que cualquier posible alteración del pasado ya habría sido contemplada con anterioridad, por lo que una hipotética paradoja en realidad no sería tal. Incluso, yendo aun más allá, habría que asumir que esta intromisión sería incluso necesaria para que el presente no se viera alterado por inacción, con lo cual podía tener la seguridad de no organizar una trastada hiciese lo que hiciese; y, si mataba involuntariamente a un homínido, sería porque esta muerte resultaba imprescindible.

Entre ambas Alberto se inclinaba más bien por esta segunda opción ya que, razonaba, si fuera posible alterar el futuro el desastre estaría garantizado, y todo indicaba que a la hora de la verdad no ocurría así. Por lo tanto se armó de valor, pertrechó convenientemente su cronomóvil poniendo especial cuidado en los equipos de grabación de vídeo, se instaló cómodamente en el único asiento y, conteniendo la respiración, pulsó el botón de encendido que le llevaría al París del 21 de enero de 1793 en el que pretendía ser testigo de la ejecución de Luis XVI.

Pero no ocurrió nada. O mejor dicho, sí ocurrió: tanto el intrépido inventor como su artefacto se desvanecieron en la nada. Para su desgracia, Alberto M. había estado en lo cierto: el tiempo se resistía a ser alterado y evitaba la aparición de cualquier tipo de paradoja temporal. Lo que no había previsto el infortunado cronoviajero, fue que la manera más sencilla de evitar estas alteraciones era precisamente impidiendo los viajes por el tiempo; y qué mejor manera que haciendo desaparecer a todo aquel que lo intentara.

Así pues, Alberto M. dejó simplemente de existir.

PROHIBIDO MATAR AL ABUELO

Desde mucho antes de terminar la construcción de su máquina del tiempo, Remigio García tenía muy claro cual sería su primer viaje: quería matar a Franco. Y no le sobraban motivos.

Para empezar, pensaba que sin su presencia, aunque la Guerra Civil habría estallado de cualquier manera -de hecho no figuró entre los promotores de la insurrección militar-, España probablemente se habría librado de su larga y ominosa dictadura, con lo cual la restauración de la democracia habría sido muy anterior en el tiempo ganándose así, posiblemente, varias décadas.

Y luego estaba su abuelo, una de las personas más odiosas que Remigio García había conocido. Remigio García -nuestro protagonista había tenido la desgracia de llamarse igual que él por imposición familiar- *senior* había participado en la guerra de Marruecos y, para más inri, bajo las órdenes directas del entonces capitán Francisco Franco. Bastantes años después de volver al pueblo, tras haberse labrado una merecida fama de crápula, acabaría sentando la cabeza -al menos sobre el papel- casándose con su abuela -las malas lenguas decían que se la había *levantado* a Miguel, su novio de toda la vida-, tras lo cual llevó una vida tranquila hasta que tuvo lugar el estallido de la Guerra Civil.

Fue entonces cuando su abuelo se convirtió en el franquista más franquista de todos los franquistas, esgrimiendo como *mérito* su etapa militar bajo las órdenes directas del futuro dictador. Lo cual, dicho sea de paso, le libró de ser movilizado y enviado al frente -por el bando nacional, evidentemente-, gracias a su argumento de que, dada su fidelidad al nuevo régimen, sería el más indicado para ejercer como comisario político local.

Y aunque en la familia no se hablaba mucho de ello, en el pueblo era sabido que fueron varias las víctimas de su celo nacionalista, incluyendo al pobre Miguel al que sólo sus buenas referencias -era incapaz de hacer daño a nadie- le libraron de la cárcel o de algo todavía peor. Mientras tanto la abuela de Remigio, arrepentida de su elección casi desde el día de después de la boda, se dedicaba a criar a Pedro, el que sería su único hijo.

Pedro creció sometido a la feroz autoridad de su padre, con el que nunca se entendió. Tanto fue así que, una vez licenciado de la mili, aprovechó para quedarse en Madrid, donde conoció a la que sería la futura madre de Remigio, convirtiéndose así en uno más de los millones de emigrantes que cambiaron el campo por la ciudad a principios de la década de los sesenta.

Remigio y su hermana habían nacido ya en la capital, pero durante su infancia las visitas al pueblo fueron numerosas, sobre todo en los períodos veraniegos. Su padre seguía aborreciendo al abuelo Remigio, al que los años apenas habían suavizado el áspero carácter, pero hubo de condescender con él por respeto a la abuela Consuelo, víctima inocente de ese energúmeno. Remigio chico tampoco simpatizaba con su abuelo, al que en su fuero interno comparaba con el Abuelo Cebolleta de los tebeos, pero se vio obligado asimismo a aguantarlo hasta que, siendo ya adolescente, acudió a despedirle por última vez al cementerio. Su pobre abuela, acostumbrada quizá a los maltratos de su marido, no tardaría demasiado en seguir su camino.

Desde entonces había pasado mucho tiempo y los protagonistas de la historia, incluyendo a su propio padre y al infeliz Miguel, desaparecido prematuramente a causa de un accidente de tráfico, fueron haciendo mutis poco a poco en el escenario. Remigio terminó sus estudios, se colocó en un trabajo que no le exigía demasiado esfuerzo y, libre también de ataduras familiares puesto que se mantuvo soltero, en sus ratos libres consiguió diseñar primero, y construir después, la primera máquina del tiempo de la historia.

Y ahora se preparaba para culminar sus sueños. Remigio había elegido cuidadosamente el momento más adecuado para liquidar a uno de los personajes más odiosos de la historia reciente de España: sería el 29 de junio de 1916, cuando el joven capitán de Regulares Francisco Franco fue gravemente herido por los rebeldes rifeños en una escaramuza que tuvo lugar en las cercanías de Ceuta. Nada más fácil que, aprovechando la confusión, descerrajarle un tiro que le dejara muerto y bien muerto. España se libraría de un dictador -Remigio pensaba que ningún otro de los militares golpistas sería capaz de consolidar el régimen- y, de paso, le haría una buena jugarreta a su abuelo.

Así pues, sin preocuparse lo más mínimo por las posibles alteraciones de la historia -estaba convencido de que en ningún caso el nuevo desarrollo de los acontecimientos podría llegar a ser peor-, Remigio García se dispuso a llevar adelante su plan. La máquina del tiempo que había inventado, o al menos la parte móvil de la misma, no podía ser más sencilla: se trataba de una mochila controlada mediante un teléfono móvil modificado que, al ser activada, generaba una burbuja de nulocronicidad -Remigio estaba orgulloso de su neologismo- capaz de transportar al cronoviajero a cualquier punto del espacio-tiempo que deseara. Mientras el campo estuviera activado el viajero sería invisible e intangible para todos, lo que le permitiría acercarse impunemente hasta las proximidades de su potencial víctima y, tras, desactivar momentáneamente la máquina, con lo que *aterrizaría* en el momento y el lugar adecuados, consumar su propósito de mandarle al otro barrio. Hecho esto tan sólo le quedaría volver a activar el campo para ponerse a salvo de cualquier tipo de peligro y, finalmente, retornar a l presente con la satisfacción del deber cumplido.

Para conseguir sus fines Remigio se había agenciado un arma de la época -no era cuestión de dejar tras de sí un anacronismo innecesario-, junto con la suficiente munición para asegurarse de que Francisco Franco abandonaba para siempre el mundo de los vivos. Y cruzó el Rubicón.

La primera parte del plan se desarrolló tal como había previsto. La máquina funcionó perfectamente y, una vez llegado a su destino pero todavía bajo la protección de la burbuja, deambuló por el campamento de las tropas españolas buscando el momento adecuado para darle matarile a su desprevenida víctima. No tenía prisa, puesto que en el peor de los casos siempre podría retroceder en el tiempo cuanto fuera necesario para volver a intentarlo de nuevo; éstas eran las ventajas de los viajes por el tiempo.

Pero no tuvo que esperar demasiado. Cuando todavía faltaban varias horas para que una bala enemiga hiriera gravemente a Franco en el abdomen, descubrió que éste se retiraba discretamente para satisfacer sus necesidades fisiológicas. Podría parecer una indignidad asaltarle en semejantes circunstancias, se dijo Remigio, pero no era cuestión de andarse con remilgos teniendo en cuenta que el carácter privado del acto favorecía sus planes. Así pues mientras el futuro general, ignorante del peligro que le acechaba, se bajaba los pantalones al abrigo de una chumbera, el cronoviajero amartilló la pistola con la mano derecha, acarició la pantalla táctil con la izquierda y pulsó con decisión el botón que desconectaba la burbuja.

Todo ocurrió conforme tantas veces había ensayado. Franco, con los pantalones y los calzoncillos bajados -era evidente que su muerte no tendría lugar en circunstancias precisamente heroicas- y, lo que era más importante, sin posibilidad alguna de defenderse con su propia arma, que había quedado encerrada en su funda, le miró de frente más asombrado que alarmado. Remigio, insensible como buen verdugo, alzó su mano armada apuntando al corazón del odiado enemigo y apretó el gatillo.

Con lo que no había contado, fue con el inoportuno soldado que, apareciendo de no se sabía donde, dio un fuerte empujón a su superior apartándole providencialmente de la trayectoria de la bala... que fue a encajarse con milimétrica precisión en mitad de su frente.

Mascullando maldiciones Remigio García se apresuró a conectar la burbuja refugiándose en ella, ya que no era cuestión de caer en manos de los soldados que, alarmados por el disparo, comenzaron a llegar precipitadamente mientras su fallida presa, al tiempo que se subía apresuradamente los pantalones, se dedicaba a dar órdenes a diestro y siniestro.

Bien, se dijo nuestro protagonista, aunque hubiera fallado en esa ocasión nada estaba perdido, podría volverlo a intentar siempre que quisiera... tiempo no le iba a

faltar, concluyó riéndose de su propia gracia. Y, aunque nada le quedaba por hacer allí, sintió una morbosa curiosidad por saber quién había sido el imbécil que había chafado sus planes al precio de su propia vida.

Aunque la escena del fallido crimen se había convertido en un guirigay, a causa de las limitaciones técnicas de su aparato Remigio no podía oír lo que gritaban los soldados, y no era cuestión de jugársela desactivando el campo de la burbuja. Así pues, optó por dirigirse hacia el lugar en el que habían depositado el cadáver para observar de cerca su rostro.

Nunca lo hubiera hecho. Aunque había dado por supuesto que no conocería al muerto, descubrió con espanto que se trataba de su propio abuelo. Mucho más joven, por supuesto, que cuando él lo conoció, pero con sus inconfundibles rasgos -incluida la cicatriz de la mejilla- ahora crispados por el rigor de la muerte.

Remigio García sintió como un escalofrío le recorría la espina dorsal. Aunque distaba mucho de ser un teórico de los viajes temporales -cómo podría haberlo sido-, había leído lo suficiente sobre las especulaciones acerca de las posibles consecuencias de una paradoja temporal como para sentirse aterrado. De hecho, acababa de incurrir en una de las más clásicas, la del abuelo. Si él había viajado al pasado y había matado involuntariamente a su abuelo... entonces ni su padre ni, en consecuencia, él mismo tendrían ninguna razón para existir. Ni su hermana ni sus sobrinos, por supuesto, aunque esto ya no le importaba tanto.

Sin embargo, él seguía estando allí, no se había desvanecido ni nada por el estilo. Claro está que era bastante posible que en el interior de la burbuja no fueran aplicables las leyes físicas que regulaban el tiempo, pero era evidente que no podría permanecer en ella durante mucho tiempo. No sólo carecía de comida y bebida, sino que además, mucho antes de que comenzara a sentir hambre o sed, se habría agotado el aire respirable de su refugio.

Así pues, ¿a dónde ir? Volver a su presente significaría, con toda probabilidad, su desaparición inmediata, pero quedarse en 1916 tampoco le seducía demasiado con independencia de que pudiera abandonar el Rif para asentarse en algún otro lugar más civilizado... en plena Primera Guerra Mundial.

Finalmente, y tras convencerse de que el mundo de principios del siglo XX no se había hecho para él, se resignó en volver al presente. Así pues, programó en la pantalla táctil las coordenadas de regreso al garaje de su casa, fijando éste -no era cuestión de crear una nueva paradoja encontrándose a sí mismo- para diez minutos después de su partida... y que fuera lo que Dios quisiera.

Eso sí, cerró los ojos temeroso de poder contemplar su aniquilación. Pero cuando unos segundos después los abrió, descubrió atónito que había llegado a su destino, al parecer sano y salvo y sin poder apreciar ninguna discrepancia con su familiar *pasado*.

¿Qué había podido ocurrir? Desconcertado, subió a la casa y la revisó sin encontrar nada extraño. Navegó por Internet -había dejado el ordenador encendido- y no encontró ninguna diferencia apreciable en las noticias del día. Cargó un artículo sobre la historia de España del siglo XX y encontró todo familiar.

Pero él había matado a su abuelo... pese a todo, sentía que había algo que no encajaba, aunque no encontraba la manera de averiguarlo.

Finalmente, sus ojos tropezaron con algo que no encajaba. Sobre la mesita del salón reposaba un recibo de la luz que, recordaba, había llegado el día anterior. Tras abrir el sobre y echarle un vistazo por encima lo había dejado allí descuidadamente, sin guardarlo. La cantidad, volvió a comprobarlo, era la misma, pero el nombre no ya que como titular no figuraba Remigio García Escalona, su nombre completo, sino un tal Miguel Benítez Escalona.

Presa de un repentino temor, abrió la cartera y sacó el carnet de identidad. El número y los demás datos eran correctos, incluida la foto, pero el nombre bajo el que aparecía era, una vez más, el de Miguel Benítez Escalona.

Lo mismo ocurría con el carnet de conducir, con el de la Seguridad Social, con la tarjeta bancaria y con el resto de documentos personales que fue capaz de encontrar en su apresurada búsqueda. Para más seguridad, volvió a entrar en Internet y consultó su registro en el correo electrónico, en las redes sociales, en una página de compraventa a la que solía acceder de vez en cuando, en varios periódicos en los que también estaba registrado... y en todos, absolutamente en todos, aparecía como Miguel Benítez. Incluso en la lápida bajo la cual reposaba su padre, según pudo comprobar algunos días después, el apellido García estaba cambiado por el de Benítez.

La conclusión era obvia: en su accidentada incursión al pasado sí había alterado de alguna manera el presente, aunque paradójicamente tan sólo parecía haberle afectado a él -bueno, también a su padre y, presumiblemente, a su hermana- y de una manera, además, sorprendentemente selectiva puesto que, salvo en el enigmático cambio de su nombre y su primer apellido, todo lo demás aparentaba seguir exactamente igual.

Tras darle muchas vueltas, y siempre tomando la precaución de no contárselo a nadie -por lo demás absolutamente todos sus familiares y allegados resultaron conocerle como Miguel Benítez- para no correr el riesgo de ser tomado por loco, decidió investigar sobre su abuelo. Tanto su abuela como su padre habían fallecido y su madre, aunque todavía vivía, nunca había tenido demasiados vínculos con su familia paterna.

Pero había otras opciones. Fingiendo curiosidad por rastrear sus ancestros, se buscó una coartada para ir al pueblo y poder indagar sin levantar sospechas. Por fortuna la parroquia conservaba intactos sus archivos y, tras ganarse la confianza del párroco, pudo acceder a los libros de bautismos y matrimonios de la época que le interesaba.

Fue entonces cuando pudo confirmar sus sospechas acerca de lo sucedido. Su "abuelo" Remigio García no figuraba en el certificado de matrimonio de su abuela, ya que ésta se había casado no con él, sino con Miguel Benítez, su antiguo novio. Ambos habían tenido un único hijo, Pedro, bautizado en las mismas fechas que él recordaba del nacimiento de su padre, y ambos yacían en la misma sepultura del pequeño cementerio del pueblo. No aparecieron por ningún lado ni la partida de defunción ni la tumba de Remigio García pero, puesto ya sobre la pista, no le costó demasiado encontrar, en los legajos relativos a la guerra de Marruecos, una mención honorífica al cabo segundo Remigio García, fallecido heroicamente al defender a su capitán de un ataque enemigo durante el combate de El Biutz, el 29 de junio de 1916, y enterrado en un cementerio de Ceuta.

Así pues sí había provocado una paradoja temporal aunque, por una ironía del destino, las consecuencias fueron, por fortuna para él, muy diferentes a las temidas gracias a que, según dicen los portugueses para justificar que su primer apellido sea el materno y no el paterno, siempre podrás estar seguro de quien ha sido tu madre.

Eso sí, Remigio García, perdón, Miguel Benítez, se apresuró a desmantelar su creación destruyendo asimismo todos los documentos y planos que habían hecho posible su construcción. Por si acaso.

OPERACIÓN PERCEBE

Como miembro que soy del Centro de Estudios Cronohistóricos de la Federación Europea, siempre he estado involucrado en la eterna discusión mantenida por mis colegas acerca de si nuestros viajes al pasado podrían o no alterar de forma irreversible la historia. No es éste en modo alguno un tema baladí, puesto que desde el descubrimiento del cronomóvil, vulgarmente llamado *la máquina del tiempo*, son habituales las visitas al pasado con objeto de poder conocer mejor, y de primera mano, todos aquellos avatares que siempre concitaron dudas a los historiadores.

Por supuesto el uso del cronomóvil está rigurosamente controlado, ya que no se podía permitir que alguien, viajando por su cuenta, acabe causando un estropicio bien por torpeza, bien por maldad, de difíciles e incalculables consecuencias, por lo que los viajes por el tiempo sólo están permitidos con fines investigadores y siempre bajo un estricto control. Evidentemente nadie tiene la menor intención de alterar el pasado, pero un error humano, por más precauciones que se tomen, nunca puede ser descartado por completo. Y aunque ninguno de nosotros creíamos que pudiera llegar a ocurrir una situación límite como la planteada por Ray Bradbury en su relato *El ruido de un trueno*, en la que la muerte accidental de una mariposa, pisada inadvertidamente por un viajero del tiempo, provoca cambios drásticos en el presente, en lo que no nos poníamos de acuerdo era en la magnitud del margen de tolerancia con el que podíamos contar sin correr riesgos.

En general todos, o casi todos nosotros, admitíamos que el tiempo potencialmente alterado era capaz de volver a su cauce de una manera espontánea dentro, claro está, de ciertos límites, ya que si por ejemplo a alguien le daba por lanzar una bomba atómica sobre Nueva York, o por aniquilar a la totalidad de la población del imperio romano, difícilmente podría no haber consecuencias irreversibles. Pero descartadas a priori estas barbaridades, las pequeñas perturbaciones que, pese a todas nuestras precauciones, pudiéramos llegar a causar de forma inadvertida en el pasado, podrían no ser corregidas de forma automática por lo que habíamos convenido en denominar la inercia temporal.

Las discrepancias afloraban cuando, tal como he comentado, intentábamos cuantificar esta inercia temporal, ya que aquí nuestras opiniones divergían. Después de muchas discusiones, decidimos que la mejor manera de saberlo sería provocando ligeras modificaciones cuidadosamente controladas y gradualmente mayores, fijando así el límite que marcaba la aparición de divergencias.

Los primeros ensayos fueron triviales, el equivalente a matar la mariposa de Bradbury y poco más, y por supuesto no provocaron la menor alteración significativa. El siguiente paso consistió en empezar a jugar con las personas, primero anónimas y luego cada vez más significados personajes históricos. Evidentemente salvar de la peste

negra a un herrero alemán del siglo XIV tampoco supuso nada salvo, claro está, para el afortunado herrero al que, sin él saberlo, se le suministró una dosis conveniente de antibióticos.

El límite final, al que por supuesto no pretendíamos llegar pero que manejábamos de forma teórica, sería intervenir de forma drástica en la vida de personajes trascendentales en la historia, impidiendo por ejemplo que Alejandro Magno falleciera en Babilonia a los 32 años de edad dejando sumido en el caos a su efímero imperio, que Julio César fuera asesinado en los idus de marzo o que Napoleón cayera derrotado en Waterloo. Justo en el extremo opuesto, pero con idénticas pretensiones, no faltó tampoco la clásica propuesta de matar a Hitler cuando éste era un simple cabo del ejército alemán durante la I Guerra Mundial; hubiera bastado con una oportuna bala perdida en la confusión de la batalla para decir adiós al futuro Führer.

En cualquier caso, muchos de nosotros pensábamos de forma similar a la expuesta por Isaac Asimov -sí, por lo general éramos bastante aficionados a la ciencia ficción- en su famosa trilogía *Fundación*, cuando planteó como uno de los postulados de la psicohistoria que la humanidad actuaba de forma colectiva sin que ningún individuo aislado, por muy importante que fuera su intervención, fuera capaz de alterarla de forma significativa bajo ninguna circunstancia.

Trasladando esto a nuestro lenguaje científico, quería decir que la inercia temporal sería de tal magnitud que la desaparición, o la no desaparición según el caso, de un personaje trascendental en la historia no acarrearía consecuencias significativas salvo, quizá, a muy corto plazo, ya que esta alteración sería automáticamente compensada volviéndose tarde o temprano a la posición de equilibrio. Dicho con otras palabras, si Hitler no hubiera sobrevivido a la I Guerra Mundial, lo más probable hubiera sido que otro jerarca nazi ocupara su lugar, con lo cual a escala global -a escala particular evidentemente las diferencias serían importantes- las diferencias en el devenir histórico durante los torturados años de la II Guerra Mundial no habrían resultado, a la postre, muy diferentes.

Pero, claro está, todo esto eran sólo teorías. Había que comprobarlas.

¿Cómo? Seleccionando un episodio histórico suficientemente bien conocido y lo bastante secundario como para que una alteración controlada del mismo no corriera el riesgo de acarrear consecuencias perniciosas. Y, como todos nosotros estábamos fascinados por la II Guerra Mundial, decidimos elegir uno de sus muchos flecos que afectaron, por lo general, a los países periféricos que fueron muy a su pesar meros comparsas de los protagonistas principales.

Y aquí es donde yo me salí con la mía. Como español -aunque España es ahora un estado federado europeo seguía habiendo cierta dosis de rivalidad regional- conseguí

llevarme el agua a mi molino con el nada disimulado propósito de pasarle la factura al general Francisco Franco, principal beneficiario del golpe de estado de 1936 y responsable máximo por tanto de la mayor catástrofe española de todo el siglo XX, para lo que contó, eso sí, con la inestimable labor de zapa que desde dentro de la II República realizaron con total entusiasmo diversas facciones revolucionarias tales como los comunistas, los anarquistas, los troskistas e incluso los socialistas de Largo Caballero.

Aunque son datos de sobra conocidos, permítanme que les relate a grandes rasgos cual fue la involucración española en la II Guerra Mundial, ya que resulta necesario conocerla con cierto detalle para poder entender lo que pretendíamos hacer. Como es sabido, tras la ayuda del régimen nazi y, en menor medida, de los fascistas italianos a los golpistas españoles, trascendental para su victoria final, Hitler intentó cobrarse la factura. En realidad no pretendía que España se involucrase directamente en las operaciones bélicas; bastante tenía ya con tener que ir enmendando las garrafales meteduras de pata de Mussolini, y poco era lo que le podría aportar un país exhausto y famélico que en la práctica le habría supuesto más una rémora que una ayuda.

Pero a Hitler le interesaba, y mucho, Gibraltar, la llave inglesa del Mediterráneo junto con el Canal de Suez. Si Alemania conseguía hacerse con el Peñón, o cuanto menos lograba neutralizarlo, cortaría una de las principales líneas de suministros británicas, con lo cual la guerra adoptaría un cariz sumamente favorable para las potencias del Eje, en especial en el frente norteafricano. Y para ello precisaba de la anuencia del dictador español, permitiendo el paso de las tropas alemanas por el país al tiempo que se acantonaban guarniciones nazis en los principales puertos que, presumiblemente, intentarían bloquear los ingleses.

Si a ello sumamos que la pretensión de Hitler recordaba desagradablemente a la análoga de Napoleón en 1808 -salvo que en esta ocasión el presunto objetivo era Portugal-, que tan mal acabara para España, cabe presumir que el desconfiado Franco no las tuviera todas consigo, aunque la golosina de recuperar Gibraltar -es de suponer que tras finalizar la guerra, puesto que no resultaba creíble que los alemanes le cedieran su control mientras los ingleses no fueran derrotados-, junto con una buena tajada de las colonias francesas del norte de África, colmaban con creces sus delirios de convertirse en un segundo Carlos V.

Mientras tanto Franco había empezado a hacer los deberes, anexionando la ciudad internacional de Tánger al protectorado español de Marruecos en junio de 1940. Unos meses más tarde, en octubre de ese mismo año, se entrevistaba con el Führer en Hendaya, donde pese al airado comentario de Hitler de que preferiría que le sacaran varias muelas antes que tener que volver a negociar con el astuto gallego, ambos dictadores acabaron poniéndose de acuerdo. Aunque Franco hubo de renunciar, muy a

su pesar, a su pretensión de hacerse con el Marruecos francés y el Oranesado argelino, dado que Hitler no deseaba incomodar a su aliado Pétain, el Peñón era por sí solo suficiente golosina como para dejar pasar la oportunidad de reintegrarlo a la soberanía nacional.

Comenzaba la Operación Félix. En enero de 1941 tropas alemanas entraban en España y, tras una marcha relámpago, ponían sitio a Gibraltar mientras una potente escuadra, simbólicamente reforzada con algún destartalado barco español, bloqueaba a la colonia inglesa por el mar apoyándose en los puertos de Tánger y Ceuta. El Peñón, sin duda, sería un hueso duro de roer, pero a la larga la fruta acabaría cayendo. O al menos, eso esperaban los estrategas alemanes.

Para su desgracia no previeron la fulminante reacción norteamericana, cuyo gobierno envió una potente escuadra aeronaval a las costas españolas. Las tropas estadounidenses desembarcaron en Barbate y, casi sin oposición por parte del desconcertado ejército español, se plantaron en Algeciras envolviendo a las unidades alemanas que asediaban Gibraltar, mientras sus buques de guerra cruzaban el estrecho y se enfrentaban a las unidades navales enemigas. Este golpe de fuerza, que supuso la entrada de Estados Unidos en la II Guerra Mundial como estado beligerante, siempre ha creado polémica entre los historiadores, en especial aquéllos que opinan que provocó el abandono de la neutralidad norteamericana. En realidad en ese momento los Estados Unidos no eran neutrales sino no beligerantes, por lo que habían estado apoyando a los aliados, aunque sin intervenir en las operaciones militares, desde el mismo inicio de la guerra. Además su entrada en ella era inevitable a más o menos largo plazo, y son muchos quienes defienden que, de no haber sido en ese momento, lo habrían hecho a finales de ese mismo año tras el ataque japonés a Pearl Harbor.

En cualquier caso, estas disquisiciones no afectan a mi relato. Volviendo a Gibraltar, los alemanes se encontraron de repente con que se habían convertido en el equivalente a una hamburguesa emparedada entre dos rebanadas de pan anglosajón, por lo que temieron que la conquista del Peñón pudiera acabar convirtiéndose en una catástrofe. Así pues, decidieron liar el petate y largarse de allí, los buques de guerra poniendo proa hacia puertos amigos de Italia o de la Francia de Vichy, y las tropas de tierra aprovechando el corredor que los americanos, que no querían hacer más sangre de la necesaria, les habían dejado expedito, gracias al cual pudieron llegar hasta el puerto de Málaga para desde allí ser evacuados.

Este descalabro, aunque supuso una humillación para el orgulloso Hitler, no acarreó para el régimen nazi las consecuencias negativas de la Batalla de Inglaterra o del posterior desastre de la Operación Barbarroja, sobre todo teniendo en cuenta que las tropas norteamericanas tampoco mostraron excesivo interés en involucrarse de forma activa en la guerra una vez que hubieron conseguido su propósito de liberar a Gibraltar

del dogal alemán, limitándose a mantener una cabeza de puente en el vecino puerto de Algeciras, claramente con intenciones disuasorias aunque manifestaron su deseo de abandonar el territorio español tan pronto como fuera posible.

Y aunque en principio tampoco amenazaron al régimen franquista, pese a que evidentemente no le caía nada simpático al gobierno de Roosevelt, lo cierto es que éste acabaría siendo la verdadera víctima colateral de toda la operación. Abandonado por Hitler, que tenía bastante con los preparativos de la invasión de Rusia como para preocuparse por su molesto aliado, y viendo tambalearse la frágil urdimbre de su pomposo Movimiento Nacional, el aparato creado para mantener bajo control a la heteróclita coalición antirrepublicana que le había llevado al poder, el general Franco comenzó a sentir cada vez más cercana la amenaza de su derrocamiento, el cual llegaría tan sólo unos meses más tarde, en el verano de 1941, sin que los norteamericanos, cómodamente asentados en Algeciras, tuvieran necesidad de mover un solo dedo, aunque como cabe suponer estuvieron detrás de las intrigas palaciegas que depusieron al autoproclamado y, a la postre, efímero Caudillo.

El vacío de poder creado en Madrid fue rápidamente aprovechado por Juan de Borbón, hijo del recién fallecido Alfonso XIII y heredero de sus derechos dinásticos, para proclamarse rey de España bajo en nombre de Juan III... desde Roma, es decir, en territorio enemigo, puesto que algo que los aliados no estaban dispuestos a consentir era dejar escapar la presa que tan oportunamente les había venido a las manos. El nuevo gobierno español surgido de las cenizas del franquismo debería ser afín a los aliados o, cuanto menos, estar desvinculado por completo del Eje.

Sorprendentemente, la fórmula cuajó. Hitler, poco interesado en que se le alborotara el frente occidental, se limitó a hacer la vista gorda una vez pudo convencerse de que España no se convertiría en la cabeza de puente de un desembarco norteamericano en Europa. Éstos, por su parte, estaban deseando evacuar Algeciras y volverse a su país, tras asegurarse de que España se mantendría cuanto menos neutral en lugar de la hipócrita artimaña de la no beligerancia que había mantenido hasta entonces. Y los británicos, como cabía esperar, contaban con poder mantener bajo control al nuevo gobierno español recurriendo a una fórmula similar al semicolonialismo que tan buenos resultados les diera durante siglos con el vecino Portugal.

En lo que respecta a los españoles, gran parte de los sublevados contra la República, en especial los monárquicos pero también muchos de sus antiguos compañeros de generalato, vieron con alivio la desaparición de un espadón cuya sombra comenzaba a hacerse cada vez más ominosa. E incluso no pocos republicanos, desbordados por los desmanes de las facciones revolucionarias durante la guerra y perseguidos con saña por los franquistas pese a no haber cometido en muchos casos el

menor delito, vieron con alivio esta nueva restauración borbónica que pretendía emular a la de Alfonso XII en su voluntad integradora de la desgarrada patria...

O al menos eso proclamaba el pretendiente, el cual tenía en su contra la fogosidad con la que había apoyado a Franco durante los años de la Guerra Civil, algo difícil de conciliar con la necesaria ecuanimidad de alguien que se presentaba como rey de todos los españoles. Pero finalmente la conjunción de intereses internacionales -incluso Stalin, inmerso en sus propios problemas, se había desinteresado por completo de España- y la inexistencia de una alternativa mejor, o quizá la existencia de alternativas potencialmente mejores, pero contrapuestas y neutralizadas entre sí, jugaron las cartas a favor del mediocre candidato al trono de España. Además la mayoría de los españoles estaban ya suficientemente hartos de todo tipo de aventurerismos políticos, por lo cual bastó con que se les garantizasen la seguridad y la estabilidad del desgarrado país, al margen de la catástrofe bélica que asolaba a Europa, para que aceptaran, si no con entusiasmo sí con una razonable resignación, el nuevo giro político.

De esta manera todos, o casi todos, salieron ganando con la reinstauración de la monarquía, tutelada de cerca por los británicos y de forma más discreta por los norteamericanos. Todos excepto, claro está, el propio Franco, el cual logró escabullirse de sus perseguidores convirtiéndose en un incómodo huésped de Mussolini. Pero ésta es ya otra historia.

En los años que transcurrieron hasta el final de la II Guerra Mundial España logró evitar verse involucrada de forma directa en el conflicto, aunque a partir de la ofensiva final, con los grandes desembarcos aliados de Italia en 1943 y Normandía en 1944 el país se convirtió en la gran base logística de retaguardia de los ejércitos aliados. En premio a su, por otro lado, forzada colaboración, España fue uno de los países beneficiarios del Plan Marshall y años más adelante se constituiría en uno de los miembros fundadores del Mercado Común Europeo, embrión de nuestra actual Federación Europea.

Hasta aquí, y les pido disculpas por la prolijidad de la explicación, llega la realidad histórica. A continuación, pasaré a describirles el propósito de nuestro plan, bautizado de forma oficial *Sondeo cronológico modulado* pero conocido familiarmente entre nosotros como *Operación Percebe*, atendiendo tanto a la condición gallega del derrocado dictador como a su mediocre talla intelectual. El Punto Jumbar que elegimos, aunque seguíamos sin estar seguros de que pudiera ser tal, fue precisamente la citada entrevista de Hendaya en la que se fraguó el pacto que daría vía libre al intento de conquista de Gibraltar. La idea consistía en intentar convencer a Franco para que rehusara acceder a las peticiones del Führer, lo cual, presumíamos, podría hacer que la historia se modificara aunque sólo fuera ligeramente.

Huelga decir que el promotor de la iniciativa fui yo, el único español por cierto del Comité Evaluador. Y lo hice por dos motivos, aparte del requisito genérico de que se tratara de un episodio histórico convenientemente reciente y conocido, de manera que las consecuencias del experimento se pudieran evaluar con la suficiente precisión. El primero, que quise llevarme el agua a mi molino no por tratarse de un episodio de la historia española, sino porque me había especializado en ella y más concretamente en la del siglo XX. Y segundo, que sentía una aversión particular hacia el dictador, el cual siempre me había caído especialmente antipático, así que ésta podría ser la manera de ajustarle las cuentas.

Y aunque a la postre su dictadura no había sido por fortuna demasiado larga y él mismo, tras lograr escabullirse de Italia en los confusos días que siguieron a la caída de Mussolini, había acabado sus días en una república bananera olvidado incluso por sus enemigos, yo pensaba que, de darse la modificación que esperaba, podría irle todavía peor, ya que era de esperar que la cólera de Hitler se volcara sobre él. A lo mejor, con un poco de suerte, tras su derrocamiento ni siquiera lograría salir de España.

Nuestro plan era sencillo en sus planteamientos, aunque no tanto en su ejecución teniendo en cuenta las difíciles circunstancias políticas y sociales que atravesaba la España de la posguerra y, sobre todo, la desconfianza innata del autoproclamado Caudillo, enfermizamente suspicaz incluso con sus más estrechos colaboradores. Pero por otro lado se trataba de una auténtica golosina para cualquiera de nosotros, ya que supondría una de las escasísimas ocasiones en las que el Comité Evaluador autorizaría un trabajo de campo, nombre con el que denominábamos a aquellas incursiones en el pasado en las que se contemplaba una interacción real con el entorno visitado, siempre siguiendo eso sí las pautas del plan establecido.

Esto no era lo habitual. Por lo general, nuestras exploraciones temporales tenían lugar mediante sondas automáticas -lo más frecuente- o con vehículos tripulados cuyos ocupantes no los llegaban a abandonar en ningún momento, limitándose a grabar todo aquello que les interesaba. De hecho ni tan siquiera se encontraban físicamente allí, sino que operaban en lo que nosotros denominábamos jocosamente *entre bastidore*s, en un plano interdimensional -la especie de tierra de nadie que separa a las diferentes realidades espacio-temporales- sin entrar en contacto en ningún momento con los observados. Esto les garantizaba una seguridad absoluta, pero al mismo tiempo proporcionaba a los investigadores la frustrante sensación de estar viendo una película por mucho que estas grabaciones fueran en tres dimensiones y en alta resolución. Y a nosotros lo que nos gustaba, por encima de todo, era *palpa*r el ambiente.

Por esta razón, y para envidia de todos mis compañeros, bien podía afirmar que me había tocado la lotería... aunque la cosa no dejaba de tener sus riesgos. En esos momentos la dictadura franquista se estaba afianzado de forma despiadada sin ningún

tipo de compasión hacia los vencidos, y la represión más feroz, sobre todo en aquellas zonas que habían permanecido fieles a la República hasta el final de la guerra, se cebaba inmisericordemente en todos aquellos que resultaran sospechosos de haber defendido la República o tan sólo simpatizado con ella, bastando en ocasiones, sobre todo cuando había rencillas personales por medio, con una mera acusación de tibieza -*desafección*, lo llamaban ellos- ante las presuntas bondades del nuevo régimen para acabar depurado, en un campo de concentración o incluso frente a un pelotón de fusilamiento en los casos más extremos. Los perros guardianes de la Nueva España no se andaban con chiquitas, y un desliz mío, aunque fuera nimio, podría acarrearme unas consecuencias funestas.

Los primeros pasos a dar consistirían, pues, en mi familiarización con la convulsa España de la época, ya que resultaba del todo necesario que pudiera moverme por ella como si realmente fuera la mía sin despertar ningún tipo de sospechas. Además los chicos de documentación tendrían que crearme una biografía ficticia, pero lo suficientemente creíble para que fuera capaz de engañar hasta al mismísimo Franco.

He de advertir que en estas ocasiones el agente de campo -es decir, yo- nunca estaba solo ante el peligro, ya que contaba con el apoyo -normalmente más moral que de cualquier otro tipo- de un vehículo explorador agazapado en el plano interdimensional, cuyos tripulantes no me perdían de vista un solo instante. Su misión era pasiva, y sólo en caso de peligro inminente y lo suficientemente grave entrarían en acción materializándose a mi lado para rescatarme; algo que, por razones obvias, reservábamos siempre como último recurso, dado que su intervención supondría la cancelación automática del proyecto y, con un poco de mala suerte, la pérdida incluso de nuestro secreto, algo que por razones obvias ninguno de nosotros deseaba hacer. Pero bueno, en cualquier caso daba tranquilidad saberlo.

Mis compañeros serían además mi único contacto con el Cuartel General mientras durase la misión, y periódicamente, siempre que yo estuviera libre de testigos indiscretos, se materializarían a mi lado -bueno, lo haría la puerta de acceso al vehículo- pudiendo yo pasar a su interior a intercambiar novedades.

Otro problema añadido era el corto intervalo temporal del que disponíamos para llevar a cabo nuestro plan. Aunque nosotros solíamos decir, a modo de chanza, que lo bueno que tenía nuestro trabajo era que no corríamos el riesgo de llegar nunca tarde, lo cierto era que yo tendría que lograr acercarme a Franco, ganarme su confianza y convencerle de mis planes en el período de tiempo que mediaba entre el 1 de abril de 1939, fecha en que finalizó oficialmente la Guerra Civil, y el 23 de octubre de 1940 en que tuvo lugar la entrevista de Hendaya; aproximadamente un año y medio durante el cual Franco debió de estar poco accesible incluso para sus allegados; pero antes de la primera fecha sería todavía más difícil, por no decir imposible, al estar éste absorbido por las últimas acciones militares, y con posterioridad a la segunda mis esfuerzos ya no

servirían para nada. Por fortuna, podríamos llevar adelante los preparativos sin ninguna prisa.

Mi inmersión en la España de la posguerra tampoco presentaba especiales problemas, ya que contábamos con suficiente información, tanto histórica como recabada in situ por nuestras sondas, como para convertirme en un perfecto habitante de la época sin necesidad de esfuerzos extraordinarios. Y si necesitáramos más, no habría ninguna dificultad para conseguirla.

Más complicado resultaría asignarme una identidad ficticia que, no obstante, fuera lo suficiente convincente como para engañar a las suspicaces autoridades de la época. Desde el punto de vista documental no se planteaban demasiados problemas, dado que los toscos documentos de identidad de la época -las cédulas personales- eran facilísimos de falsificar, a lo que se unía la inexistencia de un registro central que permitiera su comprobación. Más complejo resultaría soslayar el control personal a nivel de las distintas autoridades -Guardia Civil, alcalde, párroco- cuyos informes favorables eran necesarios para casi todo, sobre todo en un ámbito en el que las delaciones, reales o falsas, estaban a la orden del día y podían provocar que alguien medianamente sospechoso acabara dando con sus huesos en un calabozo.

Pero por encima de todo mi identidad debería ser suficientemente creíble, ya que no se trataba de pasar desapercibido sino de conseguir llegar hasta el propio Franco. Por suerte los muchachos de documentación sabían lo que se traían entre manos, así que no les resultó demasiado difícil buscar un candidato adecuado: uno de tantos combatientes que habían fallecido durante la Guerra Civil -por supuesto en el bando franquista- pero que, por azares del destino, todavía no habían logrado ser identificados, por lo que figuraban como desaparecidos. Dado el caos reinante en la España de la inmediata posguerra, no tendría que resultar demasiado difícil hacerme pasar por él.

Pronto fue seleccionado el posible candidato: uno de los guardias civiles muertos durante el asedio al santuario de la Virgen de la Cabeza, en las cercanías de Andújar. Contaba con más o menos mi edad -o la edad que yo podía aparentar-, nuestros rasgos físicos eran relativamente parecidos y, aunque nosotros sabíamos que yacía en una fosa común, las autoridades franquistas ignoraban su paradero, lo que me permitiría hacerme pasar por un ex-cautivo de los republicanos liberado durante la confusión de los últimos días de la guerra. Y, lo más importante de todo, carecía de familia cercana que pudiera chafarnos el plan con preguntas indiscretas.

Puesto que el registro de las huellas dactilares no se había implantado todavía en España salvo para las fichas policiales -el DNI tardaría aún bastantes años en entrar en vigor-, ni siquiera necesitaríamos falsificarlas, algo que por lo demás habría resultado complicado al no disponer de las *originales*.

A nuestro favor contaba además el hecho de que el difunto cuya identidad iba a adoptar, además de ser un ex-cautivo, lo que le convertía en miembro privilegiado del nuevo orden social, entraba asimismo dentro de la categoría de los héroes del nuevo régimen, puesto que la defensa del santuario andaluz, junto con otras *defensas heroicas* tales como la del Alcázar de Toledo o la del madrileño Cuartel de la Montaña, formaba parte de la nueva mitología franquista, que no dudaba en comparar a estos acontecimientos bélicos con añejas glorias del calibre de los asedios de Sagunto y Numancia, y a sus protagonistas con personajes históricos tales como Viriato, Don Pelayo, Guzmán el Bueno, Daoíz y Velarde e incluso con el mismísimo Cid Campeador.

Claro está que la verdadera dificultad no estribaba en hacerme pasar por el difunto guardia civil, sino en conseguir llegar hasta Franco e involucrarle en el plan que habíamos trazado. Porque aunque cabía suponer que en mis circunstancias conseguir una audiencia con el Generalísimo resultaría relativamente sencillo, de ahí a poderle contar mi historia mediaba un abismo, ya que era de esperar que el dictador me atendiera de una manera protocolaria y distante sin darme pie a trabar con él una verdadera conversación.

Por fortuna mi equipo contaba con unos magníficos asesores que habían estudiado al dedillo no sólo la peculiar psicología cuartelera de Franco, sino también las circunstancias en las que se movía en aquellos tempranos años de su dictadura, cuando todavía no había logrado asentar por completo su poder autocrático y algunos conmilitones suyos podían hacerle sombra. Así pues, aunque siempre había que asumir un inevitable grado de incertidumbre, todos nosotros confiábamos en que nuestro proyecto saliera adelante... y si no era así, siempre podríamos organizar un plan B. O un C si asimismo fuera necesario.

La primera parte del plan se desarrolló tal como habíamos planeado logrando colar sin problemas mi falsa identidad, y gracias a los sutiles manejos de nuestros agentes, capaces de falsificar el documento más enrevesado, no tardé mucho en ser convocado para una audiencia con el Caudillo. Por desgracia ésta sería colectiva, lo que limitaba mis posibilidades de hablar con él, pero menos daba una piedra. Así pues, me apresté a hacerlo poniéndome mi nuevo uniforme de sargento de la Guardia Civil -había sido ascendido por méritos de guerra- al tiempo que contemplaba con cierto disgusto las aparatosas cicatrices, fingidas, pero completamente reales, que los chicos de *Caracterización* me habían repartido por todo el cuerpo para hacer más verosímil mi relato, ya que hubiera resultado poco creíble que tras estar varios meses defendiendo al asediado santuario hubiera salido de rositas y sin el menor rasguño; incluso me habían provocado una leve cojera para añadir -eso dijeron- más dramatismo al asunto. Eso sí, ante mis protestas me habían asegurado que todos mis estigmas eran reversibles, y que

una vez terminada la misión me devolverían mi aspecto original sin que me quedara la menor marca...

La audiencia se desarrolló, tal como esperábamos, con un Franco hierático que, muy en su papel de amo y señor absoluto de vidas y haciendas, se limitó a saludarnos con su frialdad característica y a darnos un convencional tratamiento de héroes de la patria sin traslucir el más mínimo interés real hacia nosotros. Por supuesto se nos había advertido previamente de la tajante prohibición de hablarle salvo en el caso improbable de tener que responder a una pregunta directa suya, circunstancia que, huelga decir, no se dio.

Pero esta sumisión no convenía en modo alguno a mis planes, así que, una vez concluida la audiencia y cuando ya se retiraba, tieso como un palo estirado en su menguada estatura, me dirigí a él ante las atónitas miradas de sorpresa, alarma o irritación según los casos de todos los allí presentes, él incluido, comunicándole de forma atropellada -eso sí, no olvidé darle el tratamiento de *su Excelencia*- que tenía una información muy importante que comunicarle relativa a los *rojos* que me habían mantenido prisionero.

Franco me fulminó con una de sus famosas miradas glaciales capaces, casi, de taladrar una roca, y con un acento no menos gélido me respondió secamente que lo pusiera en conocimiento de sus ayudantes, tras lo cual se escabulló antes de que yo pudiera volver a abrir la boca. Huelga decir que sus pretorianos reaccionaron de idéntica manera, sacándome poco menos que a rastras de la sala y separándome del resto de mis compañeros, de modo que acabé en una pequeña habitación delante de un edecán con el uniforme repleto de entorchados y condecoraciones y una cara de muy pocos amigos.

Éste me echó un rapapolvo cuartelero cuyos términos prefiero no recordar, recriminándome mi presunta falta de respeto hacia el glorioso Caudillo. Yo me excusé humildemente -y no fingía- insistiendo en la importancia de lo que tenía que comunicar. El espadón, ya más calmado, me conminó a decírselo bajo la amenaza de que, si se trataba de algo sin importancia o, todavía peor, de una broma, pasaría una buena temporada a la sombra.

Así pues le solté la historia que tenía ensayada, la cual había sido minuciosamente tramada por los expertos de mi equipo. Estando prisionero de los *rojos* en Alcalá de Henares, a donde había sido llevado tras ser capturado malherido en el santuario de Santa María de la Cabeza, corrieron rumores de que, tras el quebranto de la Batalla del Ebro, el frente republicano se estaba desmoronando por momentos y que incluso Negrín y su gobierno habían sido destituidos y que las nuevas autoridades estaban intentando negociar con Franco una paz honrosa. M refería, claro está, al golpe del coronel Casado,

aunque obviamente fingí el desconocimiento de los hechos que cabía esperar en un cautivo.

Hasta aquí mi historia no tenía nada de particular, sobre todo teniendo en cuenta que la estaba relatando a posteriori. Y como cabía suponer el ceño de mi interlocutor, cada vez más impaciente, seguía tercamente fruncido. Así pues, procurando no tentar demasiado a la suerte, decidí abreviar los prolegómenos y fui directamente al grano.

Dentro del caos en que estaba sumida la retaguardia republicana, donde en esos convulsos días de marzo de 1939 reinaba el sálvese quien pueda, hubo algunos islotes aislados de serenidad relativa, en uno de los cuales me vi directamente implicado. Tan sólo unos pocos días antes de la entrada de las tropas nacionales en Alcalá, un teniente republicano apareció en la cárcel y reclutó a un grupo de prisioneros prometiéndonos no ya la libertad, puesto que con ella contábamos siempre que algún fanático no nos pegara un tiro a última hora, sino la garantía de nuestras vidas si le ayudábamos a salvar unas importantes instalaciones científicas. Puesto que nada teníamos que perder mis compañeros y yo, seis en total, aceptamos colaborar.

Fuimos llevados en un camión cerrado junto con el conductor, el teniente y cuatro soldados de escolta, a una finca aislada situada a las afueras de la ciudad, la cual había sido requisada al comienzo de la guerra por alguna de las milicias que habían campado por sus respetos en la zona republicana hasta la constitución del Ejército Popular, y desde el edificio principal pasamos a un espacioso sótano atiborrado de extraños equipos electrónicos. Nuestro valedor, que a la legua se veía que no era ni militar profesional ni mucho menos un antiguo miliciano, sino probablemente un profesor universitario arrastrado por el marasmo bélico, rehusó darnos explicaciones sobre la naturaleza de tan extraños equipos, arguyendo la necesidad de evacuarlos de allí con urgencia puesto que eran demasiado valiosos para arriesgarse a su pérdida o a su destrucción.

Por qué razón confiaba más en nosotros, sus teóricos enemigos, que en sus propios correligionarios era fácil de entender teniendo en cuenta las luchas cainitas que en esos momentos estaban teniendo lugar entre las distintas facciones republicanas, sin olvidar tampoco las salvajadas cometidas a lo largo de toda la guerra por los milicianos más cerriles. En ningún momento dijo que quisiera poner el instrumental a salvo de las tropas franquistas, que tampoco eran mancas -en especial los moros- a la hora de destrozar todo cuanto se les pusiera por delante, sino que, como científico y como su creador, pretendía salvarlo de una posible destrucción, ya que se trataba de un invento que resultaría extremadamente útil para la humanidad pero que, por desgracia, no había tenido tiempo de poner en funcionamiento.

Puesto que consideraba demasiado arriesgado desmontarlo para trasladarlo a un lugar más seguro, lo que pretendía hacer era condenar el sótano de forma que pasara

desapercibido hasta que las aguas se hubieran calmado lo suficiente como para poder recuperarlo. Así pues, con la ayuda de un montón de ladrillos y unos sacos de yeso que habíamos traído con nosotros, procedimos a tapiar la entrada camuflándola de la mejor manera posible.

Al principio la cosa fue bien, pero a la vuelta a Alcalá -el teniente nos había prometido que no volveríamos al campo de concentración, sino que nos dejaría en un lugar seguro donde podríamos aguardar hasta que llegaran los nacionales- nuestro camión fue interceptado por unos milicianos comunistas que tomándonos por partidarios del coronel Casado, lo que probablemente era cierto, nos recibieron a tiros antes de ser repelidos por las tropas de Cipriano Mera enviadas por Casado a desalojar a los comunistas de Alcalá. Y aunque estas últimas lograron su objetivo, por desgracia llegaron demasiado tarde en lo que a nosotros se refería: los ocupantes del camión habíamos sido cosidos literalmente a balazos, y tan sólo el teniente y yo nos manteníamos con vida, yo herido en una pierna -así justificaba mi cojera- y él agonizante.

Aunque intenté socorrerle no pude evitar que falleciera en mis brazos, no sin antes recomendarme, recurriendo a sus postreras fuerzas, que conservara el secreto del sótano hasta que hubiera garantías de que éste no sería destruido. A mi pregunta de qué se trataba para revestir tamaña importancia, me respondió que con su invención sería posible ver el futuro; por desgracia él ya no podría hacerlo, pero en el sótano había quedado guardada abundante documentación relativa a su construcción y uso, por lo cual alguien con los suficientes conocimientos tecnológicos podría tomar el relevo.

Éstas habían sido sus últimas palabras. Puesto que los casadistas, creyéndonos muertos a todos, habían salido en persecución de los comunistas olvidándose de nosotros, me arrastré como pude con mi pierna herida teniendo la suerte de poder refugiarme en casa de unos simpatizantes del bando nacional, los cuales me facilitaron atención médica y me ocultaron hasta que las tropas nacionales comandadas por el general Sagardía hicieron su entrada triunfal en Alcalá el 30 de marzo de 1939. Me presenté entonces a las nuevas autoridades militares en mi condición de ex-combatiente franquista, refiriéndoles todos mis avatares excepto, claro está, el episodio del sótano... y respecto a lo demás, poco había que relatar. Creyendo que ya había llegado el momento de revelar el secreto, y dada su importancia, me había atrevido a dirigirme al Generalísimo para comunicárselo, incluso arriesgándome a ser castigado por mi presunta insolencia.

El cuento, todo hay que decirlo, era excelente, y consiguió excitar la curiosidad del militar. Pero desconfiado hasta el final, insistió mucho en preguntarme si el sótano seguía estando tapiado y con todos los objetos que yo había descrito en su interior. Le respondí que no tenía manera de saberlo puesto que no había vuelto a pasar por allí,

pero que confiaba en que continuara incólume y a salvo. De todos modos, añadí, la única manera de comprobarlo sería visitando la finca.

El edecán me respondió preguntándome por mi dirección, y yo le dije que residía en la casa cuartel de la Guardia Civil de una ciudad castellana a la espera de recibir un nuevo destino, pero que junto con mis compañeros de audiencia había sido alojado temporalmente en una residencia militar de Madrid. Me ordenó que no abandonara la residencia, ni la capital, hasta nuevo aviso, tras lo cual me despidió si no amistosamente, tampoco con excesiva hostilidad.

Tuve la certeza de que se habían tragado la bola cuando tres días más tarde fui llamado de nuevo al palacio del Pardo, la flamante residencia del dictador, aunque no fui llevado a su presencia como esperaba sino recibido de nuevo por su perro de presa, el cual me comunicó que habían hecho unas discretas indagaciones llegando a la conclusión de que la finca, que había sido devuelta a sus legítimos propietarios, no había sufrido aparentemente ningún daño ni saqueo con posterioridad a la fecha en la que yo la había visitado, por lo que cabía suponer que el sótano y su contenido se mantuvieran intactos. Claro está que habría que pedir permiso a los dueños para volver a abrirlo, y además necesitarían mi colaboración para localizar el sitio exacto donde se encontraba la puerta tapiada.

Huelga decir que accedí inmediatamente a todo. Aunque mi historia era una trola de punta a cabo, el sótano y el instrumental de su interior existían de verdad... ya se habían encargado mis compañeros de prepararlo todo aprovechando la confusión de los días inmediatamente posteriores al final de la guerra. Y por supuesto teníamos empeño en que lo encontraran, ya que se trataba de la piedra angular de nuestro sofisticado plan.

En esencia éste no podía ser más sencillo, por más que su puesta en práctica hubiera resultado laboriosa. Oficialmente un científico al servicio de la República -el falso teniente fallecido en circunstancias tan dramáticas- habría descubierto la manera de sondear el futuro cercano, algo sumamente provechoso cuando estás en guerra... bueno, y también cuando tienes interés en conocer el resultado del próximo sorteo de la lotería, pero en eso obviamente no entrábamos. Mediante unos instrumentos que entonces eran el último avance tecnológico en la incipiente electrónica, había sido capaz de registrar las emisiones de radio y de fotografiar los periódicos y los noticiarios cinematográficos -era una lástima que la televisión estuviera aún en fase experimental, pero qué se le iba a hacer- de unos cuantos días en el futuro... no demasiado, pero sí lo suficiente para prever las consecuencias de las iniciativas tácticas llevadas a cabo por ambos ejércitos, y sin duda mucho mejor que el espionaje tradicional.

La realidad, como cabe suponer, era muy distinta. Teniendo a nuestra disposición todo el futuro inmediato -es decir, nuestro pasado- de la España de la posguerra, nuestros especialistas eran capaces de recoger cuanta información fuera necesaria para,

fingiendo haberla conseguido con los cachivaches del difunto teniente, colocar al régimen franquista unos datos que eran -o mejor dicho, serían- completamente ciertos.

A ello se sumaban la recreación primorosa de un instrumental acorde con la tecnología de la época, a base de válvulas de vacío y aparatos similares, y una prolija documentación, presuntamente escrita por su creador, en la que se detallaba minuciosamente su fundamento científico con constantes alusiones a la Relatividad y a la Mecánica Cuántica, entonces unas novedades científicas al alcance de muy pocos -y los escasos científicos españoles que hubieran sido capaces de entenderlas no estaban precisamente en situación de hacerlo-, así como la manera de manejar los aparatos que, para desgracia de la República, no habían estado listos para funcionar hasta que el final de la guerra fue ya inevitable.

Pero sí podrían resultar muy útiles a Franco en el complejo marco internacional marcado por la II Guerra Mundial, entonces en pleno apogeo. Así pues, el cebo era tan goloso que no dudamos un solo instante de que los responsables del nuevo régimen español morderían el anzuelo. Y vaya si lo mordieron. Con mi ayuda fue descubierta la entrada tapiada y tras ella apareció la cueva del tesoro, es decir, el sótano abarrotado con todo el instrumental y toda la documentación intactos.

Convertido el hallazgo en secreto de estado, la finca fue temporalmente intervenida -a sus propietarios se les dijo que había sido encontrada una documentación importante de los *rojos*, lo cual no dejaba de ser cierto- y el contenido del sótano fue desmontado minuciosamente y llevado al mismísimo palacio del Pardo, en una de cuyas dependencias fue depositado entre grandes medidas de seguridad.

En cuanto a mí... una vez cumplida mi misión hubiera preferido hacer mutis por el foro y seguir viendo los toros desde la barrera, pero no se me permitió. Pese a mis vehemente afirmaciones -lo irónico del caso era que no mentía- de que yo no tenía ni la menor idea de como funcionaban esos aparatos, y que mi única intervención en el asunto -esto sí era falso- había sido el tapiado del sótano, estaba claro que, como testigo presencial que era, no iban a dejarme suelto en una España por la que pululaban los espías de todos los países en guerra, por muy ex-cautivo y muy héroe que pudiera ser. Así pues, fui adscrito a la comisión encargada de poner en marcha el artilugio en calidad de ayudante, una manera discreta y relativamente elegante de mantenerme a buen recaudo.

Por si fuera poco los estrategas de la *Operación Percebe* vinieron a pensar más o menos lo mismo, en el convencimiento de que contar con una fuente de información de primera mano resultaría muy interesante, por más que yo estuviera deseando poner tierra por medio... así pues, no me quedó otro remedio que resignarme y ser testigo de primera fila de los resultados de nuestra intriga.

El falso informe del asimismo falso teniente era lo suficientemente preciso como para que pudiera ser entendido por los técnicos de los que disponía el régimen franquista y, al mismo tiempo, lo suficientemente críptico como para que la dificultad de su interpretación le proporcionara suficiente verosimilitud. El equilibrio no era sencillo, pero se consiguió de manera que, tras varias semanas de minucioso escrutinio, los encargados de poner en marcha el equipo tenían ya unas nociones lo bastante amplias como para atreverse a ponerlo en funcionamiento..

En teoría el presunto prospector del futuro funcionaba de una manera sencilla: se seleccionaba un momento determinado -digamos dentro de una semana-, se elegía el medio de información deseado, se pulsaba un botón y ¡*voilá*!, ya estaba hecho. Si se trataba de un periódico el aparato proporcionaba una copia fotográfica de la portada o de las páginas que se desearan, y también era capaz de reproducir varios minutos de película con banda sonora incluida. Y si lo que se quería era oír una emisión de radio, contaba también con una modernísima -para la época- grabadora de alambre conseguida a saber mediante qué vericuetos, puesto que no se fabricaban en España.

La realidad era más prosaica. Las diferentes partes del equipo contaban con circuitos ocultos que las ponían en comunicación con un equipo de documentación situado en el presente. Éste tomaba nota de los términos de la consulta y enviaba prospectores a copiar la información requerida, que era remitida de idéntica manera. Y, puesto que su tiempo objetivo no estaba sincronizado con el de los manipuladores de los aparatos, podían buscar y copiar sin prisas los periódicos o las grabaciones solicitados y mandar las copias correspondientes a tan sólo unos minutos más tarde -hubiera podido ser instantáneo, pero habría perdido verosimilitud- de haber sido éstas pedidas.

Como cabe suponer, los resultados fueron asombrosos... para los franquistas, claro. Aunque éstos habían iniciado los trabajos con muchas reticencias -en el fondo no eran tontos y rumiaban que pudiera tratarse de un camelo-, pronto hubieron de rendirse ante la evidencia dado que los sondeos realizados en diferentes medios de comunicación españoles y extranjeros, adelantados algunos días en el futuro, resultaron ser ciertos hasta el último detalle. ¡Cómo no iban a serlo!

Desde su punto de vista el fraude era imposible, y la máquina funcionaba. Por lo tanto, elaboraron un voluminoso informe que remitieron al Generalísimo y éste, que de formación científica no andaba demasiado fuerte, tras consultarlo con sus asesores dio el visto bueno para seguir adelante una vez consideradas satisfactorias las pruebas previas.

En esencia lo que pretendían -y lo que pretendíamos nosotros, evidentemente- era poder adivinar los principales acontecimientos que pudieran afectar a España, algo fundamental cuando la mayor parte de Europa estaba desgarrada por la guerra más

sangrienta de toda su historia; y eso que ellos todavía no sabían que a partir del ataque japonés a Pearl Harbor ésta se extendería por medio planeta.

Claro está que los estrategas del programa -los franquistas, no nosotros- pronto se encontraron con un problema no esperado: los asuntos nacionales, salvo excepciones, solían tener poco interés, y en la escena internacional la España de entonces contaba bien poco, por no decir nada... con lo cual la información que se pudiera conseguir resultaría, en la práctica, de escasa utilidad. Otro punto a tener en cuenta era el factor temporal: según los presuntos manuscritos del inventor del prospector cronológico, sólo podía garantizar su eficacia en períodos de tiempo cortos, apenas unos días o, como mucho, alrededor de una semana.

Huelga decir que esto era completamente falso, pero como no nos interesaba en modo alguno que Franco sintiera curiosidad por saber lo que le ocurriría con posterioridad a su derrocamiento y exilio, nos habíamos inventado esta limitación -que por otro lado hubiera tenido su lógica, de haber sido efectivamente capaz el aparato de sondear el futuro- con objeto de evitarle posibles tentaciones. En realidad no queríamos llegar mucho más allá de la entrevista de Hendaya y de sus consecuencias inmediatas, y ésta no se empezaría a perfilar hasta que tuvo lugar la visita que Serrano Súñer a Berlín en septiembre de 1940, para la cual tendrían que transcurrir todavía de varios meses.

Así pues, nuestros sondeos se limitaron en un principio a acciones de poca monta tales como la represión de los ex-combatientes republicanos refugiados en serranías agrestes y, sobre todo, al seguimiento de la vida pública de Franco, muy preocupado por su seguridad personal y por el afianzamiento de su liderazgo. Curiosamente ninguno de los responsables del equipo se planteó siquiera algo tan elemental para cualquier aficionado a la ciencia ficción como las posibles paradojas temporales que pudieran surgir de esta actividad, de modo que si a raíz de la lectura de un periódico una semana posterior se descubría que alguien había sido detenido, pongo por caso, por intentar agredir al Caudillo durante un acto público, resultaría difícil saber si esta detención había sido posible gracias a tener un conocimiento previo de ella, con lo cual los conceptos de causa y efecto se difuminaban hasta resultar imposible establecer una prelación lógica entre ellos.

Evidentemente también lo desconocíamos nosotros, aunque contábamos con la ventaja de saber que estas pequeñas perturbaciones -pequeñas excepto para los directamente implicados- no afectaban en absoluto a la corriente del tiempo, por lo cual en la práctica resultaban irrelevantes.

Tanto Franco como su camarilla -nuestro trabajo seguía siendo secreto incluso para los miembros del gobierno- mostraron un gran interés en conocer con antelación, aunque ésta fuera de tan sólo unos pocos días, el desarrollo del conflicto bélico europeo, regocijándose ante la avasalladora superioridad de las potencias del Eje que habría de

culminar con la rendición de Francia en junio de 1940 y la entonces previsible -y finalmente cancelada- invasión de Gran Bretaña... en calidad de meros espectadores ya que, como era de esperar, España no contaba absolutamente nada en los planes de las potencias combatientes.

Estas circunstancias aguijonaban cada vez más la frustración del dictador, cuyas ínfulas mesiánicas se iban acrecentando día a día. No es de extrañar, pues, que contando con información privilegiada -es de suponer que, en su megalomanía, nada le hubiera satisfecho más que convertirse en el árbitro indiscutible de la II Guerra Mundial- y privado al mismo tiempo de poderla aprovechar, su mal genio cuartelero le fuera recociendo cada vez más, algo que nosotros -me refiero al equipo de investigación cronológico- fomentábamos dosificándole cuidadosamente la información.

Ahí era donde entraba yo en calidad de caballo de Troya. Aunque en un principio, tal como he comentado, se me incluyó en el equipo investigador para mantenerme controlado y evitar que me pudiera ir de la lengua, poco a poco mi estatus fue mejorando. Y si bien inicialmente las tareas que se me encomendaban -al fin y al cabo para ellos era tan sólo un simple sargento de la Guardia Civil, sin más conocimientos que los básicos- no pasaron de ser las correspondientes a un ordenanza al servicio de mis estirados superiores, poco a poco me las fui apañando para fingir una inteligencia natural -que evidentemente tenía de sobra- gracias a la cual resultaba posible echarles una mano. Y como evité con todo cuidado hacerles entrar en sospechas de que pudiera intentar competir con ellos, pero al mismo tiempo les libraba de las tareas más rutinarias y engorrosas, acabaron estando encantados de poder descargar en mí parte de su trabajo, siempre y cuando fueran ellos quienes se llevaran los méritos. Y así, todos contentos.

De esta manera, pasado cierto tiempo acabé siendo en la práctica el principal manipulador de la máquina con el beneplácito de todos ellos. Y aunque las peticiones de prospectar el futuro nos venían dictadas directamente del entorno más inmediato del dictador, siempre existía cierto margen de maniobra gracias al cual, y por supuesto a mi conocimiento del que para ellos era el futuro inmediato, me era posible llevar las "investigaciones" por donde resultaba más conveniente para nuestros intereses.

Se acercaba septiembre de 1940 y con él el viaje de Serrano Súñer a Berlín en el que se negoció la reunión entre Hitler y Franco en Hendaya. Por fin el pomposo Caudillo tenía algo en lo que entretenerse, y siguiendo nuestro guión decidimos ser generosos con él; lo de la entrevista sería ya otra historia, principalmente porque era necesario cambiar de estrategia si queríamos convencer a Franco de la conveniencia de negarse a aceptar las pretensiones del Führer.

Entre el inicio de la Operación Félix, en enero de 1941, y el derrumbamiento del régimen franquista en el verano de ese mismo año, mientras los nazis estaban enfrascados en la invasión de la Unión Soviética, pasó aproximadamente medio año, al

que era necesario sumar el mes y medio transcurrido entre los acuerdos de Hendaya y la entrada de las tropas alemanas en España. Algo más en realidad, puesto que Franco debería estar enterado de lo que le aguardaba antes de reunirse con Hitler; y demasiado tiempo para nuestra cadencia habitual de aproximadamente una semana en el futuro. Huelga decir que, pese a las instrucciones recogidas en el informe del *teniente rojo*, se habían hecho algunos ensayos intentando ampliar este plazo, todos ellos convenientemente saboteados por los miembros de mi equipo, razón por la cual los responsables del programa habían renunciado a seguirlo intentando.

Pero ahora había que hacerlo. Siguiendo el plan previamente establecido, me *equivoqué* tontamente al programar las máquinas y, en vez de pedir un periódico alemán adelantado en una semana, amplié el plazo a un mes. *Normalmente* no se hubiera recibido ningún resultado, pero en esta ocasión la copia del mismo apareció en nuestro laboratorio con una puntualidad teutónica.

La bronca que me cayó encima -en el Ejército siempre tenía que haber un culpable, preferiblemente el último del escalafón- entraba dentro de lo previsto, así que aguanté como buenamente pude el chaparrón haciendo uso de todas mis reservas de humildad, tanto real como fingida. Al fin y al cabo no había ocurrido nada irreparable, argüí, y nada resultaba más fácil que volver a programar correctamente los controles para obtener la información deseada, como así hice. Pero, ¿qué hacíamos con el periódico de marras? Tampoco era cuestión de desperdiciarlo.

Convencí, pues, a uno de mis superiores más sensatos de la conveniencia de guardarlo y ver qué pasaba dentro de un mes; al fin y al cabo, pudiera ser que la insidiosa barrera temporal, por razones que desconocíamos, hubiera desaparecido o, cuanto menos, se hubiera replegado hacia el futuro dejándonos un mayor margen de maniobra, algo que nos podría resultar de utilidad.

Sin demasiado convencimiento, pero dando por hecho que con ello no se perdía nada, aceptó seguir mi sugerencia. Y cuando un mes más tarde comprobamos que la máquina funcionaba también para ese período de tiempo, los recelos se convirtieron en alegría. Por supuesto el cabestro que me despellejó no se molestó siquiera en disculparse, ni tampoco fui felicitado por nadie ya que el mérito se lo apuntó enterito aquél a quien yo había convencido para que lo guardara. Pero a mí eso no me importaba lo más mínimo; que se quedaran con todos los parabienes mientras siguieran mordiendo el anzuelo.

Informado del feliz descubrimiento, el propio Franco acudió personalmente a felicitarlos -a mí, por cierto, me habían quitado oportunamente de en medio- al tiempo que expresaba su deseo de que a partir de entonces se ampliara el plazo de prospección temporal ampliándolo al máximo posible, ya que tenía en cartera asuntos muy importantes -se refería, evidentemente, a la próxima entrevista de Hendaya- cuya

evolución futura -por el bien de España, añadió- sería muy importante conocer con suficiente antelación.

El ratón ya estaba en la ratonera, o casi. Apenas había franqueado el Caudillo la puerta, cuando yo fui llamado al laboratorio -durante la visita me habían tenido entretenido con el encargo de hacer un inventario en el almacén anexo, con órdenes expresas de no abandonarlo bajo ninguna circunstancia- encargándoseme que utilizara uno de los terminales para investigar cuanto tiempo podíamos penetrar en el futuro, mientras ellos se iban al despacho del jefe del proyecto a celebrar su *éxito*.

Por supuesto conocía a priori el resultado: habíamos estimado que un año sería más que suficiente, puesto que abarcaría hasta la caída del dictador y la consiguiente deriva de España hacia el bando aliado. Pero, claro está, teníamos la intención de dosificarlo convenientemente, fingiendo que la barrera que teóricamente limitaba la exploración del futuro retrocedía de forma continua. Así pues, en principio el plazo sería menor para ir aumentando poco a poco, de manera que en vísperas del viaje de Franco a Hendaya, a finales de octubre, éste pudiera estar ya convenientemente cocido en su propia salsa.

He de reconocer que me regocijé, y no poco, costándome verdaderos esfuerzos fingir la consternación general que reinaba en el equipo al ver la preocupación primero, el mosqueo después y por último el estratosférico cabreo del Generalísimo conforme le íbamos suministrando a píldoras su futuro, con el telón de su derrocamiento y exilio poniendo punto final a su megalomanía palurda. Pero al fin y al cabo no nos estábamos inventado nada, y lo único que hacíamos era mostrarle con antelación lo que acontecería realmente en el plazo de un año escaso si persistía en su pretensión de aliarse con Hitler.

Llegó al fin la fecha esperada y un Franco que se subía literalmente por las paredes, aunque como buen gallego procuraba disimularlo lo mejor que podía, tomó rumbo a la frontera francesa acompañado por su cuñado Serrano Súñer en su condición de ministro de Asuntos Exteriores, esta vez con el oculto propósito de dar calabazas a quien en aquellos momentos era el amo indiscutido de buena parte de Europa.

No voy a repetir, por sabido, lo que ocurrió en aquella reunión; me refiero, claro está, a la que tuvio lugar originalmente antes de que introdujéramos nuestra perturbación, saldada con el pacto entre los dos dictadores. En cuanto a la *nueva versión* inducida por nosotros baste saber que, tras una tensa entrevista que duró más de dos horas y media, Franco logró salirse con la suya rehuyendo la entrada de España en la guerra como aliada del Eje, mientras Hitler y su ministro de Asuntos Exteriores von Ribbentrop no disimulaban su profundo disgusto sin ahorrarse todo tipo de gruesos epítetos hacia los que ellos consideraban -y desde su punto de vista no les faltaba razón- unos muertos de hambre egoístas y desagradecidos.

Evidentemente Hitler podría haber presionado a Franco lo suficiente como para forzarle a asumir su compromiso, pero embarcado como estaba en los preparativos de la invasión de la Unión Soviética, para lo cual había cancelado la prevista invasión de Gran Bretaña, el envío de tropas a España y la planeada conquista de Gibraltar -como cabe suponer ignoraba el descalabro que habrían sufrido éstas de haber seguido adelante con la Operación Félix-, optó por desentenderse del tema produciéndose así la bifurcación cronológica que buscábamos.

En cuanto volvió a Madrid, lo primero que hizo Franco fue ordenar la disolución inmediata del equipo encargado de la prospección del futuro y el desmantelamiento del invento del *teniente rojo*. En pago a los servicios prestados fui ascendido a brigada y me fue concedido el rango de mutilado de guerra, lo que escondía una conminación implícita a mantenerme callado... de lo cual podían estar bien seguros ya que, una vez enviado a casa en expectativa de destino, aproveché para escabullirme en cuanto pude retornando a mi época, que ya era hora.

Y eso fue todo. Dado que por razones que no acabamos de comprender bien las ecuaciones teóricas que predecían este tipo de alteraciones indicaban que, debido a la existencia de un inercia cronológica, las posibles alteraciones en el flujo del tiempo no serían inmediatas, nos vimos obligados a esperar cierto tiempo, calculábamos que entre algunas semanas o quizá uno o dos meses, antes de poder comprobar si el sistema se autorregulaba volviendo a la situación inicial o si, por el contrario, derivaba de ésta siguiendo un rumbo divergente.

Yo personalmente, tal como indiqué, me inclino por la primera opción, y de hecho el nuevo curso de los acontecimientos -por el momento hemos podido rastrear hasta finales de 1944- no se desvía de forma significativa del anterior, salvo en el hecho de que España no llegó a entrar en guerra y Franco logró aferrarse a su dictadura pasado el fatídico verano de 1941; pero hechos de mayor trascendencia histórica tales como el ataque japonés a Pearl Harbor, los desembarcos aliados en Sicilia y Normandía o el empantanamiento y posterior descalabro de las tropas alemanas en el frente ruso, han tenido lugar de idéntica manera a como los registraban los libros de historia. Dentro de unos meses -en tiempo real, para nosotros será un período mucho más corto- podremos comprobar también si las derrotas de los nazis primero, y de los japoneses después, seguirán sucediendo conforme al guión previsto... lo cual me valdrá ganar la suculenta cena que me aposté con un colega cuya opinión discrepaba de la mía.

En cuanto a Franco... de momento, y a diferencia de lo que ocurriera en la anterior realidad histórica, sigue arrinconado en una España arruinada en la que las cartillas de racionamiento y la represión política forman parte del paisaje cotidiano mientras el dictador, carente del carisma de sus coetáneos Hitler y Mussolini, intenta establecer un remedo de estado corporativista que tiene más de cuartelero que de un régimen

verdaderamente fascista. No obstante, y aunque haya sido él precisamente el peón sacrificable en la partida de ajedrez que hemos jugado, no hay motivos para pensar que su régimen no vaya a desmoronarse igualmente, aunque con algunos años de retraso, tras el triunfo definitivo de los aliados, los cuales, como cabe esperar, no consentirán que un régimen afín al derrocado nazismo, por muy débil que éste pueda ser, se perpetúe en el nuevo orden que se implantará en Europa una vez concluida la II Guerra Mundial.

¿O no?

CUALQUIER TIEMPO PASADO ¿FUE MEJOR?

-En nombre de Su Eminencia Reverendísima Monseñor Enrique de Beaufort, presidente de este tribunal de la Santa Inquisición, os condeno a la hoguera por prácticas de hechicería, herejía y blasfemias hacia Dios y los Santos. Verdugo, proceded a ejecutar la sentencia.

Terminada la exposición del portavoz del tribunal, el interpelado prendió fuego a la pila de leña sobre la que se alzaba poste al que estaba amarrado el reo. Corría el día 2 de junio del año del Señor de 1431, y sólo tres días antes, en esa misma plaza del Viejo Mercado de la ciudad de Rouen, había ardido en idénticas circunstancias la Doncella de Orleans.

Pero en esta ocasión el ajusticiado no era ni un guerrero ni, mucho menos, un hechicero; de hecho, ni tan siquiera era francés ni había nacido en el siglo XV. En realidad, aunque como cabe suponer ninguno de los allí presentes lo sabía, se trataba del agente K-37 de la Agencia Cronológica, que había sido enviado allí para estudiar in situ uno de los episodios más relevantes de la Guerra de los Cien Años, la ejecución de Juana de Arco. Para su desgracia, y aunque los agentes tenían instrucciones de pasar desapercibidos, actuando como simples observadores sin hacer nada que pudiera alterar el curso de la historia y, por supuesto, sin arriesgar sus vidas, un cúmulo de desafortunadas coincidencias habían conducido a su apresamiento por las tropas inglesas, dueñas entonces de Normandía, y el hallazgo en su poder de ciertos objetos a los que les fue atribuido un origen demoníaco -en realidad se trataba de los utensilios necesarios para el desempeño de su labor- había motivado su juicio y condena por el mismo tribunal de la Inquisición que acababa de convertir en mártir a Juana de Arco.

Sin embargo, en esta ocasión la ejecución no siguió el cauce acostumbrado. Para sorpresa de los inquisidores y del populacho que abarrotaba el recinto la pira, en lugar de arder como se esperaba, se vio súbitamente envuelta en un sobrenatural halo luminoso que hizo creer a muchos en una intervención diabólica ya que, dadas las circunstancias, no cabía pensar en una procedencia divina. Pero para alivio de todos el extraño fenómeno duró apenas unos segundos, tras lo cual el fuego volvió a comportarse con normalidad dejando tras de sí un cadáver calcinado como Dios manda.

Evidentemente nadie en el siglo XV hubiera sido capaz de identificar lo ocurrido como la activación de un campo de éxtasis espaciotemporal, una medida de emergencia a la que la Agencia Cronológica sólo recurría cuando era preciso rescatar a uno de sus agentes de una muerte segura, ya que suponía una alteración, aunque de menor magnitud que la opción alternativa, de las corrientes espaciotemporales. Así, aunque su manifestación externa -el halo luminoso- fue extremadamente fugaz, un comando de la

Agencia tuvo tiempo sobrado para a apagar el fuego que comenzaba a propagarse por la leña, rescatar a su compañero, atar en su lugar a un cadáver que previamente había sido desenterrado en un cementerio cercano -no era cuestión de que nadie pensara que la víctima había desaparecido sin dejar el menor rastro- y, por último, para marcharse de allí tras prender de nuevo la hoguera... todo lo cual les llevó, como cabe suponer, bastante más tiempo que el trascurrido en el exterior, pero ya se sabe que ésta es una de las principales utilidades de los campos de éxtasis al ralentizarse en su interior el transcurso del tiempo.

* * *

De vuelta a casa con la satisfacción de la misión cumplida, el capitán de la unidad cronoexploradora *Tempus fugit* se encaminó a la enfermería para interesarse por el estado de salud del agente rescatado, el cual, según le habían informado los miembros del comando, estaba algo chamuscado y había tragado bastante humo, aunque por lo general no parecía mostrar muy mal aspecto.

De hecho, lo encontró consciente y sentado en una camilla mientras una pléyade de médicos y enfermeras se afanaban en torno suyo. Así pues, le dio la bienvenida a bordo celebrando que hubiera salido con bien de tan apurado trance.

Para su sorpresa éste, tras retirarse la mascarilla de oxígeno, le recibió con una florida sarta de denuestos de grueso calibre, increpándole a continuación:

-Gracias a ustedes por haberme rescatado con vida... al séptimo intento.

El capitán se ruborizó mientras por su cabeza pasaban opiniones poco halagüeñas acerca de la ingratitud con la que algunos te agradecen que les hayas salvado la vida, pero finalmente triunfó su sentido de la disciplina respondiendo con sequedad:

-Entiendo que esté usted resentido, pero le aseguro que nos apresuramos todo cuanto pudimos.

Y viendo el gesto de incredulidad de su interlocutor, continuó:

-En realidad lo intentamos desde el primer momento, pero una vez allí descubrimos que el programador del vuelo no había tenido en cuenta la corrección del calendario juliano, razón por la que llegamos varios días tarde. Por fortuna, y esa es la ventaja de los viajes por el tiempo, siempre se puede volver al momento deseado... así que hicimos un segundo intento, pero en esta ocasión tropezamos con el problema de que no nos fue posible encontrar a tiempo ningún cadáver recién enterrado con el que poderle sustituir en la pira.

»La tercera vez fue todavía peor, ya que el sindicato de cronopilotos convocó una huelga reivindicando más tiempo libre y, al no cumplirse los servicios mínimos, no nos fue posible ir a rescatarle. En vísperas de la cuarta los servicios de mantenimiento encontraron un fallo en el generador de flujo secundario, por lo que hubo que retrasarla hasta que éste no fue reparado, ya que lamentablemente no había ninguna otra unidad cronoexploradora disponible. La quinta...

-Déjelo -le interrumpió K-37 haciendo un gesto con el brazo libre, ya que en el otro tenía colocados varios adminículos médicos-. En realidad me traen sin cuidado las excusas que me pueda dar. Lo único que me importa es que, gracias a su negligencia, he ardido en la pira un total de seis veces consecutiva y he estado a punto de hacerlo una séptima, tal como puede comprobar usted mismo -concluyó al tiempo que señalaba las ampollas que le estaban curando en las plantas de los pies.

-Lo... lo lamento -balbuceó el capitán-. Pero como ya le he dicho, esto es lo bueno que tienes las misiones espaciotemporales, si por alguna causa uno de nuestros agentes sufre un... percance, siempre podremos intentar volver a rescatarlo todas las veces que sea preciso.

-Ya -respondió el aludido en tono mordaz.-. El *pequeño* problema -recalcó el adjetivo- estriba no sólo en que me quemaron vivo seis veces, sino en que guardo además perfecto recuerdo de todas ellas desde el principio hasta el final. Y le aseguro que se trata de algo bastante desagradable, sobre todo si encima te regalan varias repeticiones del evento.

-No... no puede ser -la perplejidad del capitán era sincera-. En el continuo espaciotemporal del que le rescatamos su ejecución tan sólo tuvo lugar una vez...

-Para esos bárbaros medievales, sí. Pero con sus chapuceras intervenciones lo único que consiguieron fue encerrarme en un bucle temporal del que no he podido salir hasta ahora... pasándolas canutas entre tanto, como puede suponer. ¿Le extraña que esté cabreado?

-No puede ser... -repitió el capitán- yo nunca he tenido noticias de este fenómeno, ni sé de nadie que lo haya comunicado.

-Pues alguien tenía que ser el primero -rezongó irónico K-37-. Por cierto -cambió de registro-, ¿conoce usted una vieja película titulada *Atrapado en el tiempo*, conocida también como *El día de la marmota*?

Y ante el gesto negativo de éste, explicó:

-El protagonista, un personaje por cierto repelente, se ve condenado a repetir continuamente el mismo día de su vida, sin que pueda hacer nada por evitarlo; nadie se

da cuenta de que está encerrado en un bucle temporal excepto él mismo, y por supuesto recuerda perfectamente todas las repeticiones. Más o menos esto es lo que me ha pasado a mí -concluyó-, y le aseguro que no me he divertido lo más mínimo. ¿Sabe lo que es oler a carne quemada -tu propia carne- mientras padeces espantosos dolores? ¿Y que esta tortura se repita una y otra vez mientras tus presuntos rescatadores meten continuamente la pata? Le aseguro que más de uno me va a oír allá arriba.

-Está bien... -condescendió el capitán- le entiendo perfectamente. Y créame que lo lamento. Lo importante es que está usted a salvo, y que de ahora en adelante se adopten las medidas pertinentes para que esto no vuelva a ocurrir. Lo único que puedo hacer es presentarle disculpas en nombre mío y en el de la tripulación del *Tempus fugit*.

Un gesto ambiguo de K-37, más interesado en la cura que le estaban haciendo en sus lacerados pies que en seguir la conversación con el oficial, sirvió de punto final a ésta, por lo que el capitán, haciendo un extemporáneo saludo militar, se despidió de él abandonando la enfermería.

Camino de la cabina de mando fue refunfuñando acerca del muerto que le había caído encima; aunque confiaba en que no le salpicara nunca se podía estar seguro del todo, sobre todo teniendo en cuenta que los peces gordos intentarían buscar la manera de sacudirse las pulgas a costa de los de más abajo.

En fin, qué se le iba a hacer; por otro lado, este incidente le había dado una idea. En sus tiempos de agente había tenido ocasión de conocer a una hetaira con la que llegó a hacer muy buenas migas, y no estaría mal volver a recordar tiempos pasados. Aunque a los miembros de la Agencia se les permitía ir de vacaciones cada cierto tiempo a la época histórica que prefirieran, siempre claro está bajo el estricto control de los supervisores para evitar cualquier posible alteración temporal accidental, no era su intención aburrirse en la antigua Grecia; cosa muy distinta sería disfrutar de una noche loca con su antigua amiga repitiéndola una y otra vez dentro de un placentero bucle... sí, no era una mala idea.

Tendría que estudiarlo bien, puesto que no estaba muy convencido de que sus jefes lo vieran con buenos ojos; pero ya encontraría la manera de hacerlo sin necesidad de que se enteraran. Total, fuera del bucle tan sólo transcurriría un único día...

LA AGENCIA DEL TIEMPO

Juan García no lograba salir de su asombro. Todo había empezado esa mañana -¿había sido ya hacía una eternidad?-, cuando salió a dar un paseo por los alrededores del pequeño pueblo castellano en el que veraneaba. Los lugareños le habían hablado maravillas de un recóndito valle situado a no demasiada distancia, y sintió interés por conocerlo. Por desgracia, tuvo la malhadada idea de intentar evitar el tortuoso camino que a él conducía atajando por el túnel de la vía de ferrocarril que atravesaba el término; aunque ésta había sido antaño una de las de mayor tráfico ferroviario del país, a raíz de la apertura de la nueva línea de alta velocidad, que discurría más al sur, había perdido mucha de su anterior importancia, de modo que por ella tan sólo circulaban ahora trenes de mercancías y algunos, muy pocos, regionales.

En mala hora lo hizo. Aunque el túnel, lo había comprobado en el mapa, no era demasiado largo, describía una suave curva que impedía ver la otra boca -y en el tramo central las dos- y, por consiguiente, la posible llegada de un tren; en cualquier caso el trazado era doble, por lo cual bastaría con saltar a la otra vía para evitar un peligro que, por otro lado, se le antojaba remoto. Lamentablemente la sempiterna ley de Murphy se empeñó en obrar en contra suya; una vez que se encontraba a mitad de su recorrido, por lo cual había perdido de vista los dos extremos del túnel, oyó el trepidar de un tren que se acercaba. Puesto que le pareció que discurría por la otra vía, consideró innecesario apartarse; pero el reverbero en el interior del túnel le había jugado una mala pasada y, antes de que pudiera darse cuenta, descubrió aterrorizado cómo la locomotora se le echaba encima a toda velocidad sin darle tiempo a escapar. Y luego fue todo ya oscuridad y silencio.

Así pues, su sorpresa fue mayúscula cuando despertó en una solitaria habitación que recordaba desagradablemente a la de un hospital; aunque, bien pensado, después de pasarte por encima un tren de mercancías poco sería lo que pudieran hacer por ti, salvo recoger los dispersos pedazos de tu cuerpo. Además, se corrigió, más que una habitación de hospital ésta semejaba ser la de una austera residencia, puesto que faltaba allí todo tipo de parafernalia médica... y también las ventanas, al tiempo que la puerta resultó estar cerrada con llave.

Por lo demás, y para asombro suyo, estaba ileso y sin el menor rasguño. Aunque su única vestimenta era un liviano pijama, en un armario empotrado encontró su ropa limpia y cuidadosamente planchada; éste, junto con la cama, una mesa, una silla y un reducido cuarto de baño constituían la totalidad del mobiliario de su enigmática celda, palabra con la que identificó al recinto pensando en las celdas monacales, aunque el hecho de que estuviera encerrado en ella parecía asemejarla más a las carcelarias.

Apenas si había acabado de vestirse cuando la puerta se abrió silenciosamente dando paso a un desconocido con aspecto menos de enfermero que de celador, el cual empujaba una mesita con ruedas. Aunque la puerta volvió a cerrarse tras él, aún pudo atisbar un pasillo alumbrado por la misma luz indirecta que la de la habitación y un bulto perteneciente, con toda probabilidad, a otro celador que permaneció vigilante en el exterior.

-¡Vaya, ya ha despertado! -saludó jovialmente el desconocido-. Le traigo algo de comida y bebida para que pueda reponer fuerzas -explicó al tiempo que pasaba varias bandejas de la mesita con ruedas a la mesa-. Supongo que estará hambriento.

-¿Dónde estoy? -preguntó Juan-. ¿Quiénes son ustedes?

-Todo a su tiempo, señor García -fue la respuesta del visitante-. Usted sufrió un fuerte trauma psicológico del que es preciso que se recupere. Le hemos mantenido sedado durante dos días, así que cabe suponer que su estómago agradecerá que se le regale con algo de alimento -concluyó en tono risueño.

Y razón no le faltaba, puesto que la citada víscera comenzó a rugir apenas sus ojos vislumbraron las atractivas viandas.

-Le ruego que tenga un poco de paciencia, señor García, y haga los honores a nuestro cocinero -insistió su interlocutor-. Puede usted estar seguro de que se encuentra entre amigos, y muy pronto verá satisfecha su lógica curiosidad. Pero ahora conviene que coma, amén de que yo no estoy autorizado a explicarle las razones de su presencia aquí. Y ahora, si me lo permite, he de retirarme.

Cosa que hizo llevándose la ya vacía mesita y cerrando de nuevo la puerta tras él.

La lucha entre la impaciencia y el hambre se saldó rápidamente a favor de esta última, descubriendo para su sorpresa que la insólita situación en la que se encontraba no le había privado en absoluto de apetito. Además el menú era realmente bueno, nada que ver con los engrudos hospitalarios ni tampoco, suponía, con los ranchos carcelarios.

Quizá fuera porque su cuerpo seguía necesitando descanso, quizá porque con la comida hubiera ingerido un nuevo sedante, lo cierto fue que apenas hubo terminado de comer le entró un sueño tan profundo que ni siquiera esperó a desnudarse, tumbándose vestido tal como estaba en la acogedora cama.

Despertó descansado y satisfecho, sin saber cuanto tiempo había estado durmiendo dado que, observó con disgusto, a diferencia de la ropa no le habían devuelto ni el reloj ni el resto de sus efectos personales. Podía entender lo de la pequeña navaja, que siempre llevaba en sus paseos por el campo, pero que también le hubieran despojado de

las llaves, el monedero, la cartera, el teléfono móvil y hasta las gafas de sol, además del reloj, era ya algo más difícil de explicar.

No obstante debía de haber estado durmiendo durante bastante tiempo, puesto que sus misteriosos anfitriones no sólo habían retirado las bandejas de la comida sino que además, comprobó con desagrado, habían vuelto a desnudarle vistiéndole de nuevo con el pijama. Por esta razón, no fue extraño que acogiera con desconfianza, si no con una soterrada hostilidad, la nueva visita de su cancerbero.

-¿Por qué me drogaron? -le espetó a modo de bronca bienvenida-. ¡Exijo saber quiénes son ustedes y por qué me han traído aquí! ¡Y que respeten mi intimidad! -remachó, sospechando que debían de haberle estado espiando a través de alguna escondida cámara de vigilancia, puesto que hubiera sido mucha casualidad que ese individuo hubiera acertado a entrar en ambas ocasiones justo después de que él despertara.

-Le ruego de nuevo que acepte nuestras disculpas, señor García -respondió éste en tono conciliador-, vuelvo a insistir en que se encuentra usted entre amigos. No, no le drogamos, simplemente le suministramos un sedante puesto que el monitor de constantes vitales -él no había descubierto ningún adminículo con aspecto de serlo acoplado a su cuerpo- indicaba que todavía necesitaba usted algo más de descanso; y no, no le hemos espiado ni existe aquí ninguna cámara oculta, fue el mismo monitor el que nos indicó que usted ya había despertado. Y ahora, a no ser que desee usted comer algo, quiera darse una ducha o necesite utilizar el cuarto de baño, en cuyo caso esperaría el tiempo que fuera necesario, he venido a llevarle a presencia del director, quien le podrá aclarar todas sus dudas.

Ciertamente Juan no hubiera rehusado ninguna de esas tres cosas, pero era tal la impaciencia que le corroía que supeditó todas ellas a satisfacer su curiosidad. Informado de ello, Igor -así había bautizado mentalmente a su relamido anfitrión-, le invitó a seguirle.

Tal como supusiera, en el pasillo les esperaba un segundo celador que, a diferencia del enteco Igor, mostraba bien a las claras cual debía ser su cometido; aunque aparentemente no portaba armas y ni tan siquiera una porra, bastaba con ver su envergadura -Juan lo *bautizó* inmediatamente como Rambo- para tener la certeza de que le bastaría con sus manos desnudas para partir en dos a cualquiera que se mostrara reticente a obedecer.

Juan, evidentemente, no lo hizo, limitándose a seguir dócilmente a sus dos carceleros -Igor delante de él, Rambo detrás- por un dédalo de pasillos que le recordaron al mitológico Laberinto. Finalmente llegaron ante una puerta cerrada, en la

que campeaba el rótulo de “Director” y, tras golpearla con los nudillos, Igor la entreabrió introduciendo la cabeza al tiempo que decía:

-Señor director, don Juan García está aquí.

-Está bien -se oyó responder desde el interior-. Muchas gracias, señor López, hágale pasar. Pueden retirarse usted y el señor Martínez.

-Yo... -titubeó Igor, o mejor dicho López, sorprendiéndole a Juan lo corriente de su apellido-. Quizá fuera conveniente...

-No será necesario, señor López, confío plenamente en la sensatez del señor García -le contradijo en tono lo suficientemente alto como para que él lo oyera-. ¿Qué pensaría de nosotros nuestro invitado si se viera siempre seguido por uno de nuestros vigilantes de seguridad?

¿Vigilante de seguridad? Más le había parecido a él una mezcla a partes iguales de legionario, armario de tres cuerpos y experto en artes marciales, pero ciertamente agradeció el detalle. Daba por supuesto que en caso de necesidad ese desconocido director, o lo que fuera, contaría con medios sobrados para neutralizar una amenaza de agresión sin necesidad de tener que recurrir a ese gorila, que más parecía estar allí en calidad de *atrezzo* que de otra cosa; pero como no era cuestión de comprobarlo, optó prudentemente por seguir la comedia fingiendo una docilidad que no dejaba de ser bastante real.

Aceptando la muda invitación de Igor/López, Juan entró en el despacho con timidez. Éste era un recinto amplio y bien iluminado -aunque las ventanas seguían brillando por su ausencia- decorado con una heteróclita colección de objetos artísticos procedentes, hasta donde pudo apreciar, de todas las épocas y todas las culturas conocidas. Al fondo del despacho, sentado tras una amplia mesa repleta de papeles, se encontraba su ocupante, el enigmático *director*, un hombre de mediana edad y aspecto indefinido que se levantó para recibirle invitándole a sentarse frente a él.

Así lo hizo, absorto en la contemplación del cuadro que colgaba de la pared situada tras su anfitrión. Según todas las apariencias se trataba de un Velázquez pero, pese a ser un buen conocedor de la obra del pintor sevillano, éste no le resultaba conocido en absoluto.

-¡Ah, el cuadro! -exclamó en tono indiferente el director-. Sí, es un Velázquez, pero no lo encontrará usted reproducido en ninguna historia del arte. Se trata de *La expulsión de los moriscos*, y se perdió en el incendio del Alcázar de Madrid de 1734. Y -explicó en tono ufano-, le puedo asegurar que no se trata ni de una copia ni de una recreación sino del original salido de los pinceles del bueno de don Diego, que fue rescatado por nuestros agentes. ¡Pero no hablemos ahora de mi colección de arte recuperado, sino de

usted! Supongo que estará ansioso por saber donde se encuentra y como ha llegado hasta aquí.

-Pues... si es usted tan amable... -fue lo único que acertó a articular el cada vez más perplejo Juan.

-Bien, empezaré explicándole que le libramos de una situación ciertamente comprometida; no es ninguna broma que te atropelle un tren a toda velocidad.

-Les... les doy las gracias por haberme salvado la vida. Fue una suerte que aparecieran justo en el momento preciso.

-¡Oh, no! -exclamó el director con jovialidad-. Nosotros no estábamos allí cuando el tren le atropelló, hubiera sido mucha casualidad. Usted murió realmente y, créame, no fue un espectáculo agradable... pero evitemos hablar de cuestiones escabrosas a la par que innecesarias. De hecho nuestro rescate no tuvo lugar hasta bastante después del accidente, en el transcurso de uno de nuestros rastreos rutinarios en busca de potenciales nuevos agentes, y tras estudiar su expediente decidimos que merecería la pena rescatarlo. Así pues, mandamos a un equipo de campo a justo *antes* -recalcó el adverbio- de que usted tuviera la desafortunada idea de cruzar por el túnel, ya que no era cuestión de correr riesgos innecesarios, y nuestros agentes le lanzaron un dardo anestésico trayéndole aquí. Reconozco, y le pido disculpas por ello, que no fue un trato demasiado educado, pero dudo mucho que hubiera atendido a nuestras razones si en vez de narcotizarlo hubieran intentado convencerle de que no entrara allí porque un tren le iba a despedazar, y que a cambio de la ayuda viniera con nosotros.

-Un momento, un momento... -a Juan le daba vueltas la cabeza-. Todo lo que me dice es absurdo. Lo del tren es cierto, lo recuerdo perfectamente y todavía me dura el susto en el cuerpo. Pero todo lo demás... si estoy vivo, y evidentemente lo estoy, será porque por alguna razón que no alcanzo a comprender el tren no llegó a arrollarme. Ignoro como se las pudieron apañar para evitar el accidente y traerme aquí, pero lamento decirle que esa historia que me acaba de contar no cuela.

-Le comprendo perfectamente, dado que en su momento yo pasé por un trance similar; por esta razón, le ruego que me escuche. Para empezar, ha de saber que nos encontramos en la sede central, en realidad la única, de la Agencia Estatal de Control Cronológico.

-¿La qué...?

-La Agencia Estatal de Control Cronológico -repitió su interlocutor-. Hasta hace unos años se llamaba Agencia Nacional de Control Cronológico, pero ya sabe usted, los políticos... aunque nosotros solemos abreviarla a la Agencia del Tiempo o, incluso, simplemente a la Agencia.

-En la vida he oído hablar de ese organismo -rezongó el presunto resurrecto.

-No es de extrañar, puesto que es secreta; más bien, ultrasecreta. De hecho, además de sus miembros tan sólo conocen su existencia el presidente de gobierno, los ex presidentes y, por supuesto, el rey; ni siquiera los ministros lo saben, de modo que nosotros sólo rendimos cuentas al presidente.

-No le creo.

-Sé que la posibilidad de viajar por el tiempo resulta inverosímil y difícil de aceptar para una mente racional como la suya; insisto en que en su momento yo también me tuve que enfrentar a tan insólita realidad. Pero le aseguro que es cierto, y puedo demostrárselo. Para empezar, tiene la prueba del cuadro perdido de Velázquez... -remachó señalando a su espalda.

-Eso no prueba nada -porfió receloso Juan-. Puede ser perfectamente una recreación moderna, de sobra es sabido que hay pintores capaces de imitar a la perfección el estilo de cualquier artista clásico engañando incluso a los más avezados expertos.

-Tiene usted toda la razón, aunque le aseguro que se trata del original, al igual que lo son todos los objetos que decoran este despacho. Y lo mismo me diría, me temo, si le mostrara la grabación de un acontecimiento histórico como, por ejemplo, la rendición de Granada, dado que hoy en día se hacen milagros con los efectos especiales... pero confío en que esta otra sirva para vencer su escepticismo.

Dicho lo cual, tomó un mando a distancia y con él conectó una pantalla de televisión situada en un lateral del despacho, uno de los pocos objetos modernos emplazados en el heteróclito recinto.

Juan se giró en su silla mirando con indiferencia, casi con fastidio, a la pantalla hasta que, una vez pasados los rótulos indicativos iniciales -le pareció apreciar fugazmente su nombre y una fecha de varias décadas atrás-, tuvo ocasión de verse a sí mismo cuando era apenas un crío.

Recordaba perfectamente la ocasión: en un examen de gimnasia le habían hecho saltar el potro por vez primera -y última- en su vida y, al desconocer la técnica puesto que ningún profesor se había molestado en explicárselo previamente, lo hizo de tal manera que fue a dar con sus huesos en el suelo rompiéndose un brazo a consecuencia del porrazo.

Ciertamente los detalles -el percance había ocurrido en el gimnasio del antiguo instituto de su localidad natal- no le resultaban familiares, algo que era de esperar dados tanto el tiempo transcurrido como la distinta percepción de las proporciones y las distancias que se tiene en la infancia, pero no cabía duda de que se trataba de él -se

estremeció al contemplar al pobre niño llorando de dolor- y de aquel desagradable episodio que le infundió una aversión de por vida a la gimnasia.

Pero, ¿cómo habían podido grabarlo? Era de todo punto imposible, puesto que las vetustas cámaras existentes entonces no se significaban por pasar precisamente desapercibidas, y menos en el transcurso de un examen. Y aun suponiendo que se tratara de una recreación virtual, no había manera alguna de que unos desconocidos pudieran conocer un episodio anecdótico de su infancia que en su momento pasó desapercibido por completo excepto, claro está, para él, su familia y algunos amigos.

Perplejo, preguntó mudamente con la mirada a su interlocutor, que sonreía de oreja a oreja. Éste, tras apagar la pantalla, le explicó:

-El vídeo es auténtico, unos agentes nuestros se colaron en el examen haciéndose pasar por profesores de otro colegio y lo grabaron con unas microcámaras desconocidas en esa época... fue sencillo una vez que hubimos identificado el evento y la fecha exacta en que ocurrió.

-¿Han espiado ustedes la totalidad de mi vida? -se lamentó desmayadamente Juan.

-¡Oh, no! Le puedo asegurar que respetamos escrupulosamente la intimidad no sólo de nuestros agentes, sino también la de todos aquellos que investigamos como posibles reclutas. Nada sabemos, ni nos interesa, de la vida privada de nadie, nos limitamos a investigar sólo aquello que tiene lugar en lugares públicos; nada diferente, por cierto, de lo que ocurre ahora con los omnipresentes teléfonos móviles, sólo que por razones obvias nos vemos obligados a camuflar nuestros equipos cuando viajamos a algún año en el que esta tecnología no se había inventado aún.

-Pero, aun con eso, han husmeado en mi vida sin mi consentimiento... -estalló-. ¡Eso es ilegal!

-Investigamos -el director recalcó el cambio de verbo- la vida de un difunto al que poco le podía importar ya nuestra presunta intromisión. Y si no lo cree, aquí tiene una copia del atestado policial de su accidente, con fotografías incluidas -concluyó arrojando sobre la mesa una carpeta-; le garantizo que también es auténtico, aunque poco agradable de contemplar.

-Está... está bien -musitó quedamente el atribulado Juan al tiempo que apartaba la carpeta con un dedo como si ésta estuviera emponzoñada-. Yo... me tiene que disculpar, pero esto es tan extraño... Lo que no entiendo es la razón de su interés por mí, que jamás he destacado en nada durante toda mi vida y he sido un perfecto desconocido excepto para mis más íntimos.

-No se infravalore usted, señor García. Que no haya triunfado socialmente, en el falso sentido que entiende la mayoría, no quiere decir que usted no valga; al contrario, para nosotros valía mucho, razón por la cual le hemos estado siguiendo discretamente desde hace bastantes años. Déjeme que le explique -añadió al ver la impaciencia marcada en el rostro de su huésped-. Aunque nosotros, dado la condición secreta de la Agencia, trabajamos de forma autónoma, tenemos acceso a todos los archivos y bases de datos de la Administración española, de modo que gracias a unos sistemas informáticos bastante sofisticados (resultaría imposible hacerlo de forma manual, aunque así es como se hizo en los inicios del cuerpo), nos es posible filtrar a todos aquellos candidatos potenciales. Sus expedientes académicos, su estado civil, el historial de su servicio militar, su currículum profesional, sus declaraciones de la renta, cualquier cosa sobre ellos que aparezca en el BOE... es increíble la cantidad de información que la Administración tiene sobre cada uno de nosotros, basta con recopilarla y procesarla convenientemente para saber si el perfil de alguien en particular resulta adecuado.

-Y así tenemos al Gran Hermano... -ironizó Juan.

-Insisto en que nosotros no somos espías, ni utilizamos más fuentes de información que las ya existentes en poder de la Administración. Y por supuesto, en el momento en el que alguien, por la razón que sea, queda descartado borramos automáticamente su expediente. ¿Para qué lo íbamos a querer? Ah, y tampoco devolvemos la información procesada por nosotros a ningún organismo de la Administración; ¿cómo lo íbamos a hacer si todos ellos desconocen nuestra existencia?

-Por lo que veo, no borraron el mío.

-En efecto, ya que usted nos era potencialmente útil, algo que sólo ocurre en muy contadas ocasiones. Claro que... tuvimos que esperar a que ocurriera su fallecimiento.

-¿Por qué razón? Esto no dejó de ser una crueldad innecesaria.

-Lo sé de sobra, pero en este punto los protocolos son muy estrictos y están además plenamente justificados. No podemos contactar a nadie hasta que no acontezca su muerte, aunque como cabe suponer nos remontamos brevemente en el tiempo para evitar que ésta ocurra... de nada nos serviría un cadáver -bromeó el director.

-Sigo sin entenderlo -objetó Juan-. Si son capaces de viajar por el tiempo, ¿a qué viene esa espera innecesaria? Aparte de que, aunque en ocasiones como la mía la muerte sea instantánea, a otros podrían evitarles, pongo por caso, una dolorosa agonía.

-Tiene usted razón, aparte de que poco nos servirían un enfermo de cáncer terminal o un anciano aquejado de Alzheimer; desgraciadamente, es así como perdemos a muchos posibles candidatos. De hecho, en la práctica nos vemos limitados a reclutarlos

entre aquéllos que, como usted, son víctimas de un accidente o bien de una enfermedad repentina, tal como un infarto, posible de evitar con los medios médicos actuales siempre y cuando sea posible prevenirla, como por fortuna es el caso. Y si está pensando en por qué razón no intervenimos antes de que esta persona envejezca o contraiga una enfermedad incurable, le diré que existen dos buenas razones para ello. La primera es que no podemos viajar al futuro sino tan sólo al pasado, por lo cual nos resulta de todo punto imposible saber lo que pueda acontecer en la vida de nadie, viéndonos limitados, pues, a esperar.

-¿Y la segunda?

-Que resulta extremadamente arriesgado alterar el flujo temporal, por lo cual podría ocurrir que la captación de un agente años antes de que éste falleciera de forma natural o accidental provocara un cambio de consecuencias irreversibles. Puede ser que no se llegara a extremos tan apocalípticos como predice la teoría del Efecto Mariposa, al fin y al cabo prácticamente nadie es tan importante como para ser capaz de alterar la historia, por acción u omisión, a causa de una intervención nuestra; pero esa persona a la que impediríamos continuar con su vida normal dejaría de tener, pongo por ejemplo, hijos, de modo que quizá estaríamos privando a la humanidad de un genio de la ciencia, de la literatura, del arte...

-O de un criminal -le interrumpió Juan.

-Cierto, pero nosotros no somos quienes para jugar a aprendices de brujos sin saber hacia donde nos podrían conducir nuestras manipulaciones, razón por la que preferimos trabajar sobre seguro. Rescatar a alguien después de haber fallecido nos da la seguridad de que no vamos a perturbar nada.

-Pero, según me acaba de decir, ustedes se remontaron por el tiempo para rescatarme cuando todavía estaba vivo... ¿no es una contradicción?

-Desde un punto de vista estrictamente formal, sí. Pero sólo fueron unos minutos, y en nada alteramos con ello el futuro fluir del tiempo.

-Salvo en que ahora no yazgo en la tumba donde debería estar, ya que en realidad no he muerto... amén de que ahora debo andar desaparecido, ya que en ningún lugar habrá quedado registrado mi fallecimiento.

-Olvida usted que tenemos a nuestra disposición, aunque sea de tapadillo, a la totalidad de los recursos de la Administración española -sonrió el director-. Para empezar, uno de los factores por los que usted nos resultaba tan útil, y uno además de los importantes, fue el hecho de que estuviera soltero y careciera de familia cercana; de hecho su cadáver, o lo que quedó de él, no fue reclamado por nadie. Así pues, y gracias a los topos que tenemos infiltrados en todos los ministerios, no resultó difícil *colar* los

documentos necesarios tales como el atestado policial -explicó al tiempo que señalaba la cerrada carpeta- o el certificado de defunción, que lógicamente habían desaparecido tras su no-fallecimiento y de los cuales habíamos guardado previamente sendas copias. En lo que respecta a sus propios restos, también inexistentes por idéntico motivo, existe en el archivo correspondiente un registro que indica que, tras pasar cierto tiempo en un depósito del Instituto Anatómico Forense, fueron oficialmente incinerados y las cenizas depositadas en un osario común. Con lo cual, a efectos prácticos usted ha dejado de existir para la Administración española. Pero, ¿qué le ocurre? -se inquietó el dueño del despacho al observar la transfiguración experimentada por el rostro de su interlocutor.

-¡Ustedes... ustedes son unos canallas! -exclamó iracundo-. ¿Por qué me dejaron morir? ¿Por qué no me advirtieron del peligro de cruzar el túnel, o me distrajeron con cualquier pretexto hasta que hubiera pasado el tren? Yo podría estar vivo y en mi casa, y no secuestrado en este manicomio.

-Eso hubiera resultado sin duda muy humanitario -respondió en todo glacial el director, al tiempo que acercaba disimuladamente el dedo al camuflado botón de alarma-; pero aparte, lo reconozco, de poco útil para nuestros fines, era completamente inviable por los motivos que acabo de explicarle. Al igual que no podemos captar a ningún *vivo* -llamémosle así- ante el riesgo de alterar su hipotético futuro, tampoco podemos hacerlo al contrario por idénticas razones. Usted falleció soltero y sin descendencia en determinada fecha, y ciertamente no movimos un dedo para evitarlo. Pero si lo hubiéramos hecho tal como sugiere, ¿quién nos garantizaría que usted no engendrara posteriormente a un... -endureció todavía más la voz- criminal?

-O a un benefactor de la humanidad -respondió éste mordaz-. Pero doy por bueno su argumento... hasta aquí.

-Explíquese, por favor -invitó el director frunciendo el entrecejo.

-Aun admitiendo la inevitabilidad de mi muerte, lo que no fue tal, sino fruto de una decisión unilateral suya, fue mi, llamémosle, *resurrección*, sobre la cual no recabaron en modo alguno mi opinión. Y a jugar por lo que acaba de decir, o mucho me equivoco o me han enfrentado a unos hechos consumados que me veo obligado a aceptar sin ninguna otra posible alternativa. Vamos, que me han incluido en la plantilla de su dichosa Agencia con independencia de cual pudiera ser mi voluntad propia.

-Se equivoca de nuevo, señor García -el director, más tranquilizado, retiró la mano del botón-. Usted es completamente libre de elegir si desea colaborar o no con nosotros. Sólo que -hizo una pausa-, en caso de que rehusara nos veríamos obligados a deshacer lo que hicimos volviendo a la situación original. Así de sencillo, y quede claro que no obligamos a nadie.

-Entonces, la alternativa a ser un agente suyo sería... ¿volver al hoyo?

El silencio de su anfitrión fue más explícito que cualquier palabra.

-Pues permítame que le diga que se trata de un repugnante chantaje -remachó.

-Lamento tener que contradecirle una vez más, pero vuelvo a insistir en que no es tal, sino la única opción posible para evitar posibles alteraciones del pasado... o del futuro, que para el caso viene a ser lo mismo porque acabará siéndolo. No somos ningunos monstruos, aunque nuestros métodos, impuestos por las circunstancias y no por nuestro capricho, pudieran hacerlo creer. Por cierto -se interrumpió dando un repentino giro a la conversación-; ¿sabe quién soy yo?

Se trataba evidentemente, de una pregunta retórica, puesto que como cabía suponer el recién llegado lo ignoraba. Así pues, continuó:

-En realidad mi nombre no le diría nada, lo importante es que sepa de *cuando* soy. A mí me fusilaron los sublevados franquistas en los primeros días de la Guerra Civil.

Juan le miró de hito en hito. Su interlocutor no aparentaba tener más de cuarenta y tantos o cincuenta años, así que difícilmente podrían haber fusilado en 1936 a alguien que no habría de nacer hasta varias décadas después.

-Sorprendido, ¿verdad? -sonrió éste, satisfecho del efecto conseguido por su recurso dialéctico favorito-. ¿A que me conservo bastante bien?

-Yo... -tartamudeó Juan, indeciso entre creerle o no.

-Acababa de cumplir cuarenta y cuatro años el día que me asesinaron, así que ahora ando por los... -fingió hacer un cálculo mental- ciento veintitantos.

-No puede ser.

-Mientras esté aquí, olvídese de los *no puede ser*. Ésta es una de las ventajas de trabajar con nosotros; la Agencia no se encuentra ubicada en ningún lugar físico determinado, sino en el interior de un campo de éxtasis en el que el tiempo no transcurre, de hecho no podría existir si no fuera así. Reconozco que el término no es demasiado correcto, pero no se me ocurre otro mejor. Y si bien es cierto que no resulta posible rejuvenecernos tampoco envejecemos, razón por la que todos nosotros conservamos la edad biológica que teníamos cuando llegamos aquí. Otra ventaja no menos apreciable es que los más antiguos se pueden beneficiar de los avances de la medicina gracias al concierto que tenemos suscrito con la sanidad pública... con identidades supuestas, por supuesto. No vea lo feliz que me sentí al verme curado de la tuberculosis que me minaba los pulmones y que, de no haberse adelantado los

franquistas, me hubiera mandado a la tumba no muchos años más tarde. Por supuesto -remachó- en caso de quedarse con nosotros a usted le ocurriría lo mismo; aunque como ya le he dicho no es posible viajar al futuro, aquí el tiempo, el cronológico valga la redundancia, no el biológico, transcurre en sincronía con el exterior, de modo que nuestro presente coincide siempre con el de allá afuera... así que no es de desdeñar la posibilidad de que en un futuro más o menos cercano pueda usted disponer de un tratamiento médico adecuado para alguno de sus achaques, que por desgracia a nadie le faltan.

-En fin -suspiró Juan-, que todo resulta demasiado bonito. En cualquier caso, y puesto que no veo que tenga demasiado que perder, seguiremos la broma. Además, lo cierto es que mi vida había entrado en lo que parecía ser un callejón sin salida...

-¿Significa esto que acepta? -preguntó el director de forma protocolaria, ya que conocía de sobra la respuesta; no en vano habían estudiado a fondo el expediente del *candidato* antes de rescatarlo de la tumba.

-¡Qué remedio! Pero dígame, ¿tan antigua es esta jaula de grillos?

-Bueno, de forma organizada tal como está ahora, aunque lógicamente con unos medios técnicos mucho más limitados, se remonta al menos hasta la época de Cánovas. Existen indicios de que la Agencia pudiera ser bastante más antigua, pero el caos de los reinados de Carlos IV, Fernando VII e Isabel II impide que podamos confirmarlo. Incluso hay quien dice que podría remontarse al menos hasta la Ilustración, pero son sólo hipótesis.

-Me sorprende que una tecnología tan avanzada surgiera a la par, o antes incluso que la Revolución Industrial, y además en un país tan atrasado entonces como España... -objetó Juan.

-Es que no la inventaron nuestros antepasados, simplemente la encontraron, al parecer de forma fortuita, y se limitaron a aprovecharse de ella, primero de forma muy limitada porque no la entendían y, más tarde, de una manera más sistemática -explicó el director-. De hecho, aun hoy en día distamos mucho de comprenderla totalmente y de aprovechar, por lo tanto, todas sus posibilidades. A saber quienes fueron los que la crearon, aquí hay hipótesis para todos los gustos pero carecemos de pruebas que sirvan para confirmar alguna de ellas.

-Curioso... y sorprendente -el neófito ya se había rendido por completo a la evidencia, por muy asombrosa que pudiera resultar ésta-. En cualquier caso, he de reconocer que la oportunidad de colaborar con ustedes me resulta excitante... sobre todo teniendo en cuenta que soy muy aficionado a la ciencia ficción -el director, conocedor también de este detalle se sonrió para sí- y, en especial, a los relatos de viajes por el

tiempo, sobre todo aquéllos en los que unos patrulleros espaciales viajan a través de los siglos para evitar que la historia se altere.

-Sí, todo eso es muy bonito y existe realmente -reconoció su anfitrión-, pero he de advertirle que no es lo que hacemos aquí.

Y viendo el gesto de sorpresa del recién reclutado agente, explicó:

-Para empezar carecemos de presupuesto suficiente para ello, por desgracia no nos hemos conseguido librar de las restricciones presupuestarias, y al ser una entidad secreta tampoco tenemos manera de hacer valer nuestros intereses, ya que para los políticos quien no da votos no existe. De hecho, tenemos restricciones hasta para hacer fotocopias. Además, de eso se encargan ya los norteamericanos a través de su Central Time Agency, secreta también como cabía esperar. Se supone que son nuestros aliados -bufó- y que en caso de necesidad podríamos pedirles ayuda, pero lo cierto es que a la hora de la verdad van a lo suyo y ni siquiera hemos conseguido, pese a nuestros reiterados intentos, que accedieran a corregir algunas cosillas de la Guerra de Cuba que chirriaban y han llamado la atención a los historiadores. ¡Anda, que si llegamos a pretender que la perdieran...!

-¿Entonces?

-¡Oh, no se preocupe! En realidad nuestra labor es mucho más prosaica, pero no menos importante pese a su falta de espectacularidad. No, no enviamos a nadie al pasado para asegurarnos de que Cervantes escriba el Quijote o que -hizo un ostensible gesto de desagrado- el canalla de Franco gane la Guerra Civil; ni siquiera podemos, por falta de presupuesto, mandar a historiadores, y le aseguro que los tenemos muy buenos, a investigar ciertos episodios mal conocidos de la historia de España. De hecho, las misiones de campo suelen estar limitadas a la captación de nuevos agentes, tal como hicimos con usted, y aun solemos andar siempre escasos de personal. Bueno, eso sí, de vez en cuando nos damos el capricho de recuperar algún objeto desaparecido tal como el cuadro de Velázquez que tengo tras de mí, al menos nos permitimos el lujo de adornar la sede de la Agencia con obras de arte de excepcional importancia recuperando al menos parte una pequeña parte del patrimonio perdido a lo largo de los siglos.

Hizo una pausa, suspiró -al menos así le pareció a Juan- y continuó:

-A lo que se dedica mayoritariamente la Agencia es a lo que podríamos considerar tareas burocráticas. Como usted sabe, uno de los defectos típicos de los españoles es el de dejar siempre las cosas para el último momento, procastinación según el diccionario, aunque en términos coloquiales lo solemos conocer como vaguería o pereza. Y, claro está, lo normal es que nos acabe cogiendo el toro. Aunque este problema muchas veces no pase de ser trivial o poco importante, como ocurre cuando seguimos sin hacer la

maleta a la hora de iniciar el viaje o, cuando dejamos el estudio de una asignatura hasta la víspera del examen, en otras puede acarrear consecuencias infinitamente más graves, sobre todo cuando afecta a la Administración.

»Supongo que ya sabrá a qué me refiero; un político se compromete a hacer algo en un plazo determinado, se lo encarga a los administrativos y a los técnicos que son los que en realidad les sacan las castañas del fuego y éstos les dicen que es materialmente imposible tenerlo terminado para entonces, pese a lo cual el político de marras sigue en sus trece. Los técnicos hacen lo que pueden pero, tal como habían advertido, no consiguen llegar a tiempo.

-Sé perfectamente de qué me habla -concedió Juan-. Yo soy, o mejor dicho, era funcionario y me tuve que tragar alguno de esos marrones.

-Entonces, no tengo que explicarle más. Le he puesto un ejemplo, pero en realidad hay muchos más -se explayó el director-. Presupuestos que se agotan antes de lo previsto quedándose proyectos sin terminar, o bien justo lo contrario, presupuestos que por desidia no se gastan en el correspondiente ejercicio revirtiendo a las arcas públicas en lugar de ser invertidos en algo necesario. Mal funcionamiento de negociados que quedan atascados, negligencias que causan perjuicios a veces muy graves, incluyendo en ocasiones accidentes mortales... la Administración española es en su conjunto, a pesar de que muchos de sus funcionarios sean buenos trabajadores, una auténtica chapuza, de muy difícil solución además dado que el problema es estructural y se arrastra desde hace siglos, ya el pobre Larra se lamentaba de ello hace casi doscientos años. Y nosotros, como puede imaginarse, somos los bomberos que tenemos que ir de aquí a allá apagando fuegos, poniendo parches y haciendo de todo para intentar que ésta funcione siquiera un poco menos mal, todo ello además a escondidas de esos mismos políticos que han creado, en muchas ocasiones, el problema. No tome como presunción si le digo que, si no existiéramos, posiblemente ésta colapsaría.

-Entiendo... -respondió Juan en tono alicaído-. Pero no acabo de comprender como pueden conseguirlo.

-Es fácil de explicar -suspiró el director-, aunque por desgracia bastante más difícil de hacer. Solemos recurrir a algo parecido a lo que los negociadores llaman *parar los relojes* cuando una reunión llega a su fin sin resultados; nos las apañamos para dar microsaltos temporales logrando que eso que estaba atascado tenga tiempo suficiente para solucionarse, o bien evitando que alguien meta la pata, una de las aficiones favoritas de los políticos. En ocasiones hemos llegado incluso a congelar momentáneamente el tiempo de un ministerio completo, aunque eso requiere mucha habilidad máxime teniendo en cuenta el carácter secreto de nuestras actividades. Pero en general nos las solemos apañar bastante bien, al fin y al cabo contamos ya con bastante más de un siglo de experiencia.

-Bien, si es lo que hay... -musitó el nuevo agente- tendré que aceptarlo.

-Reconozco que no se trata de una tarea apasionante y que en ocasiones puede resultar incluso aburrida, pero en realidad la mayor parte de los trabajos tampoco lo son. Pero como ya le he comentado, también tiene sus ventajas y sus compensaciones. Además aquí somos como una gran familia, nunca se sentirá solo.

Levantándose de su asiento el director tendió la mano a Juan García y le dijo:

-Bienvenido a la Agencia. Estoy seguro de que podremos hacer muchas cosas juntos.

IMPOSIBLE

-¿Qué opinas de los viajes por el tiempo?

La pregunta de mi amigo me pilló desprevenido. Ambos habíamos comido en un restaurante cercano y ahora disfrutábamos de la sobremesa en su casa, tomando un excelente y poco conocido licor mientras escuchábamos relajados las suaves notas de una composición musical que, para mi incomodidad, no lograba identificar.

-Bien -respondí dubitativo tras paladear con deleite un pequeño sorbo-, sin duda es un tema interesante... para la ciencia ficción.

-¿Acaso no crees en la posibilidad de viajar por el tiempo? Posibilidad real, me refiero.

-Evidentemente, no -tras la inicial sorpresa mi respuesta fue tajante-. Ciertamente soy aficionado a la ciencia ficción, pero como también sabes mi formación académica es científica y sé distinguir, creo que perfectamente -recalqué, con una pizca de mordacidad-, entre las hipótesis serias y las tomaduras de pelo, por mucho que estas últimas puedan tener infinidad de seguidores y cuenten hasta con programas de televisión propios.

-Haces mal -suspiró-. La historia de la ciencia demuestra una y otra vez que lo que en un momento determinado pudiera haber parecido una fantasía, con el tiempo ha acabado convirtiéndose en realidad.

-Sí, claro -ironicé-. Por eso disponemos de coches aéreos, robots inteligentes o energía de fusión limpia y barata, y si se nos antoja podemos ir de vacaciones a cualquier sistema solar situado a menos de cincuenta años luz...

-¿Cómo puedes estar tan seguro? -me recriminó pesaroso-. Existen ejemplos sobrados de lo que digo. Y conste que no hablo ya de algo tan antiguo como las condenas y persecuciones que en su día sufrieron quienes osaron defender que la Tierra giraba en torno al Sol y no a la inversa. Por ponerte dos ejemplos relativamente recientes, a raíz de la invención del ferrocarril fueron muchos los sesudos *expertos* que pronosticaron que una velocidad superior a los treinta kilómetros por hora provocaría la muerte por asfixia de sus pasajeros, y tan sólo algunas décadas más tarde uno de los científicos más prestigiosos de su época *pronosticó* -enfatizó el verbo- que los aviones jamás podrían volar, puesto que lo prohibían las matemáticas... apenas unos años antes de que unos modestos artesanos sin la menor formación académica lograran hacerlo con su tosco artilugio casero. El resto es historia -concluyó desafiante.

-Tienes razón -concedí-, pero todo tiene un límite. No podemos imaginar como posible cualquier disparate que se nos ponga por delante.

-¿Y por qué no? -me retó-. ¿Quién eres tú, quién es nadie, para fijar ese límite allá donde se te antoje? ¿Acaso hubiéramos sido capaces de imaginar, no hace tantos años, realidades tan tangibles como los ordenadores conectados a una red mundial? ¿O los teléfonos móviles? ¿O los avances en la medicina y la cirugía? Algo que, dicho sea de paso -añadió con malicia-, no llegó a ser ni tan siquiera imaginado por tus admirados escritores de ciencia ficción.

-Eso no es del todo cierto -protesté-, ya que al menos en algunos casos... - me interrumpí, puesto que el debate sobre la capacidad predictiva de la ciencia ficción nos hubiera desviado demasiado, llevándonos además a un callejón sin salida-. Está bien, te doy la razón... -concedí- en condicional, por supuesto. Porque los viajes por el tiempo, aun admitiendo que pudieran ser técnicamente viables, tropezarían con una serie de imposibilidades físicas que en la práctica los convertirían en inviables.

-¿A qué te refieres?

-Por ejemplo, a las paradojas temporales. Por definición, por pura metafísica si me apuras, tales paradojas jamás podrían ocurrir puesto que en sí mismas no tienen sentido, conducen a resultados absurdos. Y sin ellas no se podría viajar por el tiempo, al menos tal como pensamos habitualmente. Imagina que alguien fuera al pasado y consiguiera alterarlo... en consecuencia esto ya habría sucedido antes incluso de que a él se le ocurriera, por lo cual en pura lógica el futuro no debería cambiar respecto a una hipotética realidad anterior puesto que ya lo habría hecho. Así pues, si lo aceptas como posible te estás cargando nada menos que el principio de causalidad al anteponer a la causa el efecto.

Hice una pausa que aproveché para apurar la copa y añadí:

-Si lo analizamos con un mínimo de rigor, veremos que todas estas truculentas historias de alguien que va al pasado y mata por accidente a un antepasado suyo, o bien provoca de forma inadvertida una alteración del continuo del espacio tiempo que trae como consecuencia un cambio drástico del presente, no tienen la menor consistencia lógica. Ciertamente quedan muy bien en un relato fantástico, a mí personalmente me encantan, pero nada tienen que ver con la prosaica realidad. Al fin y al cabo los viajes por el tiempo, en caso de existir, tendrían que estar obligados a respetar las leyes fundamentales de la física y de la lógica, con independencia de que todavía pudiéramos desconocer aquéllas concretas que las regularan. Por cierto, ¿te importaría echarme otra copa? Este licor está realmente bueno.

Mi amigo sonrió, escanció dos generosas raciones, y, tras tomar un pequeño sorbo, me rebatió:

-Me temo que no es tan sencillo como lo estás planteando. Para empezar, un viajero podría ir al pasado en calidad de, digamos, espectador, sin la menor posibilidad de alterar el devenir del tiempo e incluso ni tan siquiera interaccionar con él, no porque no quisiera, sino porque se vería constreñido por las leyes físicas que acabas de invocar... lo cual, pese a sus limitaciones, resultaría positivo puesto que nos permitiría conocer la historia de primera mano.

-Eso no sería viajar realmente por el tiempo -puntualicé con desgana-, sino espiarlo. Estoy de acuerdo contigo en que sin duda constituiría una herramienta de investigación histórica muy valiosa, pero no me sirve ya que de lo que estamos hablando es de viajar físicamente al pasado, no de contemplarlo como si fuéramos los espectadores de una película.

-Está bien -concedió-. Aceptemos como hipótesis de partida que es posible viajar físicamente al pasado y que, por la razón que sea, existen unas leyes físicas que prohíben cualquier tipo de posibles paradojas, lo que en la práctica se traduciría en la imposibilidad de alterar el discurrir del tiempo... de paso -especuló-, esto podría servir también para evitarnos la tentación, e incluso la responsabilidad, de quitar de en medio a algún que otro personaje histórico especialmente odioso. Dadas estas condiciones, y suponiendo que contáramos con la tecnología adecuada, ¿qué impedimento existiría?

Sonreí, convencido de que ya tenía la partida ganada.

-Esto que propones serviría tan sólo para estrellarnos contra otras paradojas distintas que nos devolverían a la casilla de salida. Te lo explicaré siguiendo el razonamiento inverso, para llegar a una reducción al absurdo que lo demuestre.

Hice una pausa teatral y continué:

-Imaginemos que *sí* -enfaticé- se puede viajar físicamente al pasado, e imaginemos también que es posible interactuar con él provocando algún tipo de cambio en la historia. Esto se traduciría en una alteración de la línea temporal, con consecuencias imprevisibles de cualquier tipo... ¿estás de acuerdo?

»Pongamos un ejemplo sencillo que ni siquiera es original, porque recuerdo haberlo visto en alguna película. Yo viajo al pasado y, no me voy a poner dramático matando a nadie, impido de alguna manera que tus padres lleguen a conocerse, con lo cual tú y tus hermanos dejaríais automáticamente de existir... de hecho, en la nueva realidad ni siquiera habríais existido. Y como una vez ocurrido esto nada impediría que tanto tu padre como tu madre pudieran conocer a otras personas distintas y casarse con ellas, de rebote habrían surgido de la nada varios hermanastros tuyos que, de no haber tenido

lugar mi intromisión, jamás hubieran llegado a nacer... situación que se agravaría todavía más si, en vez de la boda de tus padres, hubiera frustrado la de tus abuelos o la de tus tatarabuelos, puesto que la perturbación se propagaría a través de las sucesivas generaciones siguiendo una progresión geométrica. Esto sin contar, claro está, con que todos aquéllos que os hubieran conocido en algún momento de vuestras vidas, que supieran que tu padre y tu madre se habían casado y habían tenido hijos, se encontrarían de pronto frente a una situación diametralmente distinta. ¿No se trata de una paradoja?

Mi amigo me miró en silencio, fijando a continuación la vista en la copa que sostenía entre sus manos. Consciente de la superioridad táctica que me proporcionaba haber leído muchos relatos de ciencia ficción que abordaban el tema de los viajes por el tiempo, me envalentoné:

-Además, ¿qué ocurriría con todas estas no-personas, tanto las que dejaron de ser como las que hasta ese momento no habían llegado a serlo? ¿Tendríamos que recurrir para explicarlo a algún tipo de limbo en el que todas ellas pudieran permanecer en reserva hasta que les llegara el momento, si les llegaba, de tener una existencia real? Sinceramente, me parece absurdo tanto desde un punto de vista científico como filosófico.

Intentó abrir la boca, pero le interrumpí empeñado en dejarle sin argumentos.

-Eso sí, reconozco que existe otra posibilidad que nos permitiría evitar tener que meternos en camisas de once varas metafísicas. Podríamos imaginar que, al desvanecerse la primitiva realidad y ser sustituida por otra nueva, todo se readaptaría automáticamente para corregir posibles incongruencias: a quienes no se vieran afectados directamente por el cambio se les borrarían de la memoria todos los recuerdos relativos a los desaparecidos, sustituidos por otros nuevos surgidos de la nada; aunque también se tendrían que reescribir automáticamente todos los libros de historia, borrarse y volverse a crear fotografías y vídeos... eso sí, al menos quedaría a salvo la congruencia ya que nadie sería consciente de que la realidad había sido alterada, pero el lío sería tan monumental que, sinceramente, no me lo planteo como opción válida.

Pero todavía me quedaba más munición.

-Y no hemos acabado con todas las posibles paradojas -remaché-. Si en nuestro siglo, pongamos por caso, se inventara el modo de viajar por el tiempo, cabe suponer que en nuestro futuro, todavía con mayor razón, también pudieran ser capaces de hacerlo. Así pues, ¿por qué razón no hemos tenido nunca visitantes procedentes de allí?

-Puede que intentaran pasar desapercibidos -objetó sin demasiado convencimiento-. O que a causa de esas leyes físicas que tanto te gustan tan sólo pudieran observarnos sin

interaccionar, con lo cual quedaría automáticamente descartado que nos fuera posible verlos.

-Aun aceptándolo -repliqué a mi vez-, todavía nos queda algo importante por dilucidar. Esa máquina del tiempo ¿sería capaz de viajar también al futuro? ¿O sólo podría desplazarse al pasado?

-¿Por qué preguntas eso? -se extrañó-. No creo que fuera demasiado diferente ir en un sentido o en el otro.

-Pues me temo que sí lo es -continué acorralándole- ya que, asumiendo el marco físico que más o menos hemos consensuado, si bien viajar al pasado, aunque fuera como un simple espectador, no debería alterar en teoría la trama del espacio tiempo puesto que conoceríamos algo que ya sucedió no ocurre lo mismo con el futuro debido a que en este caso tan sólo cabrían dos opciones: o bien resultaría imposible visitar algo que todavía no ha ocurrido o bien, en caso de poder hacerlo, seríamos capaces de conocer las consecuencias de nuestros actos antes de realizar éstos, con lo cual estaríamos violando de nuevo el principio de causalidad.

-Quizá la correcta sea la primera de las dos opciones... -se replegó todavía más-. Es decir, que sólo se pueda viajar al pasado porque ya fue, pero no al futuro porque todavía no es.

-Entonces -rematé triunfante-, ¿cómo se explica que nosotros no pudiéramos viajar a, pongamos, dentro de un siglo, pero que sí pudiera hacerlo alguien procedente de una época posterior para quien nuestro futuro fuera ya su pasado? En mi opinión, esta asimetría temporal, llamémosla así, es en sí misma otra paradoja.

Para celebrar la victoria decidí premiarme con un generoso trago. Pero estaba equivocado ya que, pese al varapalo sufrido, mi contrincante dialéctico seguía sin darse por vencido.

-Es que ya ha habido al menos un viaje por el tiempo... -objetó con un hilo de voz- aunque por desgracia tan sólo fue de ida y el viajero no pudo volver al presente, sufriendo el destino de tantos y tantos pioneros -concluyó sombrío.

Con toda seguridad se trató de una mera casualidad, pero que coincidiendo con su afirmación estallara una retumbante fanfarria en la hasta entonces plácida música, no tuvo por menos que sobresaltarme... e inquietarme.

-¿Cómo dices? -le pregunté luchando por no atragantarme.

-Que ya se ha viajado en el tiempo -repitió.

-¡Eso es imposible! -aunque teníamos la suficiente confianza para no tomar en serio nuestras discusiones, en ese momento comencé a sentirme irritado por lo que me parecía una intolerable falta de consideración; una cosa era especular sobre los temas más peregrinos como divertimento intelectual, y otra muy diferente intentar hacerme tragar ruedas de molino. Al fin y al cabo el científico -dentro de lo que cabía- era yo, puesto que su formación académica era lo que comúnmente se había venido denominando *de letras* antes de que una absurda y reciente moda se hubiera empeñado en rebautizar a todas las disciplinas humanísticas como todo tipo de nuevas *ciencias*.

-Te aseguro que estoy hablando completamente en serio -insistió en tono grave.

Dejé la copa sobre la mesa -en realidad estuve a punto de romperla-, me levanté y comencé a dar paseos nerviosos por el salón. Por fortuna la música volvía a ser suave, lo que me ayudó a tranquilizarme.

-Creo en tu sinceridad -concedí-, pero me niego a aceptar que esa patraña pueda ser cierta. Con independencia de su hipotética imposibilidad científica, de la que estoy completamente convencido, dudo mucho que algo tan trascendental hubiera podido pasar desapercibido. ¿Dónde lo has leído? No creo que haya sido en una revista especializada, y dado que los periodistas, por lo general, suelen ser bastante aficionados al sensacionalismo, no deja de ser un hecho cierto que los medios de comunicación suelen estar repletos de todo tipo de tonterías.

-Olvidas una cosa ¡y siéntate, que me estás poniendo nervioso! -casi me gritó, ignorando mi pulla-. Tal como has reaccionado, comprenderás que el escepticismo con el que habría sido acogida la noticia hubiera sido general. Por esta razón su inventor, del que no estoy autorizado a decir su nombre aunque sí te puedo asegurar que le conocía personalmente, se vio obligado a mantenerlo en secreto.

-Ya, y de paso se llevaría el secreto a su tumba... -rezongué mientras le obedecía-. Lamento decírtelo, pero mucho me temo que la historia del inventor genial incomprendido e incluso perseguido, es más antigua que las pirámides de Egipto. Si a ello le sumamos una dosis conveniente de conspiranoia, tenemos el cóctel listo. No, no te estoy acusando de nada -condescendí con diplomacia viendo que fruncía el ceño- ni mucho menos pretendo tomarte por un ingenuo; pero estarás de acuerdo conmigo en que, aunque eres muy bueno como abogado, tus conocimientos científicos son menores que los míos, quizá insuficientes para poder dilucidar si en casos como éste no te estarán dando gato por liebre. A mí me pasaría exactamente lo mismo con un asunto de leyes...

No puedo afirmar que mi parrafada sirviera para apaciguarle, pero lo cierto fue que, en contra de lo que esperaba, se derrumbó.

-No es eso -musitó con aire quedo-. Yo le conocía lo suficiente para estar seguro de que no era ningún farsante.

-No he pretendido afirmar que lo fuera -contemporicé-; pero son muchas las personas sinceras y honradas que se pueden equivocar de buena fe.

-Pa... -se interrumpió al darse cuenta de que iba a pronunciar el nombre del presunto cronoviajero- mi amigo llevó a cabo sus estudios en el más completo de los secretos por temor al descrédito. Era un excelente ingeniero -suspiró- y, en contra de lo que se pudiera pensar, una vez resuelta la cuestión teórica no le resultó demasiado difícil reunir los materiales que necesitaba para construir su artefacto. Como él decía, la solución a un problema complejo puede ser una realidad muy sencilla.

-Y construyó una máquina del tiempo -decidí llevarle la corriente evitando roces innecesarios.

-No era una máquina del tiempo -me corrigió- sino algo que quizá podríamos llamar un traje del tiempo, ya que toda la maquinaria cabía en una mochila y se podía manejar desde unos controles incrustados en los puños; así de sencillo.

Hizo una pausa que aprovechó para apurar la copa de golpe, y continuó:

-Una vez estuvo terminado el aparato, hará de ello alrededor de un año, invitó a un pequeño grupo de amigos, yo entre ellos, a presenciar su primer ensayo; tenía mucho interés en contar con testigos directos que pudieran avalarle una vez hecho público su descubrimiento, ya que temía por encima de todo que no fuera tomado en serio. Llevaba consigo una cámara digital y, con mucha renuencia, había aceptado una pequeña pistola que alguien le proporcionó; decía que no necesitaba armas puesto que, en caso de peligro, le bastaría con pulsar lo que él llamaba el botón del pánico para desvanecerse, retornando de forma instantánea al presente. A ser posible, pretendía también traer algún objeto que pudiera servirle de prueba irrebatible que le permitiera demostrar la veracidad de su viaje al pasado.

-¿Y qué ocurrió? -pregunté con un interés que me sorprendió a mí mismo; muy a mi pesar comenzaba a sentir curiosidad por la historia, por muy inverosímil que siguiera pareciéndome ésta.

-Desapareció -suspiró abatido-. Según nos dijo, dado que el tiempo fisiológico y el subjetivo no tenían por qué estar sincronizados, tenía previsto volver a aparecer en el lugar de partida, el sótano de su casa que había habilitado como laboratorio, apenas unos segundos después de haberse marchado, con independencia de cuanto pudiera haber permanecido en el pasado. Por lo tanto no tendríamos que esperar para ser testigos de su vuelta... a menos que el experimento fallara.

-Y falló, según me has dicho.

-Así fue. Tras despedirse de todos nosotros pulsó un botón y desapareció de nuestra vista; simplemente, se esfumó. Lamentablemente no volvió a aparecer, por lo que es imposible saber a donde pudo ir a parar y las causas por las que no le fue posible volver.

-¿Eso fue todo? -pregunté, con una pizca de decepción.

-Eso fue todo -corroboró-. Tras cerciorarnos de que no aparecería y convenir que no merecía la pena seguirle esperando, todos nosotros concertamos un acuerdo que nos permitiera dar una excusa verosímil a su desaparición sin correr el riesgo de que nuestras mentiras pudieran llegar a ser descubiertas. Inventamos que, durante un paseo por el campo, él se había caído de forma accidental a un río cercano, que entonces bajaba muy crecido, ahogándose sin que pudiéramos localizar su cadáver. La policía nos creyó, al fin y al cabo éramos un grupo de ciudadanos responsables, y rastreó el río obviamente sin resultado; estas desapariciones ocurren de vez en cuando, por lo cual no les extrañó demasiado que el río que se lo había tragado no devolviera a su presa. Mi infortunado amigo no tenía familiares directos, por lo que fuimos nosotros mismos quienes tramitamos su defunción avisando a unos parientes suyos para que se hicieran cargo de la herencia.

-Luego no existe ninguna prueba que pueda demostrar la existencia de ese viaje -porfié, aunque evitando cualquier posible tono de displicencia.

-Tan sólo dispongo de mi palabra -reconoció-. Bueno, de la mía y de la del resto de los testigos, aunque todos nosotros nos conjuramos para guardar silencio; a nadie le apetecía convertirse en sospechoso de un homicidio con ocultamiento de cadáver o, todavía peor, ser encerrado en un manicomio.

-Entonces, ¿por qué razón me lo has contado a mí? -me extrañé.

-Porque, después del tiempo transcurrido desde entonces, necesitaba desahogarme con alguien que no fuera un psiquiatra... y en ti confío, pese a que temía tu incredulidad.

Vaya, ahora resultaba que me había tomado como sucedáneo de un psicoanalista... pero no se lo podía reprochar. Con independencia de que su historia fuera o no cierta, y yo seguía firmemente asentado en el escepticismo, era evidente que mi amigo había sufrido un importante trauma y que me había elegido como confidente. No me importaba que su inverosímil historia fuera un cuento chino y que me ocultara la verdadera naturaleza del problema, ni me importaba tampoco que hubiera sido realmente testigo de una muerte en unas circunstancias que recomendaban guardar silencio; fuera lo que fuese me había pedido ayuda, y yo no podía defraudarle.

-Bien -respondí al fin, buscando un difícil equilibrio entre mi empatía y mis escrúpulos científicos-, al parecer tampoco existe nada que demuestre lo contrario.

Vi que respiraba aliviado pese a lo farisaico de mi conclusión. Lo tomé como mi buena obra del día...

-¿Conoces a qué época viajó? -añadí, más en un intento de desviar su atención de mi irreductible escepticismo, que por verdadero interés.

-Sí, por supuesto, él nos lo dijo -respondió ya más tranquilo-. Era un apasionado de la historia antigua, sobre todo de la época de las Guerras Púnicas; admiraba especialmente a Aníbal, al que consideraba el mayor general de todos los tiempos, y su intención era fotografiarle durante alguna de sus campañas contra los romanos.

-Pues con su atavío, tal como me contaste, le habría resultado difícil pasar desapercibido.

-No pretendía acercarse a nadie, ya que esto hubiera resultado muy peligroso. La cámara tenía un potente teleobjetivo y planeaba situarse a una prudencial distancia, preferiblemente en alguna altura cercana, desde donde poder fotografiar en pleno combate a él y a sus soldados sin correr riesgos innecesarios. Por esta razón había elegido una de las batallas de la Segunda Guerra Púnica, no recuerdo cual, ya que suponía que en el fragor de la lucha nadie le prestaría atención. Además se trataba tan sólo de un primer ensayo, no pensaba permanecer allí más de unos minutos; ya tendría ocasión de completar su investigación en viajes posteriores.

Desde luego no le faltaba inventiva, por lo que decidí continuar siguiéndole la corriente.

-Por supuesto, no tuvisteis manera de saber si llegó sano y salvo a su destino... -y, viendo peligrar mi recién conquistada confianza, añadí conciliador-. Pudiera haberle fallado el equipo por el camino, o como quiera que se pueda llamar el trayecto a través del tiempo.

-Pudiera -concedió aliviado-. Pero para el caso es lo mismo, nunca volvió.

Dicho lo cual, se sirvió otra copa de licor encerrándose en un sombrío silencio.

Yo, por mi parte, opté por salir a la terraza a tomar un poco el fresco de una agradable tarde primaveral, ya que la conversación me había calentado la cabeza más de lo que yo hubiera deseado. La vivienda de mi amigo estaba situada en un lugar privilegiado al borde mismo de la bahía, por lo que las vistas que se contemplaban desde ella eran espectaculares y, lo reconozco, me provocaban una irresistible sensación de envidia.

Acodado en la barandilla y viendo mecerse suavemente las embarcaciones del cercano puerto comencé a darle vueltas al tema, por supuesto bajo mi prisma personal. Era evidente que mi amigo había presenciado algo grave que le dejó seriamente traumatizado, pero una vez estuve solo mis razonamientos volvieron a girar en torno al escepticismo científico. ¿Cómo iba a ser posible viajar por el tiempo? Quizá, pensé, la historia de ese visionario viajero temporal fuera parcialmente cierta a excepción, claro está, del detalle de su inverosímil desaparición; quizá pudiera haber muerto víctima de su invento, electrocutado o algo así, tras lo cual sus invitados habrían optado por hacer desaparecer discretamente el cadáver; rocambolesco, sin duda, pero mejor explicación que con la que me había intentado convencer. En cualquier caso, fuera de la salud mental de mi amigo nada más me interesaba de tan inverosímil historia.

Volví a fijar mi vista en la bahía mientras a mis espaldas comenzaban a encenderse las luces de Cartadast. Tras los montes que la abrazaban por ambos lados se abría el Mar Púnico, en cuya otra orilla se alzaba nuestra capital, Cartago. No me extrañaba que el viajero, fuera éste real o imaginario, hubiera elegido como objeto de su admiración al gran Aníbal, nuestro héroe nacional, ya que gracias a él nuestra patria había logrado aplastar en Zama a los odiados romanos conjurando de esta manera el peligro que se cernía sobre la orgullosa Cartago.

El resto de la historia es sobradamente conocido para cualquier escolar, puesto que constituye uno de los mayores momentos de gloria de la bimilenaria civilización púnica. Tras la muerte en combate de Escipión y la aniquilación de su ejército, y conjuradas las rivalidades que habían desgarrado a su propio pueblo, Aníbal aprestó en un tiempo récord una fuerza expedicionaria con la que invadió por segunda vez la península itálica, en esta ocasión por el sur, arrasando todos los vestigios de la derrotada Roma que tuvieron la desgracia de interponerse en su avance triunfal.

De poco les sirvió a los romanos intentar detenerlo. Reforzadas sus tropas con los excelentes soldados iberos no tardó en conquistar su capital, la otrora orgullosa Roma, a la que arrasó hasta los cimientos alzando sobre su solar otra Nueva Cartago, otra Cartadast homónima de la que fundara la familia Barca en la costa ibérica, la misma ciudad en la que ahora me encontraba. Una vez terminada la campaña bélica Roma había dejado de existir y, con ella, la amenaza que habían representado sus ansias de dominar el orbe.

Pese a los más de veintidós siglos transcurridos desde entonces, todavía hoy se celebra el aniversario de su victoria. Cómo no iba a hacerse si, a decir de los historiadores, en Zama se decidió el destino del pueblo púnico ya que, de haber sido derrotado Aníbal en tan trascendental batalla, habría estado en juego la propia supervivencia de Cartago, posiblemente arrasada por los romanos al igual que lo fue la ciudad del Tíber.

Por fortuna no fue así. Aníbal no sólo volvió a derrotar una vez más, sino que también aniquiló al que fuera su más acendrado enemigo. Roma y Cartago no cabían en el Mar Púnico, por lo que una de ellas estaba abocada a desaparecer... y lo fue la primera, gracias a lo cual nuestra civilización no sólo se salvó de la catástrofe sino que además pudo expandirse, tanto por África como por Europa, mucho más allá de nuestras tradicionales posesiones de África y la península ibérica.

En estos dos milenios largos han ocurrido infinidad de avatares históricos, no todos ellos halagüeños. Hubo que conjurar invasiones, tanto de las bárbaras tribus llegadas del brumoso norte como del siempre amenazador Oriente, primero frente a los taimados persas a los que aliados con los pueblos griegos y con nuestros hermanos fenicios logramos contener más allá del Éufrates, y siglos después ante los no menos peligrosos árabes, a los que logramos impedir que impusieran su cultura y su nueva religión en las tierras ribereñas del Mar Púnico. Ciertamente el imperio púnico ha padecido graves reveses que a punto estuvieron de acabar con él, sin olvidarnos de los largos siglos oscuros durante los cuales se encogió sobre sí mismo fragmentándose en numerosos estados continuamente enfrentados entre sí.

Todo ello quedó atrás hace siglos gracias al tesón de nuestros antepasados, que consiguieron superar todas estas duras pruebas haciéndole resurgir renovado y más poderoso que nunca. Hoy nuestra patria se extiende por el norte de África y por buena parte del continente europeo, y al otro lado del océano, en el vasto continente descubierto hace ya medio milenio por nuestros intrépidos navegantes, se asienta la gran nación hermana, extendida de norte a sur por todo el hemisferio, con la que nos unen los estrechos e indestructibles lazos de una cultura común.

Ésta es la realidad, la única realidad posible no sólo para quien posea los suficientes conocimientos históricos, sino también para cualquiera que cuente con un mínimo de sentido común. Por esta razón jamás podré aceptar la extraña historia de mi amigo, aunque seguiré fingiendo lo contrario para evitar que su situación empeore.

PERPETUUM MOBILE

José P. estaba exultante, porque acababa de construir una máquina del tiempo. En sentido estricto no era una máquina del tiempo, ya que no era posible viajar con ella al pasado o al futuro ni, por lo tanto, interaccionar con otra época, sino tan sólo un cronovisor -así la había bautizado- en cuya pantalla se podía visualizar todo lo acontecido en cualquier punto de la escala temporal. Contaba asimismo con la limitación de que también carecía de desplazamiento espacial, por lo que en ella tan sólo se podía ver aquello que hubiera ocurrido, o que fuera a ocurrir, justo en el lugar -el sótano de su casa, que había convertido en laboratorio- en el que lo había instalado; o mejor dicho en cualquier otro edificio, superficie o terreno -el sótano no había existido siempre, ni tampoco sería perenne- que en cualquier época de la historia pudiera existir en esas coordenadas geográficas.

Pese a tales inconvenientes, a José P. no le cabía la menor duda de que había plantado uno de los más importantes hitos de la historia de la ciencia, mérito todavía mayor teniendo en cuenta que lo había hecho en solitario -y por supuesto en secreto- partiendo de unos materiales electrónicos e informáticos que, aunque sofisticados, eran de lo más común.

Alguien más avispado que él habría encontrado rápidamente una utilidad a su invento: Bastaría con que su yo de un futuro inmediato -tan sólo con unos meses, o incluso con unos días de adelanto- le mostrara, por ejemplo, la lista de premios de un sorteo de lotería especialmente lucrativo, o bien que éste hiciera un seguimiento de la bolsa a posteriori para invertir en los valores adecuados... pero él despreciaba estas flaquezas humanas, ya que vivía sólo para la ciencia y con su nivel de ingresos y sus moderados gastos tenía más que suficiente para subsistir.

Alguien con mayor curiosidad histórica que él habría aprovechado para hacer prospecciones del pasado intentando llenar las grandes lagunas de la historia, aunque, bien pensado, la imposibilidad de mover su artilugio enfriaba bastante su interés; bien podría haberse desarrollado una batalla decisiva apenas a unos kilómetros de su emplazamiento sin que él hubiera tenido la menor posibilidad de estudiarla.

Alguien con mayor osadía que él habría intentado saber qué deparaba el futuro; pero además de la aludida dificultad de desplazamiento, José P. sentía una indiferencia absoluta hacia el porvenir de una humanidad a la que en el fondo despreciaba profundamente.

Así pues, lo único que se le ocurrió para comprobar el buen funcionamiento de su invención fue conectarse a un punto temporal lo suficientemente inmediato como para

estar seguro de que no tropezaría con ninguna perturbación. De las dos opciones posibles, ir al pasado o al futuro, descartó la primera dada la evidente imposibilidad de establecer contacto con su yo del pasado, al no disponer éste de ningún medio de comunicación con él por no estar construido todavía el cronovisor. Y como además no tenía constancia de que esa visita se hubiera realizado, dedujo con toda lógica que o bien ésta no había tenido lugar o, si se había producido, no había redundado en el deseado contacto.

Una vez elegida la opción de visitar el futuro, estableció el intervalo temporal en un mes, un plazo de tiempo que estimó prudencial para poder intentar intercambiar información con su yo de entonces sin que fueran previsibles posibles alteraciones tales como, por ejemplo, un inoportuno cambio de domicilio.

Quedaba, por último, la cuestión de como establecer el contacto. El cronovisor carecía también de la posibilidad de transmitir sonido, pero siempre podrían dialogar mediante textos escritos en la pantalla. Puesto que su yo de dentro de un mes estaría sobre aviso, tenía la seguridad de que, salvo en caso de un imprevisto, éste le estaría aguardando en el momento elegido para conectarse justo a la inversa, un mes hacia el pasado, de modo que la comunicación pudiera tener lugar en ambos sentidos.

Además, y ésta era una gran ventaja para él, no sería necesario esperar a que su yo del futuro estuviera listo, ya que éste habría dispuesto de tiempo de sobra para prepararse. Dicho con otras palabras podía hacerlo en ese mismo momento, ya que tan sólo necesitaba saber el momento exacto en que sintonizaba su máquina. Tras echar un vistazo al reloj calendario inscrito en un ángulo de la pantalla del monitor y memorizar el día y la hora, pulsó con decisión el botón de encendido.

La pantalla parpadeó durante unos segundos a imitación de sus desaparecidas predecesoras de rayos catódicos y, tras explotar en una sinfonía de colores, reprodujo una nítida visión del sótano. Aunque evidentemente no existía el equivalente a una cámara, José P. había ajustado el ángulo de visión a un punto situado tras él, a una altura tal que permitiera contemplar cómodamente un primer plano de la pantalla del cronovisor. De esta manera pensaba que resultaría más fácil el diálogo que tendría lugar a través de la pantalla, abriendo en ésta una ventana de texto.

Por supuesto esperaba encontrarse con un mensaje de bienvenida y también, puesto que así lo había previsto, con un saludo sonriente de su yo del futuro. Pero para su sorpresa, lo que vio fue la pantalla de dentro de un mes con la fecha correcta, pero sin ventana de texto y con su otro yo de espaldas absorto al parecer en su contemplación sin mostrar por él el menor interés.

Fastidiado, miró a su vez lo que reflejaba la pantalla de su alter ego, descubriendo que era una vista de otra pantalla con la fecha fijada en otro mes adelantado en el futuro

-es decir, dos en relación con la fecha en la que se encontraba José P.- y la espalda de un tercer José P. observando otra pantalla adelantada asimismo en un mes con otro José P. mirándola con atención... y así hasta que la resolución del monitor impedía poder seguir vislumbrando la monótona serie.

Perplejo, y a la vez irritado, José P. -el del presente, se entiende- apagó de un manotazo el cronovisor al tiempo que reflexionaba sobre lo que había podido ocurrir. Al parecer su yo de un mes en el futuro, en vez de conectarse hacia el pasado tal como él había previsto, lo había hecho hacia el futuro, posiblemente porque pensaba que resultaría más interesante contemplar lo que le deparaba el porvenir que volver a vislumbrar lo que ya sabía; sin contar con que el José P. de dos meses en el futuro había pensado exactamente lo mismo; y el tercero, y el cuarto, y el quinto... lo cual le demostraba bien a las claras que no podía confiar ni tan siquiera en sí mismo.

Así pues, si bien había comprobado que su invento funcionaba, había llegado a la conclusión de que su utilidad práctica, al menos para él, era totalmente nula.

Al día siguiente desmanteló el cronovisor y destruyó los planos. Al menos, se dijo con satisfacción, así fastidiaría a todos sus odiosos yos del futuro.

EL HUEVO Y LA GALLINA

En contra de lo que pudiera pensarse, e incluso de lo que esperábamos nosotros, ingenuos novatos, cuando ingresamos en la Academia Temporal, en la práctica la figura de los agentes temporales tiene bien poco de aventurero o heroico, y sí mucho de rutinario y aburrido al igual que ocurre con la inmensa mayoría de los trabajos.

Esto se debe al hecho de que el flujo temporal posee una extraordinaria inercia que hace muy difícil, por no decir imposible, cualquier intento deliberado de desviarlo, e incluso si tal desvío llega a producirse tras provocar, pongo por caso, la muerte de un personaje teóricamente crucial en la historia, surge inmediatamente una respuesta automática que corrige la desviación antes de que ésta pueda tener opción a propagarse. Uno de los ejemplos teóricos que ponen los profesores en la Academia -nadie hasta ahora ha intentado comprobarlo- es el típico de asesinar a Hitler antes de su afiliación al nazismo; aunque las cosas hubieran sido bastante distintas en un principio, con toda seguridad su puesto acabaría siendo ocupado por otro jerarca nazi, de modo que la evolución histórica alemana y europea en los años treinta habría acabado siendo bastante similar, no para muchas personas en concreto pero sí a nivel colectivo, que es lo que se puede evaluar mediante las ecuaciones de dinámica cronológica. En cualquier caso, teniendo en cuenta los órdenes de magnitud en los que se mueve la historia, una alteración temporal de varias décadas, e incluso de un siglo, a la larga acabaría resultando irrelevante.

Por este motivo nuestra labor, antes que a la de desfacedores de entuertos, casi siempre solía parecerse bastante más a la de un jardinero meticuloso recortando pulcramente un seto o retirando las hojas secas, que a la de un ingeniero agrónomo repoblando un monte.

Casi siempre.

Porque, aunque pocas, había excepciones. Éstas eran lo que en nuestra jerga llamamos vórtices de turbulencia, o vórtices a secas, puntos concretos de la historia en los que sí es posible que una pequeña alteración, irrelevante en cualquier otro lugar o momento, puede causar un cambio radical e irreversible de ésta. Su prevención siempre ha sido, claro está, una de las principales prioridades de la Agencia del Tiempo, aunque no se trata de algo fácil dado que, al igual que ocurre con los terremotos, no resulta nada sencillo identificarlos a priori.

Sí, existe una teoría matemática derivada del estudio de los sistemas caóticos con la que se intenta predecir los vórtices para poder evitar su aparición, pero en la práctica resulta extremadamente complicado pasar de la teoría a la práctica. Por fortuna la

probabilidad de aparición de un vórtice descontrolado suele ser baja, pero las pocas ocasiones en las que éstos han aparecido fue necesario actuar a posteriori intentando contrarrestar o, cuanto menos, minimizar sus consecuencias. Y aunque hasta ahora siempre se ha conseguido, merced a grandes esfuerzos, que las aguas volvieran a su cauce, los responsables de la Agencia tiemblan ante la posibilidad de tener que afrontar una nueva crisis.

Los responsables y, claro está, los agentes a los que les endosa el marrón, como ocurrió cuando me llamaron para encargarme del asunto Escipión, un vórtice de manual. Y, puesto que estamos hablando de algo ocurrido hace más de dos mil años, creo que resultará conveniente explicarles brevemente en qué consistió la alteración y cuales fueron sus indeseables consecuencias.

Comencemos por la historia original anterior a la aparición del vórtice. Corrían los últimos años del siglo III antes de Cristo, y la segunda Guerra Púnica estaba en su apogeo. Aníbal había cruzado los Alpes en el 218 y, sorprendiendo a los romanos por la retaguardia, les había infligido graves derrotas en las batallas de Tesino, Trebia, Trasimeno y Cannas, a las cuales sucedió una guerra de desgaste en la que el general cartaginés, carente de suficientes tropas para intentar el asalto a Roma, intentó privarle de su retaguardia aliándose con varios pueblos del sur de la península itálica y de las islas de Cerdeña y Sicilia, entonces sometidos al yugo romano, atrincherándose en la ciudad de Capua, cercana a Nápoles.

No obstante para continuar con la guerra Aníbal dependía de sus bases estratégicas del litoral mediterráneo de la que siglos después sería España, las cuales estaban al cargo de sus hermanos Asdrúbal y Magón. Fue entonces cuando surgió uno de los grandes genios militares romanos, Publio Cornelio Escipión, quien fue enviado a Hispania con objeto de privar a Aníbal de su retaguardia y, con ello, de la posibilidad de recibir nuevos refuerzos. Escipión conquistó Cartago Nova en el 209 derrotando un año más tarde a Asdrúbal en la batalla de Baecula, en las cercanías de la sierra de Cazorla, quebrando el dominio cartaginés en la península. Pese a ello Asdrúbal intentó reunirse con su hermano llevando consigo los restos de su ejército, pero fue derrotado en 207 en la batalla de Metauro, al norte de la península itálica.

A partir de entonces los romanos fueron encadenando victoria tras victoria, expulsando a los cartagineses de la península ibérica y de las islas Baleares y derrotando al otro hermano de Aníbal, Magón, tras su frustrado desembarco en Italia en el año 205. Escipión llevó entonces la guerra al norte de África, obligando a Aníbal a volver a Cartago y derrotándolo de forma aplastante en la batalla de Zama. Corría el año 202 y concluía la segunda guerra púnica, con la victoria final de Roma.

Aunque a partir de entonces Cartago dejó de ser una amenaza para los romanos y Aníbal acabó viéndose forzado a marchar al exilio, medio siglo más tarde estallaría una

tercera Guerra Púnica en la que otro Escipión, nieto adoptivo del vencedor de Aníbal, conquistó la ciudad arrasándola por completo. Corría el año 149 antes de Cristo, y los cimientos del futuro imperio romano quedaron fundados mientras la civilización púnica era borrada del mapa y de la historia.

Mejor dicho, de la historia que yo había estudiado. Porque cuando fui llamado urgentemente por el propio director y no, como era habitual, por mi coordinador de sección, éste me comunicó que había estallado uno de los peores vórtices de la historia de la Agencia y que yo había sido elegido, dada mi gran experiencia y bla, bla, bla, para intentar solucionar la grave crisis que había provocado una drástica alteración de la historia desde el siglo III antes de Cristo hasta el presente.

Si se me permite un inciso, he de aclarar una cuestión importante. Como cabe suponer, en caso de surgir una perturbación temporal capaz de cambiar la historia ésta no sería percibida por las personas que vieran modificados tanto su pasado como su presente, puesto que los cambios afectarían también a sus recuerdos, a los registros históricos e incluso a sus propias vidas, trocadas por otras que para ellos serían las normales sin la menor consciencia de haberlas visto alteradas. Incluso habría quienes desaparecerían al no existir en la nueva realidad y, al contrario, quienes aparecerían materializados de la nada.

Este argumento es válido en todos los casos con una única excepción: quienes nos encontramos en la base de la Agencia del Tiempo. Ello se debe a que la base se encuentra situada fuera del tiempo protegida por un campo de éxtasis temporal, lo que la mantiene inmune a los posibles cambios cronológicos. Por fuerza tiene que ser así, si se quiere que nuestras intervenciones sean efectivas. Así pues, aunque nadie en la Tierra recordara la antigua historia en un caso de cambio, nosotros sí seríamos conscientes de ello y tendríamos la obligación de intentar corregirlo.

Volvamos a nuestra historia. Según me explicó el director, el vórtice había surgido, a principios del año 208 antes de Cristo, en vísperas de la batalla de Baecula en la que Escipión había derrotado al hermano de Aníbal, lo que supuso la primera piedra de lo que acabaría siendo la victoria final de los ejércitos romanos sobre los cartagineses.

Así había ocurrido, tal como he explicado, en la historia oficial, pero ahora el devenir histórico había derivado por cauces muy diferentes. Alguien -no se sabía quien-, burlando a los centinelas, había logrado introducirse en el campamento romano y, tras colarse en la tienda en la que dormía Escipión, le había asesinado. La pérdida de su carismático general en vísperas de la batalla desmoralizó a sus tropas hasta tal punto que, sin que a ninguno de sus lugartenientes le diera tiempo a reaccionar, fueron derrotadas de forma aplastante por Asdrúbal. Acto seguido, y con su ejército prácticamente intacto -no había sido así en la historia que yo recordaba-, el hermano de Aníbal había marchado sobre Italia y, tras una nueva victoria frente a los romanos en

Metauro, se reunió con su hermano en el sur de Italia. Una vez reforzado el ejército cartaginés Aníbal marchó contra Roma, a la que conquistó finalmente tras una sangrienta batalla en la que, a decir de los cronistas, las aguas del Tiber se tiñeron de sangre.

Muertos o esclavizados sus habitantes, y con la orgullosa ciudad arrasada hasta los cimientos, la batalla de Roma del 19 de octubre de 202 marcó el final de sus ambiciones imperialistas. Por contra los bárcidas, aureolados por el inmenso prestigio ganado tras el aniquilamiento de su mortal enemigo, entraron triunfantes en Cartago, ciudad que pronto dominaron tras desembarazarse de los principales cabecillas del partido rival que varias décadas atrás obligaran a su padre a abandonar Cartago fundando las bases de un nuevo imperio en las costas mediterráneas españolas.

A partir de ese momento la historia derivaba ahora por derroteros completamente distintos. El nonato imperio romano fue reemplazado por un imperio púnico que, si bien experimentó una expansión territorial bastante similar a la de éste, lo hizo partiendo de unas bases completamente distintas. También fue muy diferente la evolución europea, en particular, y la mundial en general a través de los siglos, llegándose a un momento actual en el que a cualquiera que hubiera nacido y vivido en el mundo anterior al cambio le habría resultado extremadamente difícil identificar al actual.

Así pues, había que intentar enmendar el cambio sin pararse a pensar si la nueva realidad podía ser mejor, igual o peor que la antigua; eso no importaba, dado que la misión de la Agencia del Tiempo consistía en evitar cualquier tipo posible de alteración histórica con independencia de su valoración. Y aunque el devenir de la humanidad hubiera sido probablemente mejor tras la supresión quirúrgica de varios de los personajes históricos más nefastos que jalonaban la historia, ninguno de nosotros estaba dispuesto a correr el riesgo de intentarlo ante la posible aparición de efectos colaterales imprevistos e indeseables. La historia, mejor o peor, era como había sido, y así debería seguir siéndolo.

Pero yo, como agente ejecutor, no tenía que preocuparme por ello. Ésta era la labor de los cronohistoriadores, encargados de registrar toda esta nueva historia paralela antes de que se desvaneciera, mientras mi misión consistiría en evitar que Escipión fuera asesinado. Para ello me preparé minuciosamente, apoyándome no sólo en las antiguas crónicas romanas anteriores al cambio sino también, dado que éstas no eran lo suficientemente precisas, en la información recopilada por los prospectores en sus trabajos de campo de los días previos a la muerte de Escipión.

Finalmente, y cuando todo estuvo preparado, me apresté a viajar a ese remoto rincón de la Turdetania prerromana... o prepúnica, según se mirara. A diferencia de otras misiones en las que los ejecutores teníamos que mimetizarnos con la época histórica que visitábamos, en esta ocasión no sería necesario nada de ello; bastaría con

materializarme en el interior de la tienda de Escipión momentos antes de que apareciera su asesino y, una vez que éste estuviera a tiro, descerrajarle un disparo. Nada de complicaciones disfrazándome de romano ni recurriendo a las armas de la época ya que podría llevar todo mi equipo, lo cual me daba bastante tranquilidad, y recurrir a una automática moderna, mucho más efectiva que un dardo o una daga. Por los anacronismos no tendría que preocuparme, ya que yo desaparecería de inmediato y la superstición de los romanos se encargaría del resto atribuyendo a los dioses la inexplicable muerte del sicario.

Así lo hice. El interior de la tienda estaba sumido en la oscuridad, pero gracias a mi visor de infrarrojos podía apreciar todos los detalles. Escipión, entonces un joven de veintisiete años, dormía plácidamente en su litera; aunque estaba solo en la tienda, cabía suponer que el exterior estuviera custodiado por soldados, lo que me planteaba una duda: ¿cómo lograría esquivarlos el asesino? Por si acaso, había activado los sensores de movimiento en previsión de que éste pudiera aparecer a mis espaldas rajando la lona.

Había olvidado comentar que, aunque no teníamos la menor idea de cual pudiera ser la identidad del sicario -las "nuevas" crónicas históricas no lo aclaraban, y los prospectores no se habían arriesgado a apurar tanto sus misiones de exploración-, dábamos por supuesto que se trataría de alguien perteneciente a esa época, quizá un espía cartaginés o un turdetano aliado, quizá incluso un renegado romano al que Asdrúbal hubiera comprado. Alguien que, cabía suponer, se propondría acercarse con sigilo hasta el durmiente para clavarle un puñal en el corazón. Alguien, en definitiva, a quien sería sencillo neutralizar con una tecnología adelantada a la suya en más de dos milenios.

Estábamos equivocados.

El débil zumbido del sensor de movimiento llamó mi atención cuando apenas llevaba unos minutos agazapado. Una figura se acababa de materializar a mi derecha formando ángulo recto conmigo y con la litera de Escipión, y no se trataba en absoluto de un nativo del siglo III antes de Cristo, sino de alguien pertrechado con un sofisticado equipo muy similar al mío. Es decir, un visitante del futuro.

Aunque la sorpresa me hizo perder unos preciosos segundos, a él le debió de ocurrir lo mismo. Ambos nos miramos desafiantes a través de nuestros visores de infrarrojos y, apuntándole con mi arma -él hizo lo propio conmigo-, le pregunté:

-¿Quién eres? ¿Qué pretendes hacer?

He de explicar, una vez más, un par de detalles. Nuestra comunicación se hizo en silencio, al menos desde el punto de vista de Escipión y sus soldados, subvocalizando a través de la microemisora de radio que todos llevamos insertada en la faringe y que nos

sirve para intercambiar mensajes de una manera discreta sin que quienes estén a nuestro alrededor se percaten de nuestra conversación. Sorprendentemente mi rival me respondió por el mismo sistema, una vez que ambos equipos sincronizaron automáticamente sus respectivas frecuencias.

Como cabe suponer él no hablaba español sino, tal como se pudo comprobar más adelante gracias a mis grabaciones, una lengua de naturaleza semítica descendiente del antiguo idioma púnico, o fenicio occidental, apenas conocido por los lingüistas del mundo anterior al trastorno provocado por el vórtice pero cuyas lenguas derivadas estaban ampliamente extendidas por los continentes europeo y americano en la nueva realidad histórica.

Huelga decir que el problema del idioma hacía tiempo que lo habíamos resuelto; ¿cómo, si no, nos hubiera sido posible infiltrarnos en épocas históricas en las que no sólo no se hablaban los idiomas modernos, sino que incluso, en el caso de las muy antiguas, éstas no eran lo suficientemente conocidas como para poder aprenderlas. De hecho, ni siquiera se había sabido como se hablaba el latín clásico hasta que no fue posible visitar esa época. Así pues, todos los que remontábamos el pasado llevábamos implantado un chip en el cerebro que nos permitía entender cualquier idioma, incluso los más desconocidos. Y al igual que ocurriera con la emisora, mi oponente resultó disponer de otro similar.

Y me respondió. En un principio creí que se trataría de un renegado de nuestra Agencia, el único organismo internacional -y secreto- que disponía de la tecnología que hacía posible realizar viajes por el tiempo; aunque nuestros superiores negaban tajantemente que se hubieran producido deserciones, desde siempre habían corrido rumores de que algunos agentes dados por desaparecidos en el transcurso de una misión en realidad no habrían fallecido, sino que desvinculados de la Agencia se habrían quedado anclados voluntariamente en algún período histórico especialmente atractivo para ellos. Aunque no les sería posible viajar por el tiempo al ser necesarios para ello los complejos sistemas instalados en nuestra base, sí habrían podido preservar todo su sofisticado equipo, lo que sin duda les proporcionaría una impagable ventaja en la época pretecnológica que hubieran elegido para residir.

Pero me equivocaba de nuevo. El potencial asesino de Escipión no era un desertor de mi Agencia sino, para sorpresa mía -la segunda en apenas unos instantes-, un agente ejecutor enviado por su Agencia... una Agencia paralela a la nuestra existente en la nueva realidad histórica que yo trataba de borrar y de cuya existencia, huelga decirlo, no habíamos tenido la menor noticia hasta ese momento.

La conversación fue breve y tensa, puesto que ambos contendientes intentábamos sonsacar el máximo de información al contrario ofreciéndole a cambio la mínima

posible sobre nosotros... a la par de que estábamos convencidos de que uno de los dos debería morir para evitar que pudiera frustrar los antagónicos planes del otro.

Según me dijo él, sus cronohistoriadores habían detectado una alteración en el pasado que hacía desaparecer su línea temporal, sustituida por otra espuria en la que la civilización púnica era reemplazada por la romana. Tras descubrir el foco de la perturbación -o vórtice, según nuestra terminología-, sus superiores habían llegado a la conclusión de que la única manera de recuperar el flujo histórico correcto sería matando a Escipión en vísperas de su decisiva batalla frente a Asdrúbal.

Yo le respondí que eso no era cierto, que los fantasmas eran ellos y que era su línea temporal la perturbada, por lo que era a mí a quien correspondía evitar que cambiara la historia.

No hubo respuesta, al menos verbal; pero ambos nos disparamos de forma simultánea y fui yo quien tuvo la suerte de abatirlo. Tras comprobar que el intruso estaba muerto y de que Escipión seguía beatíficamente dormido -tanto nosotros como nuestras respectivas armas éramos totalmente silenciosos-, abandoné el siglo III antes de Cristo retornando a casa con la satisfacción del deber cumplido, no sin antes asegurarme -no era cuestión de dejarse atrás anacronismos incómodos- de la desaparición del cadáver, por ser éste incompatible con la primitiva realidad que acababa de restaurar.

Si he de ser sincero, volví a la base con el convencimiento de que sería recibido triunfalmente tras haber conjurado la grave amenaza creada por el vórtice púnico, tal como había dado en bautizarlo. Pero no fue así. A mi llegada no encontré gente sonriendo de oreja a oreja recibiéndome con los brazos abiertos, sino rostros taciturnos que semejaban estar de vuelta de un funeral, en los cuales se reflejó al verme una fúnebre expresión de sorpresa. Diríase que habían visto un cadáver, y lo cierto es que, desde su punto de vista, era así.

Una vez que estuve frente al director supe la razón, aunque ello tan sólo sirvió para acrecentar mi estupor. Según me explicó yo había fracasado en mi misión, ya que los encargados de sondear el presente y, en consecuencia, la evolución de la historia, tras detectar una fluctuación momentánea habían constatado que volvía a la situación anterior, es decir, la errónea. En consecuencia me habían dado por muerto, puesto que estaba claro que no había opción a sobrevivir tras el fracaso.

Pero yo estaba vivito y coleando, lo cual era una refutación evidente de su derrotismo, y además tenía constancia de que había matado al agente cartaginés, o lo que fuese, y no al contrario tal como al parecer estaban empeñados en defender mis fúnebres compañeros. De hecho, mi equipo había registrado todos los detalles de la operación.

Mientras los técnicos se hacían cargo de las grabaciones fui enviado a descansar... como si esto hubiera sido posible. Horas más tarde fui llamado de nuevo por el director, que en esta ocasión estaba acompañado por los responsables de la sección técnica y de la cronohistórica. La reunión no podía ser a mayor nivel.

Rápidamente me explicaron las conclusiones a las que habían llegado, bastante desalentadoras por cierto. Efectivamente, yo había eliminado al agente enemigo provocando un retorno al equilibrio inicial, pero éste había sido efímero dado que, según todos los indicios, la Agencia rival había enviado a un nuevo agente -o quizá incluso al mismo, dudaban al verme vivo- al escenario del enfrentamiento sólo que algunos segundos antes del momento en el que yo aparecí allí, ventaja que habría aprovechado para matarme apenas asomé en la tienda. Esta acción habría contrarrestado mi intervención anterior ya que, al matarme, yo ya no había podido matar a mi vez al agente púnico, por lo cual la balanza había vuelvo a inclinarse hacia su lado.

Que lo habían logrado era evidente, puesto que la realidad actual era la púnica, no la romana -estos términos se habían extendido rápidamente entre nosotros para diferenciar respectivamente a la historia espuria de la real-, pero había algo que no encajaba en el esquema: yo. Si me había matado mi rival, ¿cómo era que me encontraba de una pieza y gozando de buena salud? Aunque, eso sí, desempeñando un papel de Lázaro que no me satisfacía en absoluto.

En realidad ellos tampoco lo entendían demasiado bien, por lo que no sin reluctancia -no hay nada más desagradable para los miembros de la Agencia que tenerse que enfrentar a las siempre incómodas consecuencias de las paradojas temporales- habían llegado a la conclusión de que me había salvado el hecho de estar en tránsito dentro del continuo espacio-temporal cuando el agente enemigo había disparado -y matado- a mi otro yo de unos minutos atrás... les ruego que me disculpen, pero yo soy un ejecutor, no un teórico, por lo que me resulta difícil entender, y todavía más explicar, las sutilezas del viaje a través del tiempo.

Sí soy consciente, como todos los agentes, de lo inconveniente que puede llegar a resultar una bilocación temporal, es decir, la aparición simultánea de un mismo agente procedente de dos puntos temporales distintos, razón por la que siempre intentamos evitar este problema... que según todos los indicios, era lo que me había librado de una muerte cierta. En realidad yo no había coincidido conmigo mismo en ningún momento, pero durante nuestros desplazamientos por el tiempo sí se producen como algo normal no las temidas bilocaciones temporales, sino las espaciales. Dicho con otras palabras, yo me encontraba en tránsito en el mismo momento en el que el agente púnico me disparaba provocándome la muerte, lo cual fue una suerte puesto que de haber estado todavía allí o, mejor dicho, de no haber estado en tránsito fuera pues de cualquier marco

temporal, la bilocación espacial no se habría producido y, por lo tanto, yo estaría total e irreversiblemente muerto.

Con independencia de las connotaciones teóricas que pudiera tener mi experiencia, lo cierto era que me había salvado la vida... así como las esperanzas de mis superiores, que pronto imaginaron la manera de poder revertir los acontecimientos a nuestro favor. Porque si los púnicos lo habían hecho en una ocasión contrarrestando mi triunfo momentáneo, ¿por qué no darles su propia medicina?

Problemas de tiempo no había ninguno, nunca mejor dicho, puesto que nuestro tiempo subjetivo no coincide con el real -llamémosle así por sencillez- al sernos posible viajar al momento justo que queramos. Así pues, aunque nos permitiéramos el lujo de tomárnoslo con calma, siempre sería posible enviar un agente a unos instantes antes de que el agente enemigo me hubiera matado a mí, antes de que yo hubiera podido matar a su compañero...

He dicho un agente, dado que cualquiera de mis compañeros habría podido hacerlo tan bien como yo... pero no, tuvieron que elegirme de nuevo con el peregrino argumento de que yo era el único que había estado en la escena del crimen -o de los crímenes- y, por lo tanto, el más adecuado para repetir la faena. Aunque no lo reconocieron, estoy convencido de que mis superiores sospechaban que el segundo agente púnico, es decir, el que me había matado, pudiera ser el mismo al que justo antes matara yo, rescatado de las garras de la Parca por la misma paradoja temporal que me había beneficiado a mí. Era lógico pensar esto, como también era lógico suponer que su mayor experiencia le daría ventaja sobre cualquier agente nuestro que no fuera yo... al tiempo que me la daría a mí en caso de enfrentarme con un rival bisoño.

Vamos, que me tocó de nuevo la papeleta sin que ni siquiera me fuera posible alegar cansancio o estrés post traumático, ya que me dejaron descansar todo lo que quise. Así pues, cuando estuve listo me enviaron de nuevo a la dichosa tienda en la que descansaba Escipión, justo unos segundos antes del momento en que habían calculado que aparecería por segunda vez mi enemigo, procurando evitar una posible bilocación temporal mía dado que suponían -no hacía falta ser un genio para llegar a esa conclusión- que me podría traumatizar bastante ver como me mataba ese hijo de mala madre.

Y atinaron, puesto que cuando emergí en la tienda en ésta sólo estaba yo -mi yo actual, se entiende- a excepción claro está del dichoso Escipión, que roncaba como un bendito, sin rastro alguno ni de mi enemigo ni de mi otro yo, anterior a mí según mi propia cronología interna, pero posterior según la del campamento romano... un lío, lo reconozco, y ahora comprenderán por qué razón los agentes del tiempo preferimos no calentarnos demasiado los cascos con estas historias.

Pero estaba ojo avizor, por lo que en cuanto apareció el fulano le descerrajé un cargador completo sin saludarle siquiera. Cayó sin decir ni pío y se desvaneció en la nada, lo que me confirmó que no sólo había pasado a mejor vida, sino que la historia había vuelto a sus cauces normales, es decir, a los míos.

De vuelta a casa me bastaron unos segundos para descubrir que las cosas seguían sin estar bien. Y efectivamente, así era. Mi intervención había supuesto una vez más un retorno a la línea temporal primitiva, pero al igual que en el caso anterior éste también se había desvanecido puesto que los malditos púnicos habían vuelto a repetir una vez más la jugada... y en esas estábamos.

Bien, si le había matado ya dos veces todavía podría hacerlo una tercera... conste que esto es lo que pensaron los jefes, no yo, que muy a mi pesar me volví a ver envuelto una vez más en este rigodón que aparentemente no parecía tener fin.

Y no lo ha tenido. Puesto que las estrategias de las dos Agencias Temporales son al parecer similares, mi viejo enemigo -estoy convencido de que siempre es él, al igual que él debe de estarlo de que siempre soy yo- y yo seguimos matándonos de forma alternativa una y otra vez, sin que esto cambie las cosas excepto en el hecho de que ahora nadie en la base es capaz de determinar cual es la situación real allá en el exterior, puesto que las dos historias alternativas cambian de una a otra con tal rapidez que todo acaba quedando borroso e indeterminado.

Y así seguimos. Mis compañeros no dejan de imaginar ardides intentando pillar a los púnicos en un renuncio pudiendo así afianzar de forma definitiva nuestra línea temporal; pero como ellos hacen lo propio, la consecuencia práctica de todo ello es que seguimos haciendo tablas. Y como ninguna de las dos Agencias tiene la menor intención de rendirse, mucho me temo que seguiremos así por tiempo indefinido.

Sí, he dicho indefinido, lo cual puede chocarles a ustedes al igual que me chocó a mí la primera vez que se planteó esta extraña guerra de trincheras sin aparente final; puesto que en cada intervención temporal, sea mía matando al agente púnico o sea suya matándome a mí, es necesario remontarse al menos unos segundos en la propia línea temporal de Escipión, cabe suponer que llegará un momento en que éste “despierte” o, por decirlo con mayor propiedad, anterior a aquél en que quedó dormido... pero los técnicos aseguran que todavía disponemos de varias horas de margen, y además están apurando cada vez más los intervalos entre salto y salto -lamentablemente los púnicos también hacen lo propio-, de manera que, salvo imprevistos, todavía tendremos cuerda para rato. Incluso barajan la posibilidad de generar un campo de éxtasis temporal provisional, de forma que el tiempo quede congelado en el interior de la tienda hasta que podamos desembarazarnos definitivamente de ese pelmazo.

Esto es lo que piensan los jefes, pero ¿qué pienso yo? De momento, como cabe suponer, a estas alturas estoy más que harto, puesto que han pasado ya varios meses en mi tiempo subjetivo desde que la cosa empezara y ésta no tiene visos de resolverse en un futuro más o menos inmediato. Durante todo este tiempo he barajado varias opciones, empezando por la de tirar la toalla; bastaría con no retornar a la base inmediatamente después de mi enésimo asesinato, lo cual, al evitar la bilocación espacial, provocaría mi muerte definitiva a manos del agente púnico. Esto no impediría que el plan siguiera adelante ya que yo podría ser sustituido por otro agente, pero al menos me daría la tranquilidad de la que ahora estoy privado, aunque se tratara de la paz del cementerio.

Otra posible opción sería la de negarme a continuar con este absurdo vaivén, lo cual supondría mi destitución automática y el encierro indefinido en la prisión que la Agencia mantiene en algún momento del Oligoceno, hace alrededor de unos treinta millones de años. Dicen que, aunque al principio choca un poco, allí no se vive mal del todo una vez que te acostumbras.

Pero mi especulación favorita es la de intentar ponerme de acuerdo con mi rival, al que supongo tan harto como yo, desertando ambos de nuestras respectivas agencias y refugiándonos, juntos o por separado, en algún lugar del siglo III antes de Cristo donde pudiéramos ser acogidos, quizá en una ciudad helenística en la que gracias a nuestros conocimientos podríamos vivir razonablemente tranquilos. Por desgracia no tengo manera de saber si mi colega piensa igual, ni sé como podría proponérselo antes de que me descerrajara un tiro.

Lo que sí tengo meridianamente claro es que a estas alturas no me importa ya lo más mínimo cual haya podido ser el devenir de la historia. Porque, confío en que me comprendan, de todo se acaba hartando uno.

PROYECTO NÉMESIS

Pertenezco, desde hace quince años, al Proyecto Némesis. No, no lo busquen en internet, porque van a encontrar nada; se trata de un proyecto secreto, mejor dicho ultrasecreto, avalado por las principales potencias del planeta que, por las razones que explicaré más adelante, son las primeras interesadas en que su existencia no sea hecha pública, pues podría acarrear trastornos de incalculables consecuencias.

Resulta irónico que el Proyecto Némesis sea el resultado de la suma de dos trascendentales descubrimientos científicos, independientes entre sí y tan peligrosos por separado que estuvieron a punto de ser sepultados e incluso borrados por completo del acervo cultural humano; pero juntos, aun manteniendo su potencial peligrosidad, siendo convenientemente controlados han sido capaces de rendir una utilidad que nadie podría haber sospechado siquiera.

Pero no nos adelantemos. El primero de estos descubrimientos fue la posibilidad de viajar en el tiempo o, por decirlo con más precisión, de visitar el pasado, puesto que el futuro, por su propia naturaleza, no resulta accesible hasta que no se convierte en presente primero, y en pasado inmediatamente después.

Bien mirado esta limitación, lejos de ser un problema, resultaba un alivio pues evitaba un montón de posibles complicaciones garantizando incluso, haciendo un símil teológico, el libre albedrío. Porque, ¿cómo podríamos tomar libremente cualquier decisión conociendo a priori cuales serían sus consecuencias? Eso, claro está, sin contar con en el berenjenal en el que nos meteríamos con la desaparición de la ley de causa y efecto, pilar básico del método científico e incluso de la propia filosofía.

Aun con todo ello, visitar el pasado hubiera sido uno de los mayores avances de la civilización desde, y no exagero, el descubrimiento del fuego o la invención de la rueda. Pero he utilizado a conciencia el subjuntivo porque de inmediato se plantearon unas muy serias dudas capaces de enfriar el entusiasmo al más exaltado. Y bastó con recurrir a la ciencia ficción para descubrir posibles inconvenientes que, planteados por los autores de forma meramente especulativa, mostraban ahora todas sus posibilidades reales de perturbar nuestra existencia.

No voy a extenderme demasiado sobre este tema, ya que bastará con recordar el consabido tópico de las paradojas temporales, muy interesante cuando se trata de simple literatura pero no tanto al convertirse en una realidad potencial. Sí, hubiera sido muy bonito quitar de en medio a Hitler, Stalin, Mussolini, Franco, Mao, Pol Pot y tantos otros criminales y genocidas que en el mundo han sido antes de que pudieran perpetrar sus fechorías, pero ¿cuáles podrían haber sido las consecuencias?

Al llegar a este punto los expertos -me refiero a los expertos reales, no a los escritores de ciencia ficción, aunque éstos aportaron sin llegar a siquiera sospecharlo unas reflexiones sumamente interesantes- se dividieron en dos bandos irreconciliables. El primero, al que podemos denominar la escuela determinista, defendía la hipótesis de la existencia de una inercia temporal que siempre tendería a devolver el flujo de los acontecimientos a su curso primitivo, por lo que cualquier intento de variar la historia estaría condenado de antemano aunque, eso sí, provocaría trastornos momentáneos -entiéndase en la escala temporal, no en espacial- antes de que la reacción espontánea, actuando al estilo de la ley newtoniana de acción y reacción, devolviera todo a su lugar. Dicho con un ejemplo, cargarse a Hitler, argüían, serviría de poco ya que su hueco sería ocupado de manera automática por otro jerarca del nazismo, por lo que no resultaría posible evitar la catástrofe que provocaron. Evidentemente, y siempre a corto plazo, las circunstancias serían diferentes, aunque similares, pero pasado cierto tiempo las aguas volverían a su cauce y todo sería igual que hubiera sido de no haber mediado el *hitlercidio*.

Por el contrario la escuela evolucionista defendía que cada instante del tiempo era una encrucijada en la cual tomábamos obligatoriamente un camino descartando resto, por lo que la evolución histórica seguía siempre uno de los muchos caminos posibles de un esquema arborescente que albergaba la totalidad de las posibles opciones. Por esta razón, defendían, si nos remontábamos hasta uno cualquiera de estos nudos temporales y nos desviábamos por un camino distinto, volviendo al ejemplo matando a Hitler, el nuevo presente quedaría drástica e irreversiblemente alterado. Y puesto que no había manera posible de prever cuales pudieran ser los cambios, ya que la evolución en el sentido darwiniano está gobernada por el azar, resultaría de todo punto imprudente, cuando no insensato, andar jugando con el tiempo.

Por si fuera poco, alguien terció con un planteamiento que cuestionaba no sólo a los evolucionistas, sino también a los deterministas. Y lo hizo recurriendo algo tan sencillo y conocido por cualquier estudiante de ciencias como era la mecánica estadística. Como es sabido, un gas en estado ideal es un sistema perfectamente determinista, puesto que aplicándole a un cambio de las condiciones a las que está sometido se puede prever con exactitud como va a reaccionar; alterando la presión, la temperatura o el volumen, modificará espontáneamente las otras magnitudes físicas hasta recuperar el equilibrio perdido, y bastan unas sencillas fórmulas para poder calcularlo. Pero, y fue aquí cuando los deterministas comenzaron a fruncir el ceño, esto es factible sólo para la masa conjunta del gas, resultando imposible saber como se va a comportar una molécula aislada que forme parte del mismo.

Bien, ¿y qué más da? Respondían desdeñosos éstos. Pero bastó con un simple ejemplo del perspicaz aguafiestas para dejarles sin argumentos. Supongamos, dijo, que un abuelo o bisabuelo suyo -según su edad- se casó con su abuela o bisabuela una vez

terminada la Guerra Civil española; evidentemente el aguafiestas era español, pero su ejemplo era perfectamente válido para la II Guerra Mundial o cualquier otro episodio histórico similar. Supongamos, también, que a su abuela o bisabuela le mataron al novio en, pongamos, la batalla del Jarama. Y supongamos, por último, que el nieto o biznieto suyo viajó a la España anterior a la Guerra Civil para no sólo quitar de enmedio a Franco, algo relativamente sencillo conociendo su biografía, sino también para evitar la sublevación militar que provocó la guerra y la larga dictadura franquista.

Todo perfecto, ¿verdad? Y aunque era posible -fugaz sonrisa de los deterministas- que andando el tiempo la España A y la España B acabaran convergiendo en una sola, como probablemente ocurrió, los efectos de la perturbación, por muy corta que ésta hubiera sido -pongamos unas cuantas décadas o incluso un siglo-, podrían haber sido devastadores no a nivel general, pero sí particular. Porque si bien una molécula de gas no tiene identidad propia que la diferencie del resto, las personas no somos moléculas y todos tenemos nuestro ADN y nuestra personalidad propios, por lo que ni somos intercambiables ni por lo general solemos considerarnos como tales.

En resumen: al evitar la Guerra Civil y el posterior franquismo nuestro bienintencionado protagonista también habría salvado la vida a todos cuantos murieron en ella. Loable, ¿verdad? A nivel general sí, por supuesto, puesto que gracias a su acción se habrían evitado más de medio millón de muertes, sin contar las víctimas indirectas y la brutal caída de la natalidad de los años posteriores. Pero... uno de los salvados habría sido el antiguo novio de su abuela o bisabuela que, al casarse con éste y no con su abuelo o bisabuelo, habría roto la línea familiar que conducía directamente a él, que por razones obvias no habría llegado a nacer. Y ya estaba liada.

Claro está que siempre podríamos remontarnos hasta épocas lo suficientemente remotas para evitar, o cuanto menos minimizar, este riesgo; al fin y al cabo matar a Atila antes de que pusiera patas arriba el imperio romano poco trastorno podría acarrear más de quince siglos después -o quizá sí, según los evolucionistas, que contraatacaban esgrimiendo el efecto mariposa-; pero, ¿qué derecho teníamos a alterar la vida de los europeos del siglo V por más que beneficiáramos a algunos a costa de perjudicar, e incluso de negarles el derecho a vivir, a otros?

La cuestión era peliaguda no ya desde el punto de vista científico e incluso desde el filosófico, sino también desde el ético, mucho más prosaico. Así pues, la decisión salomónica que se acabó adoptando fue la de vetar tajantemente cualquier intromisión, por nimia que ésta fuera, en el pasado. Lo cual, dicho de paso, sublevó a los historiadores que, no sin razón, defendían su derecho a estudiarlo en calidad de observadores, sin intervenir en el devenir histórico. Pero ¿cómo podían estar seguros de no perturbarlo involuntariamente? Bastaría con que transmitieran cualquier enfermedad inexistente entonces para provocar una catástrofe similar a la que padecieron los

indígenas americanos cuando los colonizadores europeos -no sólo los españoles- llevaron al Nuevo Mundo enfermedades como la viruela o el sarampión, para las que éstos no tenían defensas.

Y así quedaron las cosas, sin satisfacer a nadie pero tranquilizando en el fondo a todos, por lo que la *máquina del tiempo* -en realidad no era tal, pero la influencia de la ciencia ficción fue determinante a la hora de bautizarla- quedó guardada bajo siete llaves en un lugar desconocido para la inmensa mayoría de los mortales.

Pasemos ahora al segundo invento, la máquina de duplicar. Su funcionamiento era, superficialmente, muy sencillo. Estaba basada en un convertidor materia-energía, y viceversa, capaz de guardar un registro de todo cuando desintegraba. Si posteriormente se invertía su funcionamiento y se utilizaba ese registro como modelo, materializaba una copia exacta del objeto desintegrado. Y una segunda. Y una tercera...

Este cuerno de la abundancia tecnológico tenía, empero, un posible y nada trivial problema. Haciendo abstracción de las imprevisibles consecuencias económicas del invento, capaz de poner patas arriba cualquier sistema económico, el aparato en cuestión tenía el *pequeño* inconveniente de era capaz asimismo de duplicar seres vivos. Incluidos los humanos.

Como cabe suponer, a nadie le apetecería encontrarse de repente con un sosias que legalmente, al menos hasta que la lenta justicia no consiguiera legislar sobre el enredo, tendría exactamente los mismos derechos que él; absolutamente todos. Lo cual, como es fácil de suponer, podría conducir a situaciones extremadamente complicadas y engorrosas, porque si bien los bienes muebles e inmuebles podrían ser susceptibles de reparto aun con previsible disgusto del *original*, ¿cuál de los dos se quedaría con su mujer -o su marido-, con sus hijos o con su puesto de trabajo?

Y ni siquiera valdría el maquiavélico plan de utilizar a los dobles, tal como se describía en algunas novelas y películas baratas, como suministro de *piezas de repuesto*: un corazón, un riñón, un hígado... para cuando el *original* las necesitara. Porque, además de abyecto, criminal, monstruoso y todo cuanto reprobable se les ocurra, esta aberración serviría de poco dado que la réplica, al ser idéntica al original hasta el último átomo, compartiría con éste todas sus enfermedades, taras y posibles trastornos de cualquier tipo, de modo que el corazón *de repuesto*, pongo por caso, sería tan propenso a un infarto como su homólogo. Por razones obvias, llevando el disparate al extremo, tampoco serviría como *cura de rejuvenecimiento* mediante un hipotético trasplante de cerebro, o de cuerpo, método éste muy del gusto de los antiguos escritores de ciencia ficción que, dicho sea de paso, solían olvidar que el cerebro envejece y enferma exactamente igual que cualquier otro órgano, como les ocurre a los enfermos de parkinson o de alzhéimer.

Por esta razón, el duplicador de materia fue condenado a idéntico ostracismo que la máquina del tiempo. Y así hubieran seguido, a la espera de una hipotética -e improbable- evolución a mejor de la humanidad, de no ser porque alguien tuvo la genialidad de aplicar el razonamiento panorámico que tan infrecuente suele ser en ámbito científico, donde la hiperespecialización absorbe toda la atención de los investigadores impidiéndoles ver los beneficios potenciales de una concatenación de resultados. Esta persona sumó dos y dos descubriendo los imprevistos resultados de aunar estas dos invenciones carentes de aplicaciones prácticas por separado... y así nació el primer embrión del que acabaría siendo el Proyecto Némesis.

A posteriori, tal como suele ocurrir en estos casos, la idea no podía resultar más sencilla: ¿Por qué no ir al pasado, seleccionar a alguien convenientemente interesante, duplicarlo y traerse el sosias al presente? De esta manera se vencerían todos los tabúes ya que el original no sería molestado -asumiendo que no se enterara del proceso, algo fácilmente realizable mediante una simple anestesia-, el doble no coexistiría con éste y los responsables del Proyecto Némesis podrían conocer de primera mano a las principales mentes pensantes de la historia de la humanidad.

Desde luego se antojaba atractivo poder traerse a Arquímedes, a Galileo, a Cervantes, a Miguel Ángel y a tantos otros genios y poder tratar de tú a tú con ellos, pero pronto empezaron a aflorar posibles inconvenientes a tan revolucionario plan. Pongamos el caso de Arquímedes, aunque serviría cualquier otro. ¿Imaginan el choque que supondría, para un griego helenístico del siglo III, encontrarse de repente en nuestra época? Por muy privilegiada que fuera su mente, y no cabía la menor duda de que lo era, Arquímedes no dejaba de ser una persona con sus debilidades y sus flaquezas y, sobre todo, adaptado a su entorno, por lo que un cambio tan radical e inesperado en su existencia supondría una barrera extremadamente difícil de superar... si lograba superarla. Esto sin contar, claro está, con que dada la propia naturaleza del Proyecto habría que mantener en secreto su existencia, lo que se traduciría en la práctica en un confinamiento de por vida dentro de los férreos muros de nuestra organización. Jaula dorada, sin duda, pero jaula al fin y al cabo.

Finalmente triunfó la cordura y el proyecto inicial fue descartado, aunque no así la idea de traer al presente personajes célebres del pasado. Ante la crueldad de lo anteriormente expuesto, se propuso una alternativa considerada más humanitaria: rescatar a quienes, por una u otra razón, vieron sus vidas truncadas prematuramente cuando todavía no habían podido aportar toda la potencialidad que llevaban dentro. Aquí no se podía hablar de una condena de por vida sino, al contrario, de una salvación de vidas, puesto que los rescatados dispondrían de una oportunidad de la que no habían gozado en su época para vivir una vida plena y sin duda mucho más fructífera, potenciada además por la ciencia y la tecnología modernas. Asimismo se podría salvar el escollo de la confidencialidad proveyéndoles de identidades falsas que les

permitieran asomarse al mundo y disfrutar de él, ya que sólo ellos y nosotros sabríamos quienes eran realmente. Y para evitar choques culturales como en el caso de Arquímedes, se propuso que sólo se consideraran personas relativamente cercanas en el tiempo a nosotros, poniendo como límite aquéllas que llegaron a conocer la Revolución Industrial, es decir, quienes vivieron a partir del siglo XIX, asumiéndose que al estar familiarizados de una u otra forma con la tecnología su adaptación resultaría más sencilla.

En principio la idea no parecía mala, y la lista de posibles candidatos a *resucitar* era larga: los matemáticos Évariste Galois (1832, muerto a los 20 años), Srinivasa Ramanujan (1920, a los 32) y Alan Turing (1954, 41); los músicos Juan Crisóstomo Arriaga (1820, 20 años), Franz Schubert (1828, 31), Felix Mendelssohn (1847, 38) y Enrique Granados (1916, 48); los físicos Heinrich Hertz (1894, 36 años) y Henry Moseley (1915, 27); los escritores Edgard Allan Poe (1849, 40), Gustavo Adolfo Bécquer (1870, 34), Oscar Wilde (1900, 46), Franz Kafka (1924, 40), Federico García Lorca (1936, 38) y Miguel Hernández (1942, 31); los pintores Vincent van Gogh (1890, 47), Henri de Toulouse-Lautrec (1901, 36), Amedeo Modigliani (1920, 35) y Juan Gris (1927, 40)...

Pero también ahora apareció el aguafiestas de turno. Ciertamente cabía esperar que todas estas personas, y muchas más contemporáneas suyas, pudieran asumir razonablemente bien el cambio temporal y cultural, pero ¿sería suficiente? Tal como dijo Ortega somos fruto de nuestra herencia y nuestro ambiente, y si bien el salto cronológico no sería, en estos casos, demasiado brusco, pudiera no ocurrir lo mismo con los otros factores. Por ejemplo, Moseley hizo dar un paso de gigante a la física y a la química con su descubrimiento del concepto de número atómico, que permitió describir teóricamente la tabla periódica de los elementos, plenamente aceptada en su época pero todavía fruto exclusivo de laboriosos trabajos experimentales de difícil interpretación hasta entonces. Moseley hizo su trascendental descubrimiento en 1913, tan sólo dos años antes de que muriera en Gallipoli víctima de la batalla más absurda de la I Guerra Mundial.

No resulta difícil suponer que, de no haberse producido esta fatal circunstancia, Moseley podría haber aportado mucho más a la ciencia en un momento en el que la física experimentaba un impresionante desarrollo; pero transplantado a nuestra época, su genialidad habría quedado posiblemente eclipsada por el alud de descubrimientos que tuvieron lugar con posterioridad a su muerte. Dicho de otra manera, cabía suponer que sus posibles descubrimientos revolucionarios en las primeras décadas del siglo XX ya no lo fueran ahora. Y, dada la enorme especialización de la ciencia, es probable que incluso le hubiera resultado difícil siquiera ponerse al día.

Algo similar puede decirse de las distintas ramas humanísticas. Fijémonos en Federico García Lorca, víctima como otros muchos de la insania y el fanatismo que azotaron España durante la Guerra Civil. Resulta evidente que a su edad todavía le debía de quedar bastante poesía dentro, la cual se llevó a su anónima tumba. Pero, ¿seguiría teniendo la misma relevancia en nuestro mundo actual? Porque una cosa es admirar a los clásicos y otra muy distinta tenerlos vivitos y coleando escribiendo, componiendo o pintando obras que ya no encajaran con lo que se hacía ahora... por más que personalmente abomine de mucho, o de casi todo, cuanto intentan colarnos como *arte contemporáneo*.

No, por desgracia toda esta gente se encontraría completamente desubicada y, si bien podría -lo cual tampoco estaba demasiado claro- integrarse con más o menos dificultades en nuestra sociedad, esto no garantizaba en absoluto que lograran retomar su actividad creadora o investigadora justo en el punto en el que su muerte la había truncado, y todavía menos que fueran capaces de dar un salto adaptándose a los gustos actuales manteniendo intacta su genialidad. Así pues, lo más prudente era dejar que los muertos descansaran en paz.

Esto nos conducía una vez más a un exasperante punto muerto, del que logramos salir cuando una nueva sugerencia dio la puntada que faltaba para completar la costura.

Sí, el Proyecto Némesis podría rendir un fruto realmente útil... aunque no de la índole que habíamos imaginado. Nos olvidamos, pues, de traer a nuestra época copias de los grandes personajes de la historia, y también de dar una segunda oportunidad a los ilustres fallecidos precoces. No, nuestra labor no sería ni humanitaria ni filantrópica, pero no por ello menos justificada; ya que no podíamos venerar a Eros lo haríamos a su contrapartida Tánatos; ya que no podíamos traer la vida, nos convertiríamos en sacerdotes de la muerte. Y fue entonces cuando nuestro proyecto quedó bautizado con el nombre de la diosa de la venganza y de los justos castigos.

Así pues, rescatamos la descartada idea de convertirnos en persecutores de los criminales históricos, pero desde un enfoque muy diferente: ahora no buscaríamos quitarlos de en medio para evitar sufrimientos a sus víctimas, dados los potenciales peligros que esta práctica podía acarrear; pero sí podríamos darnos, al menos, el gusto de castigarlos tal como se merecían, dado que muchos de estos asesinos habían logrado eludir la justicia humana -sobre una hipotética justicia divina preferíamos no opinar- muriendo en sus camas a edades avanzadas -caso de Francisco Franco- o bien librándose del castigo merced a una muerte rápida, como le aconteció a Hitler.

Porque todos ellos se merecían un castigo proporcionado a sus atroces crímenes, y nosotros estábamos dispuestos a aplicárselo. Y aunque no podíamos aplicar la justicia a los personajes originales, nada nos impedía hacérselo a sus copias.

El resto es fácil de imaginar. Una vez seleccionado el personaje a castigar -huelga decir que comenzamos por Hitler-, utilizamos la máquina del tiempo -en realidad se trata de un portal que conecta ambos puntos cronológicos- para entrar en el dormitorio del dictador nazi cuando éste estaba durmiendo sin compañía alguna. Convenientemente narcotizado le trajimos a nuestro laboratorio, esterilizado para evitar cualquier posible contaminación, le introdujimos en la máquina convertidora que desintegró su cuerpo, y le volvimos a integrar grabando el registro que permitiría reproducir una copia suya siempre que deseáramos. Acto seguido devolvimos al Hitler *original* a su dormitorio tan sólo un instante después de cuando nos lo llevamos -un interesante efecto secundario del proceso cronológico que nos permitió soslayar el tiempo que tardamos en hacer la copia- sin que nadie, ni tan siquiera él, se apercibiera de lo que habíamos hecho.

Por último, ya de vuelta, reintegramos una copia suya y la sometimos a nuestro particular Proceso de Nuremberg. Previamente, había olvidado decirlo, habíamos construido una cárcel de extrema seguridad en una isla perdida en mitad del océano Pacífico, lejos de toda ruta aérea o marítima. El penal era -y es- completamente subterráneo, mientras en la superficie de la isla, a modo de tapadera, establecimos una pequeña estación científica presuntamente dedicada al estudio de las migraciones de no recuerdo qué animales marinos. Y dado que, vuelvo a repetirlo, contamos con el apoyo de las principales potencias mundiales, tenemos la garantía de que nuestro santuario no se verá perturbado, ni tampoco nosotros ni nuestros forzados *huéspedes*.

Esta impunidad no quiere decir que los maltratemos, aunque tampoco les hacemos la vida demasiado cómoda. En realidad estamos interesados en tratarlos bien desde un punto de vista material para que su castigo, obviamente una cadena perpetua, resulte lo más duradero posible. Lo cual no quiere decir que su pena sea leve ni llevadera; condenados a no volver a ver más el sol, confinados de por vida en unas celdas excavadas en las entrañas de la tierra, saben que habrán de purgar sus delitos aun cuando ni en cien vidas pudieran hacerlo; porque uno de los castigos a los que están sometidos, sin duda el peor posible, es verse obligados a contemplar una y otra vez todos los males que cometieron no sólo durante su vida digamos, terrenal -es decir, con anterioridad a su replicación-, de la que tenían perfecta conciencia, sino también los posteriores, que en principio desconocían por no haberlos vivido.

A Hitler siguieron bastantes más: Stalin, Mussolini, Franco, Tito -el dictador yugoslavo, no el emperador romano-, Mao Tse Tung, Pol Pot, los Jóvenes Turcos responsables del genocidio armenio, varios dictadores centro y sudamericanos, criminales de la II Guerra Mundial -no todos nazis- y otros menos conocidos por el gran público, pero no por ello menos sanguinarios. Y todos relativamente recientes, puesto que convinimos en que no tendría mucho sentido traer a personajes tales como Calígula,

Nerón, Atila, Gengis Jan o Tamerlán... aunque quizá acabemos dándoles una *segunda oportunidad* una vez que hayamos acabado con los primeros.

Todas las selecciones se hacen por consenso y a propuesta de los nacionales del *candidato*, para evitar que posibles discrepancias políticas o ideológicas siembren la discordia entre nosotros. Es por ello que los procesos son relativamente lentos, ya que nos tomamos el tiempo necesario para estar todos de acuerdo. Por esta razón -soy el único español del Proyecto- la traída de Franco fue a propuesta mía, elegido deliberadamente cuando recién terminada la Guerra Civil se encontraba en la cúspide de su poder y lo administraba despóticamente con un desprecio absoluto a las vidas humanas, razón por la que no me costó demasiado convencer a mis colegas. Ahora estoy preparando un informe sobre Fernando VII, otro personaje siniestro al que deseo ver purgar sus crímenes, que no fueron pocos, aunque deberá esperar a que se tramiten los expedientes que ya están en marcha como los de Enrique VIII de Inglaterra, Iván el Terrible, Robespierre, Leopoldo II de Bélgica, Idi Amin y algún otro tiranuelo africano. Pero ya le llegará su turno.

Huelga decir que el Proyecto se puso en marcha no sin ciertas dudas morales. Por razones prácticas no solíamos replicarlos justo al final de sus vidas -hubiera sido complicado cazar a Hitler en el búnker berlinés justo antes de su suicidio- e incluso, en casos como el de Franco, tampoco nos parecía bien dejarle disfrutar impunemente durante décadas del fruto de sus tropelías. Pese a ello, ¿podíamos hacer responsable a la copia de los crímenes cometidos por su original? Sí, al menos así lo interpretábamos, de los crímenes anteriores a su duplicación, puesto que al ser las copias indistinguibles era él mismo quien los había cometido, pero ¿y de los posteriores? Porque según la ley -aunque nosotros nos considerábamos al margen de ella- no era lícito castigar a nadie por delitos que no hubiera cometido, por más que existiera la certeza de que los fuera a cometer... caso que evidentemente no se daba en nuestros prisioneros puesto que no tenían la menor posibilidad de hacerlo.

Así pues, ¿teníamos derecho a obrar como lo estábamos haciendo? Las dudas eran serias, pero por fortuna nosotros no éramos filósofos, ni tampoco jueces. Existía, claro está, la posibilidad del arrepentimiento, pero en la práctica éste era descartable puesto que muchos de los condenados eran psicópatas incapaces de la menor redención. Y en cuanto al resto... bien, todos ellos habían sido replicados cuando ya llevaban una larga carrera de crímenes y asesinatos, por lo que, con independencia de lo que pudieran haber hecho o no con posterioridad a su captura, lo que no dejaba de ser una discusión bizantina, tenían bastantes cargos en contra como para merecerse el castigo. Por supuesto, jamás se nos ocurrió traer a ninguno de ellos cuando todavía no habían cometido su primer crimen. Quizá el joven Hitler anterior a su afiliación al Partido Obrero Alemán, precursor del Partido Nazi, pudiera haber seguido otros derroteros distintos que le condujeran por vías pacíficas, pero el que trajimos aquí ya traía las

manos suficientemente manchadas de sangre. Esto me libera de cualquier escrúpulo de conciencia.

Todavía queda una cosa más por explicar. Cuando aplicamos la cadena perpetua lo hacemos de forma literal, de modo que cuando muere uno de los penados automáticamente volvemos a replicarlo con la copia que conservamos, sometiéndole a idéntico trato que a su predecesor. Ciertamente este último no puede ser consciente de lo acontecido durante la reclusión del anterior, aunque sí le hacemos conocedor de esta circunstancia, incluyendo grabaciones realizadas periódicamente, así como del hecho de que el proceso se repetirá de forma indefinida una vez que cualquiera de ellos muera.

Ninguno de nosotros puede prever si en algún momento el Proyecto Némesis pueda llegar a su fin, ni lo que se haría en este caso con los penados; pero mientras éste se mantenga vigente, dejaremos bien claro a nuestros prisioneros que, al igual que ocurría en el Infierno de Dante, quien aquí entra debe abandonar toda esperanza... literalmente.

QUE LA TIERRA TE SEA LEVE

J.P. era un genio científico de aquéllos que sólo aparecen una vez cada varias generaciones. También era un excéntrico total y un misántropo patológico, combinado todo lo cual daba como resultado una personalidad tan singular que no encontraba acomodo en una sociedad de naturaleza y vocación mediocres. Así pues, nació condenado a ser un inadaptado.

Fue a costa de heroicos esfuerzos, no intelectuales puesto que su mente privilegiada daba para ello y para mucho más, sino sociales para lo que no estaba preparado en absoluto, como consiguió terminar sus estudios universitarios graduándose como físico no sin problemas, puesto consideraba a sus profesores, con los que había chocado constantemente, unos imbéciles que compensaban su falta de inteligencia con la falsa vanidad de los cargos académicos que detentaban sin merecerlos. Éstos, a su vez, acabaron optando por aprobarle sus asignaturas -eso sí, con la puntuación mínima para salvar el suspenso- como el modo más sencillo de quitárselo de encima, o al menos eso era lo que alegaban aunque en el fondo no dejaban de estar tan fascinados por su talento como irritados por su indomable carácter.

El caso fue que cuando el joven científico se vio libre de la tortura de las aulas y en posesión de un título universitario, no supo qué hacer con él... ni consigo mismo. Era evidente que no estaba dispuesto a malograr su talento encadenándose de por vida a una carrera investigadora que aborrecía, y tampoco le apetecía lo más mínimo dedicarse a otras posibles actividades como la enseñanza -se sofocaba tan sólo con pensar en tener que soportar a adolescentes descerebrados a los que tan sólo interesaba la satisfacción de sus instintos más animales-, la industria o, en general, cualquier actividad que le obligara a soportar el más mínimo contacto con cualquier espécimen humano.

Pero de algo tenía que vivir... vino entonces en su ayuda el azar, poniendo en sus manos la inesperada herencia de un tío al que apenas conocía -posiblemente de haberse conocido ambos las cosas habrían sido muy diferentes- que falleció oportunamente sin testar, siendo él su pariente vivo más cercano. No era una gran fortuna, pero sí lo suficiente para satisfacer sus sobrias necesidades materiales; y en cuanto a las intelectuales, él era un teórico al que tiempo atrás le habría bastado con papel y lápiz y ahora se conformaba con un equipo informático razonablemente sofisticado.

Así pues, encerrado en la vivienda también heredada de su tío a la que convirtió en su guarida, se dedicó a hacer lo que más le gustaba, en realidad lo único que le gustaba: ejercitar su privilegiado intelecto explorando caminos vírgenes incluso para la ciencia más avanzada. Porque él, volvamos a repetirlo, era un genio de tal magnitud que ni siquiera necesitaba hombros de gigantes para alcanzar sus objetivos.

Lo cual acarreaba, como inevitable contrapunto, que sus indagaciones y sus descubrimientos quedaran ignorados, dado que J.P. no sólo desdeñaba sino que aborrecía a todo el conjunto de la comunidad científica, por lo cual jamás mostró el menor interés en dar a conocer sus trabajos siquiera como revancha por la forma en la que había sido tratado. En realidad a él tan sólo le importaba su satisfacción personal, mostrando por el resto de la humanidad, incluidos los científicos, una indiferencia tan olímpica como absoluta. Posiblemente habría llegado incluso a la novelesca decisión de destruir sus trabajos en vísperas de su muerte, de no mediar las circunstancias no previstas que condujeron su vida por otros derroteros. Pero no nos adelantemos.

El interés científico de nuestro protagonista no estaba enfocado hacia ningún campo específico en particular, dado que despreciaba la especialización a la que se veían abocados los investigadores a causa del progreso continuo de la ciencia; algo que él no contemplaba como inevitable sino como la consecuencia lógica de la cerrazón mental de quienes eran incapaces de ver la realidad de forma panorámica, estableciendo interrelaciones entre campos aparentemente diversos. Ésta era la única metodología que consideraba válida para ampliar el conocimiento de una manera armónica y no distorsionada.

En realidad J.P. emulaba sin saberlo -la historia jamás le había interesado al considerarla una crónica de la inepcia humana a través de los tiempos- a los sabios renacentistas capaces de abarcar cualquier disciplina del saber de su época, aunque en su caso limitada a las ciencias teóricas, que no era poco.

Y finalmente ocurrió lo que tenía que ocurrir: logró desarrollar una teoría completa sobre los viajes temporales, según la cual sería posible desplazarse a cualquier punto de la historia desde el remoto pasado de la Tierra hasta el futuro más ignoto. La teoría en sí tenía un enorme valor intelectual al dejar muy atrás a las creadas por las más preclaras mentes de la historia de la ciencia tales como la de la gravitación universal, la de la evolución, la del electromagnetismo, las dos de la relatividad o la de la mecánica cuántica; pero aunque resultaba el mayor monumento intelectual jamás pergeñado por mente humana alguna, por sí sola servía para poco salvo para satisfacer la vanidad de su creador, dado que no tenía el menor propósito de darla a conocer ni siquiera en los círculos académicos más selectos.

Así pues sus posibles aplicaciones prácticas, algo que hubiera entusiasmado a historiadores, paleontólogos e infinidad de investigadores tanto de disciplinas científicas como humanísticas, quedaban cercenadas de raíz.

Pese a su misantropía, J.P. no carecía ni de curiosidad ni del prurito de constatar la certeza de sus especulaciones. Así pues, se le metió en la cabeza que resultaría conveniente realizar, aunque sólo fuera una única vez, un viaje por el tiempo para comprobar que sus ecuaciones funcionaban. Claro está que, para pasar de la compleja

simbología matemática a la realidad tangible de los viajes temporales, sería necesario construir un vehículo que le permitiera hacerlo... algo que quedaba fuera de su alcance no por la dificultad de su construcción, que consideraba sencilla, sino porque todo cuanto tenía de genio teórico le faltaba de habilidad manual. Dicho en plata era un espantoso manazas incapaz hasta de apretar un tornillo.

Lo cual le planteaba un problema de difícil resolución. Podría perfectamente recurrir a un técnico ya que su diseño era relativamente sencillo, pero esto haría trizas su voluntad de mantenerlo en secreto. Tras mucho cavilar llegó a una solución que le pareció satisfactoria: la mayoría de los componentes de su máquina podían ser adquiridos por separado preferiblemente por internet, ya que en nada se diferenciaban de los que constituían las entrañas de diversos aparatos de uso común; lo que les convertiría en singulares sería su conjunto.

En cuanto a la carcasa que debía contener el habitáculo de control y la parte generadora del campo cronotorial -el neologismo era suyo- que haría posible el desplazamiento a través del tiempo... bien, eso se lo podría encargar a un cerrajero, dado que no requería unas especificaciones complejas. Éste probablemente se sorprendería del encargo de algo parecido a una antigua cabina de teléfonos, cristales incluidos, con un asiento y una repisa para colocar los mandos, pero su fama de extravagante era suficientemente conocida para procurarle una cobertura eficaz.

Quedaría entonces lo más peliagudo, el ensamblaje de todas las piezas incluido el colector taquiónico responsable del suministro energético intertemporal, por más que su aspecto exterior no llamara la atención al tratarse de la hábil modificación de un microondas. Al llegar a este punto no tendría más remedio que encargárselo a un técnico, lo cual le hacía sentir escalofríos por todo el cuerpo; pero finalmente encontró una excusa tan inverosímil que resultaba creíble; poco importaba que el currante le tomara por un chiflado si cobraba religiosamente la cantidad estipulada por su trabajo incluyendo una generosa propina.

En resumen, y saltándonos por innecesarios todos los prolegómenos del proceso de construcción del cronoscopio, baste con decir que varios meses después de iniciado el acopio de materiales el aparato estaba montado y listo para ser utilizado en el sótano de la vivienda de J.P. Su aspecto era tosco, pero en nada necesitaba unas líneas estilizadas puesto que no se desplazaría por el espacio sino por el tiempo, y el tránsito sería además paradójicamente instantáneo. Fue él mismo quien realizó las últimas conexiones y comprobó que todo funcionaba, tras lo cual tan sólo restaba iniciar el gran viaje.

Pero entonces le surgió una duda. El cronoscopio estaba diseñado para moverse a través del tiempo pero no a través del espacio, por lo que con independencia del desplazamiento temporal se mantendría en las mismas coordenadas geográficas que tuviera en el momento de ser conectado. Esto era evidente, pero ¿y la Tierra? Porque la

Tierra no se mantiene inmóvil en el espacio sino que rota en torno al Sol. Pero si quisiéramos considerar un sistema de referencia absoluto respecto al universo tendríamos que contar también con que el Sol gira en torno al eje de la Vía Láctea, la Vía Láctea se desplaza en el seno del Grupo Local, éste lo hace en dirección al Gran Atractor perteneciente al Supercúmulo Local, que a su vez se mueve en el seno del Complejo de Supercúmulos Piscis-Cetus... lo que en la práctica convierte en imposible la resolución del problema de cual pueda ser el movimiento resultante de nuestro planeta en el cosmos.

Por si fuera poco, el elegante experimento realizado en 1887 por Michelson y Morley intentado calcularlo en base a hipotéticas pequeñas variaciones de la velocidad de la luz medida en direcciones distintas del firmamento se saldó con un rotundo fracaso, remachado por el aguafiestas de Einstein al determinar años después que la velocidad de la luz en el vacío era invariable con independencia de cual pudiera ser el desplazamiento del observador frente a la fuente que la emitía.

Tampoco sirvió de mucho la búsqueda de anisotropías en la radiación de fondo cósmica, desarrollada a partir de la década de 1960, como modo de determinar mediante el efecto Doppler la velocidad absoluta de la Tierra respecto al universo, aunque sí permitió confirmar la teoría del Big Bang, que no era poco... pero que nada aportaba a los intereses de J.P.

Así pues, la duda que se le planteaba era la siguiente: cuando viajara del presente al pasado, o al futuro, y apareciera en el mismo lugar, ¿éste correspondería a su situación en la Tierra, o a su ubicación absoluta en el universo? La cuestión no era en modo alguno baladí, puesto que en el segundo de los casos se materializaría en mitad del vacío cósmico -las probabilidades de hacerlo en una estrella, un planeta o cualquier otro astro eran tan remotas que resultaban despreciables- al haber dejado atrás a la Tierra o haberlo hecho ésta a él y a su frágil cascarón, lo que causaría su muerte inmediata.

Pero J.P. era, ya lo hemos repetido hasta la saciedad, un genio sin parangón en toda la historia de la ciencia además de un excepcional teórico; así pues, se puso a estudiar el problema con el rigor y la minuciosidad que le caracterizaba. Y lo consiguió, descubriendo con alivio que con independencia del intervalo temporal recorrido, sin que influyera tampoco que el salto temporal fuera hacia adelante o hacia atrás, su vehículo temporal se mantendría fijo respecto a sus coordenadas relativas al centro de la Tierra o, más exactamente, al punto de convergencia de todos los vectores gravitacionales generados por la masa del planeta. Debido a las irregularidades existentes en la distribución de esta masa el punto al que se podía reducir matemáticamente la atracción gravitatoria no coincidía exactamente con el centro geométrico terrestre, pero la diferencia era suficientemente pequeña como para no tener que considerarla y tampoco

era esto algo que preocupara a J.P., puesto que lo único que le interesaba era aparecer en el mismo lugar de donde partiera al final del viaje, y no en mitad de la nada.

Claro está que también sería necesario tener en cuenta la orogenia y la erosión, dos procesos geológicos responsables de modificar la superficie de la Tierra y no poco, como demuestran los fósiles marinos encontrados en la cordillera del Himalaya. Cierto es que al tratarse de fenómenos lentos a escala humana este inconveniente podría obviarse optando por un desplazamiento temporal corto, aunque no tanto como para correr el riesgo de encontrarse con quienquiera que habitara entonces en la casa si es que realizaba su experimento desde el sótano.

Lo más sencillo habría sido dar un salto de tan sólo unos días al futuro, dado que sólo correría el riesgo de encontrarse a sí mismo y además ya estaría al corriente del resultado de su experimento; pero una de sus intrincadas ecuaciones conducía a conclusiones similares al principio de exclusión de Pauli, según las cuales no sería posible la coexistencia de una misma masa -la del cronoscopio y la suya propia- con ella misma procedente de otro punto temporal. Y aunque desconocía las consecuencias que pudiera acarrear este bucle temporal, decidió prudentemente evitarlo.

Así pues, la opción más viable parecía ser dar un salto temporal de quizá uno o dos siglos, suficiente para evitar estos engorrosos inconvenientes pero al mismo tiempo convenientemente corto para evitar alteraciones significativas del entorno del laboratorio. Pero sí habría que tener en cuenta las posibles modificaciones artificiales; cómo se podría saber si en un futuro su vivienda unifamiliar había sido sustituida por un nuevo edificio o derribada para abrir una calle. En cuanto al pasado, tampoco tenía manera de conocer si el sótano habría sido ya excavado en el momento de su llegada.

Disponía, no obstante, de cierto margen gracias una vez más a su genio; aplicando el principio de incertidumbre de la cronología cuántica -disciplina, huelga decirlo, de su invención-, consiguió dotar a su cronoscopio de cierta capacidad de desplazamiento espacial que evitaría su materialización en el seno de una masa sólida. Este mecanismo de seguridad funcionaría de manera automática, desplazando suavemente su vehículo hasta hacerle aparecer en un lugar seguro... y a nivel del suelo, ya que también logró evitar el riesgo de aparecer a varios metros de altura con el consiguiente y poco deseable riesgo de caída. El margen de variación no era demasiado grande, como mucho de unas decenas de metros en cualquier ángulo, pero ¿sería suficiente? Eso dependería, supuso, del intervalo temporal recorrido, ya que el margen de incertidumbre aumentaba conforme lo hiciera éste.

Una vez ultimados los detalles, tan sólo quedaban por determinar dos cuestiones: el sentido del viaje temporal, hacia el pasado o hacia el futuro, y la distancia temporal recorrida. Lo primero que se planteó fue limitarse a viajar uno o dos siglos, pero esto era algo que no acababa de convencerle: hacía cien o doscientos años la humanidad era

tan estúpida o más como en el presente, lo cual no le incentivaba en absoluto; y tampoco cabía esperar que la situación hubiera mejorado significativamente en el futuro. Además, lo suyo no era la historia ni tampoco le interesaba lo que pudiera ocurrir en el mundo una vez que no estuviera en él.

Así pues decidió ir mucho más lejos, a eras en las que ni siquiera existían los ancestros más remotos de la humanidad, o bien a aquéllas en las que presumiblemente ésta hubiera desaparecido; aunque quizá esta segunda opción, pensó mordaz, no le obligara a desplazarse a un futuro demasiado lejano considerando su previsible extinción a causa de su estupidez congénita.

Pero seguían existiendo las dos alternativas, pasado o futuro. Por un lado el futuro lejano se le presentaba potencialmente más atractivo, pero contaba con el inconveniente de desconocer con qué se podría encontrar y no todas las posibles alternativas se le antojaban halagüeñas. ¿Y si aparecía en un mundo yerto y radiactivo?

El factor que le movió a optar por el pasado fue, no obstante, otro distinto. Si quería desplazarse un intervalo temporal comprendido en la escala de las decenas de millones de años, resultaría importante conocer lo mejor posible el lugar -o dicho con mayor propiedad el tiempo- al que llegaría, para lo que disponía de suficiente información sobre la evolución geológica del planeta. Se trataba, sin duda, de una ventaja importante.

Quedaba por determinar, únicamente, cuanto retrocedería en el tiempo, algo irrelevante desde el punto de vista técnico ya que, según su teoría, podría viajar si quisiera incluso al mismo instante del Big Bang... aunque sería mejor no arriesgarse, limitándose a los períodos geológicos razonablemente bien conocidos. Su primera intención fue hacerlo a algún momento del Cenozoico, entre los 5 y los 66 millones de años atrás, una era suficientemente cercana para albergar una fauna reconocible a la par que suficientemente exótica para confirmar su éxito; pero estudiando las características principales de esta era de la historia de la Tierra, descubrió con desagrado que fue muy activa geológicamente, con grandes movimientos orogénicos que crearon la mayor parte de las grandes cordilleras actuales incluyendo el Himalaya, los Alpes, los Pirineos y el Cáucaso, entre otras muchas. Y aunque el proceso de formación de una cordillera es extremadamente lento a escala humana, nada que ver con lo reflejado en la película *Fantasía*, prefirió no arriesgarse teniendo como tenía mucho donde elegir.

La segunda opción fue el Mesozoico, el reino de los dinosaurios. Aquí disponía de un intervalo temporal mucho mayor, entre los 66 y los 250 millones de años, repartido en los tres períodos geológicos clásicos: Triásico, Jurásico y Cretácico. Puesto que era demasiado amplio eligió el Cretácico por ser el más cercano, y dentro de éste el Cretácico Superior, comprendido entre los 66 y los 100 millones de años; un intervalo más manejable que coincidía con el apogeo de los dinosaurios, otros reptiles como los

pterosaurios, los plesiosaurios y los mosasaurios, y los primeros mamíferos y aves. Además fue un período geológicamente tranquilo en la mayor parte del planeta, otro factor a tener en cuenta.

Únicamente su final fue abrupto a causa del catastrófico evento que provocó la extinción de los dinosaurios y de otros muchos animales, pero éste fue un fenómeno breve de apenas unos miles de años frente a los 34 millones de años de duración del Cretácico Superior, por lo cual tenía margen más que de sobra para evitarlo.

A ello se sumaba que la idea de avistar dinosaurios vivos le atraía, por lo que todo quedó decidido optando por unos redondos 80 millones de años antes de Cristo, a 14 tranquilizadores millones de años de la gran extinción y con la fauna y la flora del planeta en pleno apogeo.

Un último detalle le preocupaba. No tenía manera alguna de prever cual podría haber sido la transformación del terreno en todo ese tiempo, pero ochenta millones de años era mucho tiempo, por lo que el margen de maniobra que le permitía el desplazamiento espacial del cronoscopio se le antojaba insuficiente.

Metódico como era, J.P. no tardó en encontrar una solución que se le antojó satisfactoria. Rastreando internet escudriñó mapas geológicos buscando localizar terrenos suficientemente antiguos -al menos tanto como los millones de años que pensaba retroceder en el tiempo- que no hubieran experimentado fenómenos geológicos significativos tales como erosión, plegamientos, fallas o terremotos; es decir, que se hubieran mantenido estables sin alteraciones significativas. Y a ser posible, y por cuestiones logísticas, que no se encontraran demasiado alejados de su casa.

Le costó tiempo encontrarlos, puesto que una vez seleccionada una posible ubicación tenía que confirmar su estabilidad con un estudio más detallado, lo cual no siempre ocurría. Eso sin tener en cuenta los lugares que tuvo que descartar por resultar inaccesibles -no era cuestión de marcharse a un remoto rincón de Siberia- o por cualquier otro motivo.

Comenzaba a desesperarse -la paciencia nunca había sido su principal virtud- cuando descubrió un lugar que inexplicablemente le había pasado desapercibido pese a su relativa cercanía, ya que ni siquiera tendría que abandonar el país. Y para satisfacción suya, demostró reunir todos los requisitos.

Era, pues, la ubicación idónea. Como era de suponer se trataba de una paramera inhóspita alejada de las vías de comunicación y a varios kilómetros del lugar habitado más cercano, una pequeña aldea que quedaba prácticamente despoblada en invierno, desde la que se accedía por un misérrimo camino, puesto que esas tierras, de puro

pobres, no tenían utilidad agrícola alguna e incluso las cabras se encontrarían con serios problemas para sustentarse en ellas.

Para su sorpresa en sus cercanías se habían encontrado icnitas, es decir, huellas fosilizadas de dinosaurios que ¡oh, maravilla! habían sido datadas precisamente en la época geológica que él había previsto visitar.

Todo se mostraba, pues, a favor suyo; bastaría con cargar el cronoscopio en una furgoneta o una camioneta capaz de rodar por esos andurriales, elegir un punto adecuado, colocar el artefacto en el suelo, sentarse en su interior y apretar el botón; ni siquiera tendría necesidad de una fuente de energía convencional, ya que el colector taquiónico la tomaría del propio flujo temporal y para el funcionamiento del equipo electrónico bastaría con un simple batería. Tampoco tendría que preocuparse por el tiempo durante el cual estaría ausente del presente; la traslación temporal sería instantánea, y con independencia de cuanto permaneciera en el Cretácico su retorno tendría lugar instantes después de haber partido.

El único posible inconveniente con el que quizá pudiera tropezar era que un lugareño desconfiado diera aviso a la policía y ésta acudiera a investigar la razón de su presencia allí, lo que le obligaría a dar incómodas explicaciones sobre el cronoscopio. No sin inquietud leyó que tiempo atrás había habido un intento de expoliar las icnitas por parte de excavadores furtivos, lo que había obligado a vallar el yacimiento. Ciertamente él no tenía intención de acercarse por allí sino, por precaución, justo lo contrario fijando su base de operaciones en el lugar más apartado posible; pero el camino era único para todo el páramo, por lo que de alguna manera tendría que procurar vencer la previsible suspicacia de los aldeanos.

Tras buscar la mejor excusa posible decidió hacerse pasar por astrónomo, haciéndoles creer que el cronoscopio era un telescopio experimental con el que deseaba realizar algunas observaciones en el magnífico firmamento nocturno de la zona. En realidad su tosco artefacto no se parecía ni remotamente a un telescopio o a un radiotelescopio, sino más bien a una barroca cabina telefónica; pero tras acoplarle una antena parabólica al techo y un puñado de artilugios que parecían salidos del atrezzo de una película de ciencia ficción de serie B por toda su superficie, el camuflaje quedó relativamente logrado ante los ojos -al menos eso pensaba- de unos pueblerinos que poco o nada sabrían de tecnología científica.

Esta triquiñuela le obligaría a realizar su viaje temporal de noche, lo cual si bien le incomodaba por otro lado no dejaba de ser una ventaja, ya que esto le permitiría ganarse la confianza de los lugareños además de convencerlos de que difícilmente podría dedicarse a expoliar yacimientos paleontológicos en plena oscuridad. Incluso les preguntaría por el mejor lugar para plantar su *telescopio*, procurando dejar claro su interés por no dañar accidentalmente las icnitas.

El plan no era perfecto, sobre todo teniendo en cuenta que las habilidades sociales no eran precisamente uno de sus puntos fuertes, pero tampoco le parecía disparatado. Eso sí, aunque su cronoviaje durara tan sólo unos segundos, tendría que permanecer en el pelado páramo durante toda la noche fingiendo realizar sus observaciones astronómicas, con independencia de que a un radiotelescopio real no le afecte en absoluto la luz diurna; pero pensaba que así resultaría más fácil embaucar a sus anfitriones abrumándolos con una jerga seudocientífica.

Dicho y hecho. Alquiló una furgoneta asegurándose de que fuera capaz de rodar por esos andurriales y colocó cuidadosamente el cronoscopio en su interior, echándose a la carretera en busca de su destino al que llegó tras un tranquilo viaje de varias horas.

El pueblo era insignificante, apenas un puñado de casas arracimadas en torno a la modesta iglesia, pero al ser verano se veía en él cierta actividad. Aparcó la furgoneta bien visible en la plaza y se dirigió al bar situado enfrente, donde pidió un café con leche. Aparte del dueño del establecimiento tan sólo había en su interior cuatro parroquianos jugando una animada partida de mus, a los que se dirigió fingiendo curiosidad. Cuando uno de ellos alzó la vista interrogándole con la mirada, pidió disculpas por la interrupción preguntándoles por la mejor manera de acceder al páramo.

Acto seguido, sin darles tiempo siquiera para fruncir el ceño, se presentó como profesor de una universidad convenientemente lejana y les contó la historia del *telescopio*, el magnífico cielo del que disfrutaban en la comarca y toda la sarta de trolas que había trabajosamente enhebrado, haciendo hincapié en que su *telescopio* era un modelo experimental realizado por él mismo -en esto no mentía- y que deseaba probarlo etcétera, etcétera, etcétera. Por último, se ofreció amablemente a enseñárselo al tiempo que invitaba rumbosamente a todos, incluyendo al camarero, a tomarse una ronda a su cuenta.

Aparentemente la ronda resultó más efectiva que la curiosidad por ver el *telescopio*, pero no obstante consiguió que el que parecía llevar la voz cantante accediera a interrumpir la partida para echar un vistazo al interior de la furgoneta mientras sus compañeros permanecían en el bar. Pero con esto le bastaba. J.P., dicho sea en honor suyo, hizo un titánico esfuerzo por mostrarse simpático frente al hosco aldeano, que no obstante pareció mostrarse satisfecho tras fisgar el armatoste que para él bien podría haber sido cualquier cosa desde una bomba nuclear a un nuevo tipo de frigorífico, fingiendo entender unas explicaciones que con toda seguridad no entendía.

Volvieron al bar y allí, delante de todos, se disculpó por la tosquedad del diseño del *telescopio*, arguyendo que al ser un prototipo lo importante era que funcionara y que más adelante se resolvería la cuestión del diseño. Por último, concluyó su representación interesándose por poder reservar una habitación, ya que si bien pasaría toda la noche a campo abierto, necesitaría un lugar para descansar a la mañana

siguiente. Respondió el dueño del bar que allí no había ningún alojamiento y que el hostal más cercano se encontraba en la carretera principal, a unos veinte kilómetros de allí, pero tras un rápido gesto del cabecilla que no pasó desapercibido a J.P. se desdijo afirmando que, puesto que volvería cansado después de pasar toda la noche en vela y no era cuestión de conducir tantos kilómetros sin haber dormido, podría prepararle una cama en su casa y también un sustancioso desayuno.

Agradeció J.P. el favor concertando el precio del servicio ante la mirada atenta de los parroquianos y, puesto que ya era mediodía, le preguntó si podía darle algo de comer, a lo que accedió éste. Una hora más tarde, cuando tras el postre saboreaba una copa de brandy peleón -no lo había mejor en el establecimiento-, era consciente de que había logrado vencer la desconfianza de los lugareños a cambio eso sí -de esto se encargó uno de los jugadores, que se escabulló sigilosamente del bar- de que todo el pueblo se enterara de la vida y milagros del visitante. Pero esto no sólo no le importaba sino que le daba garantías de haber logrado su objetivo.

La tarde se le hizo larga, puesto que en el pueblo no había nada que ver y la iglesia, el único lugar que podía tener cierto interés, estaba cerrada a cal y canto. Podría haber preguntado por el vecino que siempre tenía la llave, pero aparte de que el arte no le interesaba sobremanera -lo había pensado como una manera de matar el tiempo-, no quería correr el riesgo de que le consideraran sospechoso de ser un ladrón de obras de arte. Quizá fuera paranoico pensarlo, pero resultaría prudente evitar cualquier gesto que pudiera poner en riesgo su verdadera misión. El problema era el calor, así que volvió al bar a tomar una cerveza.

Cuando el sol comenzó a declinar estimó que era un buen momento para subir al páramo, puesto que sería preferible llegar allí todavía con luz del día. Estaba abriendo la puerta de la furgoneta cuando se le acercó por detrás uno de los jugadores del bar -no era el mandamás, sino otro que no había abierto prácticamente la boca durante toda la conversación- ofreciéndose a acompañarle hasta su destino, ya que el camino conducía directamente al yacimiento de las icnitas y si quería dirigirse a otro lugar del páramo -J.P. hizo un gesto afirmativo con la cabeza- tendría que recorrer el último tramo campo a través, por lo cual convenía que le guiara alguien que conociera el terreno para evitar un posible percance con la furgoneta, que al fin y al cabo no era un vehículo todoterreno. No es que el suelo fuera muy accidentado, añadió, pero había pequeños socavones que podrían dañarle una rueda o bien dejarle atrapado.

J.P. accedió encantado, ya que así mataba dos pájaros de un tiro. Aunque disponía de un mapa topográfico -guiarse por GPS en esos andurriales era una pura entelequia-, su interlocutor tenía razón al recordarle el riesgo de tropezar con algún obstáculo; además, con esta solapada vigilancia lograría vencer las últimas reticencias de los

lugareños, a los que aparentemente no les importaba en absoluto lo que pudiera hacer ese chiflado siempre y cuando no se acercara a las icnitas.

Incluso pudiera ser que lo sometieran a una discreta vigilancia, algo que le convenía puesto que lo que le vieran hacer no desdeciría su historia, y ni siquiera se enterarían de cuando el cronoscopio se esfumara para volver a materializarse un instante después. Eso sí, tendría que permanecer toda la noche sentado en el incómodo asiento que había instalado en su interior... o no, puesto que siempre podría decir que el *telescopio* era automático -lo raro sería que no lo fuera- y que no necesitaba permanecer en éste salvo de vez en cuando para vigilar los controles. Sin duda, la furgoneta sería más cómoda.

Su guía se mostró taciturno, por naturaleza o por precaución, respondiendo con el mínimo de palabras posibles a las preguntas que le hizo, que tampoco fueron muchas. Cuando le manifestó su pesar por crearle un trastorno, ya que debería volver andando hasta el pueblo, éste le dijo que no se preocupara, que estaba acostumbrado a triscar por el monte y el paseo no le iba a suponer la menor molestia. Además así podría ayudarle a sacar el telescopio de la furgoneta, ya que parecía pesar bastante.

"*Y luego tildan a los de pueblo de tontos* -se dijo J.P.-. *Éstos saben hilar fino para tenerme vigilado de una manera sutil. Lo que no sospechan, es que a mí me interesa que obren así.*"

Y ciertamente le resultó útil. Primero siguieron el camino, pero una vez llegados a la meseta su compañero le propuso abandonarlo ya que desde allí éste se dirigía al yacimiento.

-No creo que necesite colocarse al lado de la valla -le explicó-, y además no está permitido entrar sin autorización.

Blanco y en botella. J.P. le respondió que lo único que quería era encontrar un terreno suficientemente llano para asentar el *telescopio* sin que cojeara o quedara torcido, ya que se trataba de un aparato muy sensible -esto último era verdad-, pero que por lo demás le daba igual un sitio que otro.

Asintió éste y le indicó que se saliera del camino, guiándole por los lugares menos accidentados. Finalmente llegaron a un lugar, casualidad o no situado al otro extremo de donde se encontraba el yacimiento, que J.P. consideró idóneo. El terreno, de dura piedra mesozoica tal como pudo apreciar con agrado, era llano y sólo estaba salpicado por unos cuantos raquíticos matojos ya secos. Así pues paró la furgoneta y entre ambos bajaron el cronoscopio -comprobó aliviado que a él solo le habría costado trabajo hacerlo- y lo colocaron vertical, a modo de estrambótica cabina telefónica, calzándolo con piedras para compensar las pequeñas irregularidades del terreno.

Acto seguido sacó una escalera y se puso a fingir que orientaba cuidadosamente la antena parabólica, pese a que ésta era un mero adorno. Al mismo tiempo, dio las gracias al vecino comunicándole que ya no necesitaba su ayuda.

Éste asintió, ofreciéndose a volver a la mañana siguiente para ayudarle a desmontar el aparato. Nueva prueba de que pretendían mantenerlo vigilado, pero eso era algo que no tenía la menor importancia; a la mañana siguiente ya habría vuelto de su viaje al pasado -en realidad tendría que pasar toda la noche fingiendo realizar observaciones astronómicas-, por lo que poco importaba que hubiera alguien apostado en el camino, invisible desde donde se encontraba, para asegurarse de que no se acercara al yacimiento paleontológico, algo que no tenía la menor intención de hacer.

Ya de vuelta al pueblo se limitaría a desaparecer de allí; si querían que buscaran al falso astrónomo, aunque no pensaba que lo hicieran. De hecho dudaba de que se hubieran tragado su historia, pero lo que sí había quedado claro es que mientras su yacimiento estuviera a salvo no les importaban lo más mínimo las extravagancias que él pudiera hacer. Y todos contentos.

Una vez que se quedó solo se puso a esperar que cayera la noche. En realidad no tenía ninguna necesidad de hacerlo, aparte de que no podía prever -la precisión del cronoscopio no llegaba a tanto- la hora del día a la que llegaría al Cretácico; pero como sospechaba que estaría sometido a una discreta vigilancia, prefirió comportarse tal como lo hubiera hecho un astrónomo auténtico. Además, la oscuridad nocturna -evidentemente había elegido una noche sin luna- ayudaría a que la desmaterialización del cronoscopio pasara desapercibida a cualquier posible observador; aunque el lapso de tiempo entre ésta y la materialización posterior fuera mínimo, siempre sería más seguro asegurarse.

Aunque la puesta en marcha del equipo requería tan sólo unos minutos, dado que todavía había suficiente luz se puso a fingir que estaba atareado entrando y saliendo de la cabina y toqueteando ostensiblemente todos los objetos de atrezzo. No era consciente de ello, pero no carecía de dotes de actor.

La espera se le hizo eterna, así que cuando las primeras estrellas comenzaron a brillar en el firmamento se encontraba ansioso por realizar el experimento. La noche era ideal, tan oscura que tuvo que encender la linterna para recorrer la escasa distancia que separaba la furgoneta, donde se había refugiado para rumiar su impaciencia, del cronoscopio. Todo perfecto y a salvo de testigos indiscretos, puesto que el cronoscopio era imposible de ver apenas a unos pocos metros.

Sintiéndose embargado por un estado de ánimo cercano al frenesí, un nervioso J.P. entró en la cabina cerrando cuidadosamente la puerta, se sentó frente a los controles y procedió a conectar su genial invento. Una vez que la pantalla estuvo encendida utilizó

el teclado -siempre le habían repelido las pantallas táctiles- para activar los distintos menús, hasta que finalmente llegó el momento histórico de pulsar el botón que le conduciría al pasado y a la consecución de una de las mayores gestas de la historia de la ciencia.

Lo hizo sin la menor vacilación.

Por desgracia para él, nunca llegó a su lejano destino. O mejor dicho sí lo hizo, pero no pudo saberlo ya que su triunfo científico vino acompañado de su muerte instantánea, lo cual fue una verdadera desgracia al verse privada la humanidad de una mente tan preclara como la suya.

Y lo triste del caso es que todo se debió a un absurdo olvido de alguien que había considerado meticulosamente todos los posibles inconvenientes encontrando la manera de solventar todos ellos, como sin duda habría resuelto éste de haber caído en la cuenta de su existencia. Pero nadie es perfecto, y J.P. no fue una excepción.

¿Que pudo suceder para que se frustraran sus cuidadosos planes? Pues que los árboles no dejaron ver el bosque o, mejor dicho, que los árboles ocultaron a uno, uno solo, que fue el responsable de su trágica muerte.

J.P. había tenido en cuenta casi todos los posibles factores que podrían haber influido en el lugar de aparición de su cronoscopio, asegurándose de que no se encontraría en mitad del vacío ni de que fenómenos geológicos como la erosión, la orogenia, los terremotos o el vulcanismo pudieran afectarlo. Había buscado un terreno que permanecía inalterado desde el período Cretácico. Su vehículo tenía un margen de seguridad razonable para evitar posibles interpenetraciones en el terreno sólido o caídas desde el vacío. Estaba previsto casi todo... pero no todo. Y fue ese detalle, el único que no consideró, el que provocó la catástrofe. Se trataba de la deriva continental.

Parece increíble que algo tan obvio se le hubiera podido pasar por alto a una mente tan preclara como la suya, pero probablemente fue por eso por lo que ocurrió. Lamentablemente J.P. no tuvo en cuenta -ni siquiera se le debió de pasar por la imaginación- que los continentes se mueven, poco a escala humana pero mucho a escala geológica. La antigua Pangea ya se había fragmentado en el Cretácico en dos supercontinentes, Laurasia y Gondwana, y durante este período se fueron perfilando los continentes actuales al mismo tiempo que se desplazaban a causa de la tectónica de placas, ensanchándose el Atlántico mientras Australia y la India realizaban un largo periplo que las llevaría a sus ubicaciones actuales.

En consecuencia, la meseta en la que había instalado J.P. su cronoscopio, aunque ya existía ochenta millones de años atrás y había variado muy poco desde entonces, en el Cretácico Superior no se encontraba en esas coordenadas geográficas sino bastante

alejada de ellas. Y quiso la mala suerte que lo que ocupara entonces su lugar fuera una cadena montañosa ahora muy erosionada y distante, pero entonces formada por unos imponentes picos que se alzaban centenares e incluso miles de metros por encima de la cota a la que aparecieron J.P. y su vehículo.

Así pues sucedió lo inevitable y sin posibilidad alguna de evasión, puesto que las entrañas pétreas de la montaña en cuyo corazón se materializaron se extendían en todas direcciones mucha más distancia de la que era capaz de salvar el sistema de desplazamiento del cronoscopio. Y puesto que una de las leyes básicas de la física es el principio de impenetrabilidad de los cuerpos sólidos, las consecuencias fueron inmediatas provocando la muerte fulminante del intrépido investigador, aplastado hasta el último átomo por la mole pétrea que se materializó en el propio interior de su cuerpo.

A la mañana siguiente lo único que encontraron de él fue la furgoneta vacía, sin el menor rastro suyo ni del *telescopio*. Una rápida inspección del yacimiento de icnitas demostró que por allí no había pasado nadie, pero puesto que tampoco se le vio en el pueblo y éste era el único camino posible de vuelta, lo único que pudieron concluir fue que el excéntrico visitante había desaparecido misteriosamente y con él, y esto era lo más sorprendente su extraño armatoste.

Informada la policía no sin reticencias de los lugareños, que temían ser considerados sospechosos de su desaparición, ésta siguió todos los trámites de rigor y, pese a contar con el detallado testimonio de éstos, que efectivamente le habían estado espiando, no pudo hacer más que tomar fotografías del lugar de los hechos -muestras no encontraron ninguna, salvo las piedras colocadas para calzar el cronoscopio- y llevarse la furgoneta esperando poder encontrar alguna pista en su interior.

J.P. no había dicho su nombre a los aldeanos en ningún momento, pero en la documentación descubrieron la copia del contrato de alquiler del vehículo, lo que permitió identificarlo; pero la policía no pudo pasar de allí salvo que, al registrar su domicilio, se encontraron con una ingente cantidad de documentación -el registro de sus investigaciones- que nadie, ni siquiera los más afamados científicos del país, fue capaz de descifrar, razón por la cual acabó arrinconada en los archivos de una universidad a la espera de que un expurgue periódico acabara con ella para siempre.

Puesto que J.P. carecía de familia y sus relaciones sociales eran virtualmente nulas, fue dado oficialmente por desaparecido y sus bienes -la vivienda, su magra cuenta corriente y poco más- quedaron retenidos a la espera de que, transcurrido el plazo de tiempo estipulado por la ley, se decretara su fallecimiento in absentia, pasando a formar parte del patrimonio público.

Y eso fue todo... ¿o quizá no? Puede que en un futuro quizá remoto un paleontólogo descubra, en el seno de una antigua roca mesozoica, los restos fosilizados

del cronoscopio y de su infortunado constructor, si es que su brusca materialización en la piedra no produjo su desintegración total. O puede que no. En cualquier caso, de lo que sí podría haber presumido J.P. es de haber disfrutado de la tumba más longeva de la historia.

LO QUE EL TIEMPO SE OLVIDÓ

Juan M. había decidido suicidarse. Doblada ya la quinta década de su vida, el balance que hacía de ella resultaba desolador. No porque le hubiera ido mal, sino porque la encontraba anodina y, todavía peor, desoladoramente frustrante.

Él siempre había sido inmune a la inmensa de los estímulos que suele mover al común de la humanidad, los cuales inducen a muchos a correr riesgos innecesarios e incluso a cometer imprudencias de consecuencias graves; a diferencia de ellos él no era ambicioso ni vanidoso, y se conformaba con llevar una vida tranquila libre de sobresaltos y con las necesidades básicas satisfechas. Tampoco tenía vicios ni se dejaba llevar por sus instintos, y como desdeñaba los hábitos mayoritarios de la gente que le rodeaba por considerarlos fútiles, ya desde su infancia se había ganado los remoquetes de raro, rancio, aburrido... algo que, por lo demás, le traía sin cuidado.

Esto no quería decir que careciera de aficiones ni de intereses; los tenía, aunque eran tan poco frecuentes que en la práctica no los podía compartir con muchos. Sobre todo, lo que le gustaba era escribir y pensaba que no lo hacía mal, habiendo acariciado en su juventud el deseo de convertirse en un escritor profesional no tanto por la fama personal, ya que le repelía perder su anonimato, como por la aceptación de sus obras. Aparte, claro está, de la satisfacción de poder vivir de ello, y a ser posible bien, en lugar de verse sometido al yugo de un trabajo que no le satisfacía en absoluto y cuyo único acicate era el cobro de la nómina a final de mes.

Huelga decir que nunca lo consiguió, máxime en el seno de una sociedad que había convertido en ídolos a individuos tales como futbolistas de encefalograma plano, “famosos” entronizados por la telebasura o los recién llegados “influencers” -para empezar odiaba el barbarismo- especializados en no hacer absolutamente nada útil. Pero en lo que se refería a la cultura en general y a la literatura en particular, salvo en casos excepcionales, resultaba más probable ganar el premio gordo de la lotería que hacer de ella tu modo de vida.

Esta cruda realidad le frustró durante mucho tiempo antes de revestirse con la coraza del escepticismo, la cual si bien le protegía de esperanzas baldías, supuso la sentencia irrevocable de sus antiguas esperanzas.

No obstante continuaba escribiendo, aunque sólo fuera por satisfacción propia. Pero como todo tiene un límite llegó el momento en el que se hartó no sólo de escribir, sino también de seguir viviendo en una sociedad cuya deriva cada vez le desagradaba más. Así pues, decidió adelantar lo que de todos modos tarde o temprano sería inevitable.

Dicen que muchos suicidios, consumados o fallidos, son fruto de un arrebato momentáneo en el que la razón cede frente a una exaltación repentina. Será así, pero en el caso de Juan M. la voluntad de hacerlo fue no sólo premeditada, sino también minuciosamente estudiada. Tras atar con cuidado todos los cabos sueltos -carecía de familia cercana, y con la lejana no mantenía el menor vínculo- procedió a dar el paso definitivo con el que diría adiós al despreciable mundo.

Asimismo planeó con sumo cuidado la manera de poner fin a su vida. Por supuesto rechazaba de plano cualquier método teatral o morboso tales como tirarse por la ventana -vivía en un sexto piso-, arrojarse al tren, provocar una explosión de gas, estrellarse con el coche contra el pilar de un puente o el clásico de cortarse las venas, mientras el tiro en la cabeza quedaba descartado por la dificultad de conseguir un arma de fuego; lo último que pretendía era convertir su muerte en un espectáculo para gañanes. Por supuesto tampoco deseaba padecer sufrimientos innecesarios; que quisiera poner fin a su vida no le convertía en un masoquista. Su muerte tendría que ser, pues, tranquila, discreta e indolora.

Finalmente se decantó por un método tradicional y silencioso, el veneno. Pero no serviría cualquiera, lo que descartaba a los más comunes y fáciles de conseguir; no era cuestión de beberse una botella de lejía o atracarse de matarratas. Estaba la opción de una sobredosis de medicinas, pero no conocía lo suficiente ni cual podría ser la más adecuada, ni la dosis ni el tiempo que tardaría en hacer efecto, por lo que no se arriesgó a hacerlo. El monóxido de carbono decían que provocaba una muerte dulce, pero según tenía entendido la misión del catalizador de los coches era precisamente la de eliminarlo de los gases de escape, y tampoco tenía en casa un brasero de carbón o una chimenea que le permitieran generarlo.

Lo ideal sería recurrir al cianuro o a algún otro compuesto de efecto similar, pero tropezaba con el mismo inconveniente que con el arma: la dificultad para conseguirlo, ya que no era cuestión de ir a una droguería a comprarlo. Pero como poseía ciertos conocimientos de química, consultando internet pudo esbozar un método sencillo para obtenerlo a partir de una cantidad suficiente de almendras amargas.

En contra de lo que se pueda pensar, el cianuro no es peligroso mientras está disuelto en agua siempre que ésta no presente un pH ácido. Pero cuando reacciona con un ácido produce ácido cianhídrico, un gas venenoso que puede provocar la muerte por inhalación. No obstante, resultaría más efectivo beber una disolución de cianuro para que su reacción con el ácido clorhídrico del estómago generara el ácido cianhídrico en el interior del aparato digestivo.

Ésta fue la opción elegida. Acumular una cantidad suficiente de almendras amargas -había leído que se necesitarían varios kilos para conseguir una dosis letal de cianuro- fue relativamente fácil, aunque acabó hartándose de comer toda la fruta -melocotones,

albaricoques, ciruelas, cerezas- que tuvo que comprar para conseguir los huesos suficientes para extraer de ellos las almendras. Siguiendo recetas fáciles de conseguir en los manuales de química, machacó las almendras obteniendo de ellas un lixiviado que, sometido a destilación y concentración, se convirtió finalmente en una disolución de cianuro potásico -o sódico, pero eso daba igual- con una concentración de veneno muy superior, según sus cálculos, a la necesaria para mandarle al otro mundo de forma indolora y rápida.

Ya estaba casi todo hecho. Tan sólo quedaba beberlo, pero también aquí decidió seguir un ritual. Sentado en su sillón más cómodo -para una vez que te mueres lo normal es buscar la manera de hacerlo lo mejor posible-, sobre una mesita vecina tenía al alcance de su mano el vaso con el cóctel mortal, al que en un toque de sibaritismo había añadido un sabor de su agrado para contrarrestar su amargor natural.

Al lado del vaso reposaba un sobre cerrado en el que explicaba las razones de su decisión sin entrar en detalles que a nadie importaban, haciendo especial hincapié en el método seguido y en la manera en la que había obtenido la ponzoña para evitar que se ensañaran con su cuerpo. No era que le importara demasiado, total él no se iba a enterar, pero le desagradaba pensar que pudieran someterle a tratos que él consideraba vejatorios.

Y eso era todo. Puesto que no tenía herederos se libraba del engorro de disponer de sus magros bienes, con lo cual otro problema menos. Allá se las arreglaran, y quien se quedara con ellos, probablemente el estado, tampoco sacaría mucho partido de ellos.

Alea jacta est, se dijo para sus adentros, expresión sin duda mucho más elegante que el manido *Adiós mundo cruel*. Tan sólo un breve lapso de tiempo le separaba de la nada, puesto que como buen escéptico estaba convencido de que tras la muerte no iba a encontrarse con ningún mundo sobrenatural.

Alargaba ya la mano para coger el vaso cuando una estentórea voz exclamó:

-¡Espere! ¡No lo haga!

A punto estuvo de derramarlo por el sobresalto. ¿Cómo era que alguien había podido colarse en su casa? Había tomado todas las precauciones posibles, nadie estaba al corriente de sus intenciones y, por supuesto, la puerta estaba cerrada. De hecho, se había asegurado de hacerlo con ésta y con todas las ventanas dado que no deseaba que le descubrieran antes de que el cianuro hubiera ejecutado su trabajo.

Finalmente pudo depositar el vaso en la mesita sin derramar su contenido, pudiendo comprobar que tenía frente a él a un intruso ataviado con estrambóticos ropajes que parecían sacados de una película de ciencia ficción de serie B, incluido el casquete de aspecto metálico que a modo de verdugo le cubría toda la cabeza a excepción de la cara.

-¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha entrado en mi casa? ¡Váyase ahora mismo o llamo a la policía! -sólo después de su última amenaza cayó en la cuenta de que, de hacerlo así, su intento de suicidio se iría al garete.

-Tranquilícese, señor M., y ante todo le ruego que disculpe mi irrupción, por lo demás necesaria. Tan sólo deseo hablar con usted antes de... antes de que se beba ese vaso.

-¿Cómo ha entrado? -volvió a repetir furioso.

-Simplemente me materialicé. Basta con introducirse en la máquina teleportadora, marcar las coordenadas espacio-temporales, pulsar el botón y llegar al destino, aunque como cabe suponer disponemos de unos sensores que nos permiten ver el lugar donde nos vamos a materializar, no es cuestión de hacerlo en una situación imprevista o incluso peligrosa.

-¿Pretende engatusarme con esa verborrea y ese disfraz de ciencia ficción barata? Eso es algo imposible.

-Lo es ahora, pero no en el futuro. Procedo del siglo XXVIII, y allí disponemos de máquinas para trasladarnos por el espacio, por el tiempo o por ambos. Se lo demostraré.

Y desapareció como por ensalmo, pese a que estaba enfrente de sus ojos, para reaparecer un segundo más tarde con un objeto en la mano que Juan M. identificó como el pantalón de un pijama que debería estar guardado en un cajón de la cómoda.

-¿De dónde ha sacado eso? -pese a su forzada agresividad en realidad se sentía intimidado.

-Del segundo cajón izquierdo de la cómoda de su dormitorio, concretamente de debajo del pijama verde y encima del azul celeste. Discúlpeme por haber hurgado en sus ropas, pero es la manera más rápida que se me ha ocurrido de convencerlo.

-¿En apenas un segundo le ha dado tiempo para ir a mi dormitorio, hurgar en la cómoda, escoger un pijama y volver aquí? -la sorpresa de Juan M. era real.

-No. Ha sido un segundo de su tiempo, pero a mí me ha llevado más. Tuve que volver a la cabina de la máquina teleportadora, reajustar las coordenadas, materializarme en el dormitorio, buscar en los cajones una prenda que le resultara conocida y supiera donde estaba y repetir el proceso a la inversa; por cierto, la volveré a colocar en su sitio cuando terminemos de hablar -sonrió-. Lo que ocurre es que la máquina no sólo traslada en el espacio sino también en el tiempo, por lo que una vez que cogí el pijama volví de nuevo a la máquina retrocedí brevemente en el tiempo para

volver a aparecer aquí justo después de haberme desmaterializado, ya que no había necesidad de hacerle esperar. Fue sencillo, y espero que efectivo. ¿Me cree ahora?

-No me queda otro remedio -balbuceó el anfitrión. Y viendo que el visitante permanecía de pie, le invitó-. Pero siéntese, si vamos a hablar -hizo un gesto de resignación- es preferible que estemos cómodos.

Éste obedeció, sentándose de forma envarada en el sofá vecino al tiempo que depositaba cuidadosamente el pantalón en el cojín de al lado.

-Se lo agradezco. Podría decir que mi intervención fue oportuna, pero no sería cierto; con la máquina teleportadora es fácil elegir el momento adecuado, y pensé que éste sería el mejor. Dada su resolución por quitarse la vida de forma inminente, necesitaba que el efecto fuera contundente.

-¿Qué le hace pensar que su inesperada aparición me haya podido hacer cambiar de opinión? -preguntó suspicaz.

-No lo pienso -respondió impertérrito el intruso-. Pero sí espero conseguir convencerle de ello una vez que me haya permitido explicarle lo que vengo a decirle.

-Pues cuando quiera -Juan M. hizo un movimiento reflejo en dirección al vaso con cianuro, confundiéndolo inconscientemente con su cotidiana copa de después de la comida. Apercibido de su error, retiró la mano con brusquedad.

-Gracias de nuevo. Y para empezar, es necesario que le recuerde varias facetas de su vida que, como espero comprenderá, son conocidas en mi tiempo aunque no en el suyo... salvo por usted y quizá por algunas amistades íntimas. Nuestros registros, aunque completos, no llegan a ese grado de precisión.

-Continúe -le apremió incómodo.

-Bien, usted fue un escritor prolífico... bueno, todavía lo es. Y también frustrado, tanto que su desesperación le ha llevado al suicidio. ¿Me equivoco? Discúlpeme por la brusquedad, pero no creo que sea necesario, ni conveniente, andar con circunloquios.

-¿Cómo sabe usted eso? Jamás se lo dije a nadie. A nadie -recalcó.

-Porque usted es un escritor famoso en mi época, de hecho uno de los pocos de su siglo que han conseguido salvar el filtro del tiempo.

-¡Vaya! -Luis M. soltó una estruendosa carcajada-. Si al final resulta que acabaré siendo otro Cervantes... por desgracia para mí, con unos cuantos siglos de retraso. ¿Pretende que me lo crea?

-Puede creérselo, puesto que es cierto. Consideré la posibilidad de traer algunas ediciones recientes de obras suyas; pero lo descarté, al menos en este primer contacto, puesto que el formato ha cambiado mucho, ahora los libros se leen mediante los implantes cerebrales que nos injertan al nacer y, claro está, usted carece de él, por lo que sería necesario recurrir a transcripciones que usted pueda leer. Además el idioma ha cambiado mucho en todos estos siglos y bueno... la verdad es que no entendería demasiado. No obstante, si usted accede a nuestra petición, que no es otra que la de renunciar al suicidio, existen maneras de demostrarle que no le estoy mintiendo.

-Un momento -le interrumpió escamado-. Si tanto ha cambiado el idioma en estos siete siglos, ¿cómo es que usted habla perfectamente el español de mi época? Supongo que si yo viajara en su artilugio al siglo XIV, aunque ya para entonces se hablaba castellano me notarían raro al hablar, ¿no?

-En efecto -sonrió el del verdugo-. Pero como cabe imaginar, los prospectores aprendemos previamente el idioma de la época que vamos a visitar, aunque sería más preciso decir que lo asimilamos... por el implante cerebral evidentemente.

-Ya. Bien, admitamos como hipótesis todo esto que me acaba de decir. Resumiéndolo, nos encontramos con que, por una extraña e inesperada conjunción de acontecimientos yo, Juan M., un oscuro escritor aficionado que jamás se ha jalado una rosca, al cabo de mucho, mucho tiempo me he hecho famoso o, mejor dicho, mis relatos se han hecho famosos hasta convertirme en un venerado clásico. ¿Voy bien?

-Disculpe, ¿qué significa jalarse una rosca? -le interrumpió el viajero del futuro sin percatarse del tono irónico de su interlocutor-. Aunque los programas de asimilación idiomática son muy precisos, me temo que algunas locuciones excesivamente coloquiales se les debieron de escapar a los programadores. ¿Acaso se refiere a una falta de éxito, como creo deducir por el contexto?

“Este tío es idiota” -pensó Juan M. al tiempo que asentía con la cabeza.

-En efecto -corroboró en voz alta-. Pero no por ello me considero un escritor mediocre; me refería al conocimiento de mi obra, que ha sido literalmente nulo, ya que sigo pensando que no soy tan malo como para merecerme este ostracismo... pero la sociedad, al menos la de ahora, premia cualquier cosa menos el talento.

-Tiene usted toda la razón -¿le estaba dorando la píldora o era sincero?-. Pero casos como el suyo hay a montones a lo largo de la historia. Antes ha citado a Cervantes, un escritor que en mi época sigue siendo popular o al menos lo es el Quijote; pero como supongo que usted sabrá, durante toda su vida vivió, si no en la pobreza, sí con grandes apreturas, y ni siquiera el éxito de la primera parte del Quijote que le llegó casi a los sesenta años, una edad ciertamente avanzada para su época, le sirvió para mejorar

suficientemente sus ingresos. De hecho, murió pobre tan sólo un año después de haber publicado la segunda parte. Su fama, su inmensa y merecida fama, le llegó póstuma.

Hizo un gesto interrumpiendo la respuesta de Juan M., el cual desconfiaba de la sinceridad de su comparación con el escritor alcalaíno, y continuó:

-Pero no es en modo alguno un caso único, ni tampoco el más sangrante. Dentro de la literatura tenemos a su compatriota Gustavo Adolfo Bécquer y a otros como Edgard Allan Poe, Franz Kafka, Emily Dickinson, John Kennedy Toole, H. P. Lovecraft... y muchos más. También ocurrió lo mismo en la pintura, con los conocidos casos de Vincent van Gogh, El Greco, Johannes Vermeer, Gauguin o Toulouse-Lautrec o los de compositores de la talla del Padre Soler, Schubert e incluso el mismísimo Bach, que no alcanzaron su prestigio hasta después de su muerte. Le hablo de personajes que usted conoce, aunque como cabe suponer durante los siete siglos que nos separan han existido muchos más.

-Bien, aceptemos su palabra de que yo me cuento entre ese grupo de privilegiados aunque sea con tanto retraso. ¿Pero qué tiene que ver esto con su empeño en impedir mi suicidio? Por cierto -continuó- ahora que caigo, ¿cómo demonios se me puede conocer, bueno, a mis obras, si he tenido la precaución de borrar previamente todas mis obras, tanto de mis ordenadores y discos duros como de internet? Yo no le pedí a ningún amigo que las destruyera tal como hizo Kafka, lo hice personalmente y le aseguro que puse mucho cuidado en ello.

-Subestima usted nuestra capacidad tecnológica, al igual que en el siglo XIV no podrían haber imaginado siquiera la del siglo XXI. Sus obras no se perdieron, al menos no en su totalidad. Tras su muerte el estado se hizo cargo de sus bienes y encargó a los servicios informáticos de la policía que estudiaran sus equipos para ver si podían averiguar más razones sobre los motivos que le habían llevado a quitarse la vida. Pura rutina, pero quiso el azar que uno de los encargados de hacerlo fuera aficionado a la literatura y al entrar en los discos duros, que usted creía haber borrado, no le fue difícil recuperar buena parte de la información que contenían, incluido un buen puñado de relatos. Tras leerlos le parecieron suficientemente buenos para que se perdieran, y se los envió a un editor amigo suyo que opinó lo mismo que él, con el añadido de que éste encontró un buen reclamo comercial en las circunstancias en que llegaron a sus manos.

-O sea, igual que ocurrió con John Kennedy Toole y su novela La conjura de los necios, que no fue publicada hasta después de que se suicidara, desesperado por no haber logrado que se la publicaran en vida... por cierto, al noveno intento de su madre -ironizó Juan M.

-Bien pensado, la verdad es que se trata de casos bastante similares, con la diferencia de que usted fue, perdón, quería decir es, mucho más prolífico que él, que tan

sólo llegó a escribir dos novelas; y que tampoco tuvo necesidad de esperar hasta el noveno intento.

-Vamos a ver -zanjó el escritor, vacilando entre los sospechosos halagos y su deseo de terminar de una vez por todas-. Aquí hay algo que no me cuadra y le advierto, aunque usted ya lo sabrá si ha leído mis relatos, que soy aficionado a la ciencia ficción y por lo tanto estoy bastante de vuelta de todas las posibles especulaciones sobre los viajes por el tiempo.

-Dígame de qué se trata -respondió el visitante sin pestañear-. Al fin y al cabo es para eso por lo que he venido.

-En realidad son dos puntos los que no tengo claros. El primero tiene que ver con las paradojas temporales. Si ustedes son capaces de viajar a cualquier momento de mi vida, y por lo que me ha explicado deduzco que es así, ¿por qué ha esperado a este momento cuando podrían haberse puesto en contacto conmigo antes, cuando mi estado anímico no fuera éste? Asimismo, ¿no podrían haber hecho algunos pequeños ajustes para que mi obra llegara en su momento a las manos adecuadas sin necesidad de esta tragedia previa? ¿O es que necesitaba morirme para que me hicieran caso?

-Intentaré explicárselo. Ya le he dicho que mi misión era precisamente la de evitar que se suicide. En cuanto a por qué elegimos este momento en lugar de otro menos... traumático, me temo que la razón es mucho más complicada y usted carece de la formación científica necesaria para entenderla; tenga en cuenta que todavía faltan varios siglos para que García-Ndong desarrolle la Teoría Cronológica, y eso fue tan sólo el principio de todo.

Hizo una pausa y continuó:

-Podemos imaginar al tiempo como un flujo continuo, un río si lo prefiere, pero este flujo no es constante ni uniforme, sino que se comporta de una forma similar a lo que los físicos de su época denominan régimen turbulento. Esto se traduce en que no todas las coordenadas espacio-temporales son igual de accesibles, ya que si bien hay remansos por seguir con el símil de un río, también nos podemos encontrar con rápidos, torbellinos, ciclones e incluso con zonas de caos total que no es posible visitar. Y también existen lugares donde, aunque podemos llegar, el equilibro es tan frágil que podría romperse con la mínima perturbación. Tenga en cuenta que por encima de todo hemos de evitar todo lo que sea capaz de alterar la historia o, todavía peor, que la conduzcan a un bucle sin fin.

Tras una breve interrupción, que aprovechó para sentarse más cómodamente, prosiguió:

-Por esta razón los viajes por el tiempo, o por el espacio-tiempo para ser más precisos, son estudiados minuciosamente antes de ser autorizados, y asimismo están completamente regulados para evitar accidentes o intervenciones imprudentes e incluso criminales, como ocurrió en los primeros tiempos de su desarrollo. Mi visita aquí y ahora no es fruto de la casualidad, se debe a la existencia de una ventana de estabilidad adecuada... lo cual resultó una suerte para nosotros.

-Lo segundo que quería preguntarle -le interrumpió Juan M., poco convencido de la explicación anterior- es si yo soy un caso único o, como parece lógico, hayan sido más las personas visitadas por motivos similares al que le trajo a usted aquí. En definitiva, si alguno de los autores y artistas de los que hablamos, u otros, se vieron en una situación similar a la mía; porque gracias a sus medios quizás ustedes podrían haber evitado, pongo por caso, que Evariste Galois se llevara a la tumba sus descubrimientos matemáticos por culpa de un desafortunado duelo, o que se perdieran incontables documentos y obras de arte por incendios, catástrofes naturales o guerras y saqueos cuanto menos desde la Grecia clásica -tan sólo los libros perdidos de la Biblioteca de Alejandría fueron un botín extraordinario- hasta ahora.

-Lamentablemente, no es tan sencillo como usted piensa -negó el visitante del futuro con la cabeza-. Ya le he explicado que el flujo temporal es extremadamente complejo y distamos mucho de entenderlo bien. Son muchas las sondas que hemos perdido al intentar explorar una época y un lugar determinados, y más de uno de nuestros prospectores desapareció sin dejar rastro. Pero sí es cierto que hacemos cuanto podemos para preservar y rescatar no sólo aquellos elementos de interés que se perdieron a lo largo de la historia, sino también esos otros que por circunstancias adversas ni siquiera llegaron a salir de la mente o de las manos de sus creadores, como fue el caso de Galois que usted ha citado aunque aquí no logramos evitar su prematura muerte.

-Lo primero lo entiendo, basta con viajar al pasado y conseguir una copia o fotografías de lo que sea -rezongó Juan M. levantándose de su asiento y poniéndose a pasear nerviosamente por la sala-; pero lo segundo no. A no ser que... -se interrumpió.

-Ha acertado -concedió ladinamente el otro-. Y éste es precisamente su caso. Entre lo que se preservó tras su muerte y lo que conseguimos recuperar posteriormente, aunque sería más exacto decir con anterioridad a mi visita -sonrió-, disponemos de la práctica totalidad de su producción literaria. Pero lo que nos falta, y no podremos disponer de ello si usted persiste en sus planes, es lo que habría escrito en todos los años que le quedarían de vida desde este momento hasta que tuviera lugar su muerte digamos... natural. Y aquí no se trata de evitar un duelo, sino de convencerle para que no renuncie prematuramente a la vida.

-Salvo en el detalle de la existencia de un segundo implicado, el duelista rival, no veo mayor diferencia entre Galois y yo -objetó con tozudez volviéndose a sentar, aunque en otro sillón-. En la línea original del tiempo, llamémosla así, ambos fallecemos. Por lo tanto, evitar que él lo hiciera en un duelo, que yo me beba el cianuro o, si lo prefiere, que Mozart falleciera prematuramente dejando sin terminar su Réquiem, o que Sócrates tomara la cicuta, supondría una alteración de la historia en todos los casos, ya que en sus libros de historia o el equivalente que tengan de ellos, estará escrito que todos hicimos mutis por el foro en el lugar y el momento indicados. Y por lo que yo he leído de ciencia ficción, aunque se trate de meras especulaciones literarias, modificar la historia podría acarrear consecuencias indeseables. ¿Me equivoco?

-No se equivoca; su razonamiento es no sólo correcto, sino también acertado -el aplomo del visitante comenzaba a resultarle cargante-. Pero me veo en la obligación de volver a recordarle lo que dije antes. Para empezar, sólo podemos actuar donde las condiciones del flujo temporal lo permiten, lo cual no ocurre siempre. E incluso cuando esto es posible, debemos sopesar minuciosamente todas las posibles consecuencias de la alteración sin que nos sea posible contar con la certeza de los resultados, dado que trabajamos siempre con probabilidades. En consecuencia, sólo en determinados casos podemos intervenir alterando el futuro sin que, por decirlo coloquialmente, corramos el riesgo de meter la pata.

"Parece que sí se ha aprendido nuestra jerga" -se dijo Juan M.-. Y ya en voz alta, añadió:

-De sus palabras deduzco que mi vida, o mi muerte, resultan tan insignificantes de cara a la historia que no ocurriría nada importante si cambiara mi futuro... salvo para mí, claro.

-Lamento que me haya entendido mal, pero no he pretendido decir eso. Alguien insignificante puede alterar drásticamente el futuro si, por ejemplo, atropella a quien estaba destinado a alcanzar relevancia histórica; y viceversa, por supuesto. Usted, ya se lo he explicado, morirá en el anonimato tanto si lo hace ahora como si sobrevive más o menos años, ya que su celebridad no llegará sino hasta mucho después de cualquiera de las dos alternativas, en realidad no antes de que se descubran los viajes temporales. Por esta razón aquí sí podemos intervenir ya que la diferencia entre uno y otro caso, haciendo excepción de lo que le afecta personalmente, se referirá exclusivamente a su obra literaria, más larga y más madura en el segundo de ellos. Claro está que siempre puede surgir algún imponderable no previsto que frustre nuestros planes, hay que tener en cuenta que la estadística nunca proporciona una certeza absoluta, aunque en su caso particular las probabilidades son lo suficientemente altas como para que merezca la pena intentarlo.

-Ya lo veo... -musitó el escritor levantándose de nuevo-. En realidad ustedes no tienen modo de saber, de hecho ni siquiera lo tengo yo, lo que podría llegar a escribir en los años que me queden de vida suponiendo que no me suicide ahora -y ante el mudo asentimiento de su interlocutor, continuó-. Simplemente dan por hecho que seguiría escribiendo y que cada vez lo haría mejor. ¿Me equivoco? Aunque también podría ocurrirme como a Rossini, que se jubiló con treinta y siete años dedicándose el resto de su vida, y murió a los setenta y siete, al *dolce far niente*.

-Éste es un riesgo que estamos dispuestos a correr -sonrió ligeramente el hombre del futuro-. Porque...

-¡Pues yo no! -le interrumpió violentamente Juan M.-. ¡Y por mí pueden irse todos al diablo!

Abalanzándose sobre la mesita donde reposaba el olvidado vaso, lo asió bebiéndose de un trago su contenido ante la mirada aterrorizada del visitante, que pese a intentar impedírselo no logró su objetivo. Instantes después, lo que sostenía entre sus brazos era tan sólo un cadáver.

-¡Maldita sea! -exclamó abandonando su anterior compostura, al tiempo que soltaba al inerte cuerpo como si fuera un fardo y se arrancaba de un zarpazo el verdugo que albergaba un sofisticado sistema de grabación-. ¡Se me ha vuelto a escapar!

Poco le quedaba por hacer allí, por lo cual tras asegurarse que no dejaba tras de sí ningún rastro de su presencia y colocar al difunto escritor en una postura más digna para un suicidio, ordenó a su implante que le trasladara de vuelta a la cabina de la máquina teletransportadora.

Seis veces con ésta eran las que había intentado convencerle de que no se suicidara, y otras tantas había fracasado. Lo cual, para un agente en prácticas como él, podía suponer una considerable traba de cara a su promoción profesional, condenándole a dedicarse a trabajos de poca monta.

Eso sin contar con las previsibles burlas de sus compañeros, que ya se habían ensañado con sus desdichas sugiriéndole propuestas tan peregrinas como la de traerse con él de vuelta a Juan M. a ver si así lograba convencerle, cambiarle el cianuro por una limonada e incluso, los más zumbones, que fuera a visitarlo al infierno, círculo de suicidas, quinta planta galería derecha, para pedirle todo lo que hubiera escrito desde que residía allá abajo.

Y eso pesar de que, si bien no le había engañado, sí había silenciado cuidadosamente todo aquello que hubiera podido obstaculizar su labor, empezando por que el organismo cronoexplorador para el que trabajaba no era académico ni gubernamental, sino una empresa privada -el adjetivo multinacional había dejado de

tener sentido hacía siglos, pero su espíritu seguía siendo el mismo- cuyo modus operandi consistía en saquear el pasado para vender el fruto de su expolio al mejor postor.

Expolio cultural y sólo aquél que pudiera ser convertido en información digital, ya que la cronomáquina no podía trasladar, por complejas razones físicas y tecnológicas, ningún objeto material a excepción del propio operador. Pero eso era algo que importaba poco a los habitantes del siglo XXVIII, acostumbrados desde hacía generaciones a interaccionar con metaversos o entornos virtuales con preferencia a la realidad cotidiana.

Para satisfacer la demanda toda una pléyade de agentes se había dedicado a remontar los meandros del tiempo, en busca de nuevos trofeos con los que aportar distracción a sus ociosos contemporáneos y jugosos beneficios a sus empresas y a ellos mismos, copiando con sus sofisticados instrumentos todo tipo de textos, partituras, cuadros, esculturas y recreaciones virtuales de edificios convertidos hacía mucho en polvo por el inexorable discurrir de los milenios. Así habían logrado acumular un ingente patrimonio disponible para todo aquél que tuviera interés en disfrutarlo y estuviera dispuesto a pagarlo.

En inacabables bancos de memoria estaban almacenada gran parte de la producción literaria, artística, cinematográfica y musical de la humanidad, y hasta el más longevo habitante de una época en la que todos lo eran, habría necesitado infinidad de vidas para poder disfrutar tan sólo de una parte insignificante del total.

A pesar de lo cual, nunca era suficiente. Los ociosos y caprichosos habitantes del siglo XXVIII, siempre ávidos de novedades y por tales entendían todo aquello recién traído del pasado, rechazaban desdeñosamente el ingente patrimonio ya existente con independencia de que no lo conocieran, reclamando aportaciones nuevas de manera continua. Esto obligaba a los prospectores a seguir buscando material inédito, algo que cada vez resultaba más difícil incluso rebajando su calidad intrínseca.

Pero existía otra razón más, por la cual se había intentado evitar el suicidio de Juan M. Puesto que los derechos de autor -éstos no habían cambiado de forma significativa con el tiempo- pasaban a ser de dominio público transcurrido un determinado tiempo tras la muerte de su creador, el descubrimiento de los viajes por el tiempo había conducido a una situación en la que prácticamente nadie podía cobrarlos por razones obvias. Y aunque las compañías cronomineras, como se las denominaba en su jerga interna, basaban sus ingresos en las tasas por reproducción, les resultaba mucho más lucrativo todo aquello que constituyera una novedad absoluta recién traída del pasado, ya que durante un período de tiempo determinado se les reconocía la propiedad exclusiva de los derechos de autor de esos antiguos vestigios. Y como estas iniciativas eran las que más satisfacían la demanda de sus clientes, todos salían ganando.

El problema estribaba en que, para mantener el ritmo exigido por el mercado, era preciso seguir encontrando obras inéditas de autores conocidos los cuales, por lo general, ya habían sido convenientemente exprimidos, por lo que cada vez eran más difíciles de conseguir. Por ello, a alguien se le ocurrió la idea de intentar prolongar la vida de aquéllos que hubieran fallecido de forma prematura cuando todavía se encontraban en plena etapa creativa. Algo que, en esto sí había sido sincero el prospector, no siempre era posible por las razones que había expuesto al difunto Juan M.

Pero cuando estimaban que sí lo era, lo intentaban. Por desgracia para el sufrido agente, éste había tropezado con la tozudez del suicida que, empeñado en consumar su fallecimiento, había burlado todos sus intentos por evitarlo. En estos casos u otros similares, como una muerte accidental o por una enfermedad evitable, el procedimiento a seguir cuando no conseguían evitarlo consistía en volverlo a intentar de nuevo, retrocediendo en el tiempo lo suficiente para evitar que el visitado pudiera recordar lo ocurrido, que para él habría de transcurrir en su futuro, e incluso que el prospector corriera el riesgo de encontrarse consigo mismo. Lo cual, por lo general, solía aumentar las posibilidades de éxito al contar con la experiencia previa adquirida... aunque no siempre.

Y seis fallos consecutivos eran, se mirara como se mirara, demasiados fallos para una única misión. Así pues, el burlado prospector buscó frenéticamente un plan alternativo con el que poder lograr su objetivo, ya que estaban en juego tanto su carrera profesional como su prestigio. Teniendo claro, asimismo, que este nuevo intento habría de ser probablemente el último, ya que era dudoso que le permitieran siquiera intentarlo de nuevo.

Lo cual significaría el fin de su carrera profesional, viéndose relegado a tareas burocráticas sin posibilidad de volver a viajar por el pasado ni, por supuesto, de aspirar a puestos más ambiciosos. Y él no lo deseaba en absoluto, máxime cuando no se consideraba culpable del fracaso sino víctima de la mala suerte de haberle tocado un caso tan problemático, algo que, no dudaba, no sería considerado como eximente o atenuante por sus superiores.

De vuelta a la cabina de la máquina teletransportadora evitó dar la orden de vuelta a la base mientras su cerebro se convertía en un torbellino que buscaba frenéticamente una posible solución al entuerto. Aunque la cabina contaba con un campo de éxtasis que neutralizaba al tiempo, tampoco podría alargarlo mucho ya que, aunque mientras estuviera allí éste no discurriría en la base, sí existían sensores que lo registraban, por lo cual si lo dilataba demasiado éstos acabarían disparando la alarma, algo que tampoco le interesaba.

Recurrió al implante para indagar todos los detalles posibles sobre la vida de Juan M., buscando con desesperación un posible resquicio sobre el que poder actuar. Aunque todavía quedaba margen suficiente en la ventana de probabilidad que había estado utilizando, por lo que podría remontarse una o dos veces más hasta un momento anterior al de su última materialización para intentarlo de nuevo, era consciente de que eso serviría de poco ya que resultaba evidente que seguiría sin poder vencer la terquedad del suicida. Incluso corría el riesgo de que le engañara, fingiendo dejarse convencer para, una vez que se hubiera marchado, consumar su propósito. No, el problema debía abordarse desde un enfoque totalmente distinto. ¿Pero cuál?

Auxiliado por la inteligencia artificial de la cabina, por sí solo le hubiera resultado imposible, recorrió la totalidad de la información sobre la biografía literaria de Juan M. almacenada en los bancos de datos de su compañía, descartando una tras otra todas las ventanas operativas abiertas a lo largo de ésta, con desoladores resultados hasta que...

Estaba a punto de tirar la toalla cuando descubrió el que quizá fuera el único punto débil de la férrea coraza que se interponía ante sus intereses. La probabilidad de poder atravesarla era baja, pero no le quedaba otra opción, por lo que no dudó un instante en que sería eso o nada.

El problema estribaba en que él solo no podía hacerlo, por lo que necesitaría ayuda procedente de otro departamento, ya que para lo que pretendía hacer carecía de competencias. Además, sería necesario forzar un tanto los protocolos de actuación de los agentes en sus expediciones al pasado. El riesgo era grande, pero la alternativa se le presentaba aún peor.

No lo dudó. Por fortuna conocía a la persona adecuada. Y se puso en contacto con él desde la misma cabina de control puesto que el tiempo era oro, en esta ocasión de forma literal.

-¿Jann? Soy Klem. Tengo un problema que sólo tú me puedes ayudar a resolver -dadas las circunstancias, era conveniente ir directamente al grano.

-¡Hola, Klem! ¿En qué lío te has metido ahora? -saludó zumbón-. ¿Tiene que ver algo con tus tropiezos en el tema del suicidio del escritor?

-¡Vaya, sí que corren rápido las voces! -suspiró irritado-. Por lo que se ve, a estas alturas debo de ser ya el hazmerreír de toda la sección. Te envío la información por canal privado, no quiero arriesgarme a que alguien se entere de mis pretensiones. Y tampoco tenemos demasiado tiempo, no podré permanecer mucho más en la cabina antes de volver a la base.

Segundos después, Jann estaba al tanto de lo ocurrido y del plan que se le había ocurrido al prospector.

-Chico, sí que es un buen embrollo, y tu solución me parece elegante... y divertida. Supongo que eres consciente de lo que te arriesgas si se enteran arriba de tus manejos o las cosas se tuercen y no salen como has planeado; yo podría escabullirme, pero tú no.

-¿Me ayudarás?

-Sí, claro, no podía hacer menos por ti. Pero no te quiero engañar, me temo que la cosa no resultará fácil. Estamos hablando de alterar el hilo temporal de este individuo hasta bastantes años antes de la crisis...

-De eso se trata, su resentimiento acumulado durante todo este tiempo hace imposible evitar su suicidio, algo que dicho sea de paso los imbéciles de los supervisores no se molestaron en comprobar.

-Te confieso -respondió su amigo con una risita- que ésta es la razón principal por la que me atrae intervenir junto, claro está, con la de ayudarte. Estoy harto de aguantarlos, y eso que tengo la suerte de no ser un subordinado suyo. Te entiendo perfectamente, y por suerte puedo llegar hasta donde tú tienes vetado.

Jann pertenecía a un departamento conocido coloquialmente como *Los bomberos*, un arcaísmo lingüístico rescatado de la noche de los siglos que casaba muy bien con su labor de reparar -zurcir lo llamaban ellos- los desgarros y las desviaciones que en ocasiones surgían en el flujo del tiempo tras una intervención poco afortunada de los prospectores. Claro está que desde un punto de vista teórico sólo podían intervenir tras una solicitud formal de los supervisores, pero era un secreto a voces que acostumbraban a tener la tendencia a actuar de por libre, algo que se les toleraba siempre que consiguieran solucionar el desaguisado incluso aunque fuera de manera heterodoxa. Poner trabas burocráticas a quien te sacaba las castañas del fuego no solía ser una buena práctica, y los jefes de muy, muy arriba solían tenerlo bastante en cuenta.

-Mmm... Vamos a ver. Tú deduces que el tal Juan M. arrastró durante la mayor parte de su vida una frustración insufrible por no haber logrado triunfar como escritor, y que pese a que intentó sublimarla en el fondo jamás consiguió superarla, lo que le condujo irremisiblemente al suicidio. Rastreando su biografía literaria has descubierto que durante un tiempo se presentó reiteradamente a un buen puñado de concursos literarios, por considerarlos el primer paso hacia un reconocimiento de su obra, sin conseguir el menor triunfo en ellos. En consecuencia, deduces que ésta fue la verdadera raíz de su frustración y su resentimiento. ¿Me equivoco?

La pregunta era retórica, puesto que todo este planteamiento le había llegado junto con el resto de la información transmitida por su amigo. Pero Klem asintió.

-Por lo tanto, llegas a la conclusión de que dándole un discreto empujoncito, es decir, haciéndole ganar alguno de los concursos a los que se presentó en su día, se

desatascaría el problema. Pero como puedes comprobar consultándolos, todos ellos correspondían en su totalidad a convocatorias de poca monta que en su modestia poco podrían haber ayudado a promocionar la carrera literaria de un autor novel. De hecho, esto tan sólo le hubiera servido para satisfacer su ego y conseguir un dinerillo extra, por lo que dudo que esto resulte suficiente para conseguir lo que buscas. Sí, resultaría fácil intervenir para convertirlo en ganador de alguno e incluso de todos ellos, pero en la práctica no conseguiríamos gran cosa salvo quizás mitigar su indignación ante la evidencia, y no le faltaba razón, de que quienes le arrebataban los triunfos, incluyendo a los acaparadores profesionales de premios, no eran mejores que él. Pero de ahí a convertirse en un escritor profesional de éxito media un abismo.

-Evidentemente, pero yo considero esto tan sólo como un primer paso, lo suficiente para animarle a embarcarse en empresas más ambiciosas... como el Premio Satélite -soltó la bomba, puesto que este detalle no se lo había anticipado a su amigo por temor a que éste rechazara su petición.

-¿El Premio Satélite? -respondió éste, perplejo tras consultar la base de datos-. ¿Bromeas? Se trataba del premio literario más prestigioso en la lengua de Juan M., y sus ganadores solían alcanzar tal relevancia que una manipulación de su palmarés podría acarrear alteraciones impredecibles en el devenir cronológico. Klem, créeme, yo te quiero ayudar, pero no me pidas imposibles.

-¿El más prestigioso? -se burló el aludido-. Si sigues leyendo verás que no era eso, sino el más publicitado así como el más rentable tanto para el autor como para la editorial... pero tienes razón en todo lo demás. No obstante, he encontrado una excepción de la que nos podríamos aprovechar. En 20... el galardonado fue un escritor prestigioso, éste sí, ya anciano. Se discutió mucho entonces sobre la tardía concesión de un premio que se merecía desde mucho antes, e incluso se insinuó que le fue otorgado para que pudiera afrontar un costoso tratamiento médico que a la postre le sirvió de poco, puesto que falleció apenas unos meses después. Como comprenderás en poco hubieran variado su vida y su entorno de no haber quedado ganador sino tan sólo finalista. Como ganador, claro está, tendríamos a Juan M.

-¿Y qué pasaría con el antiguo finalista? No se pueden dejar cabos sueltos.

-¡Oh, fue un oscuro y oportunista cazapremios cuyo currículum era tan largo como corto era su ingenio. Te aseguro que no pasó a la posteridad con este premio, ni lo pasaría ni sin él.

-Vaya, veo que lo has estudiado bien, y además no te falta audacia. Sí, podría funcionar al menos en lo que respecta al que despojaríamos del triunfo, en la práctica poco le afectaría y su prestigio literario permanecería incólume, máxime correspondiéndole el premio de consolación, tampoco necesitaba más. En cuanto al

otro, creo lo que dices. Pero no sucedería lo mismo con tu candidato, ya que pasar de ser un oscuro escritor aficionado a convertirse en uno de los pilares de la literatura sí acarrearía cambios drásticos no sólo en su vida y de rebote en tu currículum, que en el fondo es lo que buscas -apostilló socarrón-, sino también en todo su ámbito, con ramificaciones complejas y difíciles de evaluar.

-He hecho una estimación de riesgos -respondió Klem con aplomo-. No tan precisa como las que realizáis vosotros, por supuesto, por lo que tendrías que revisarla, pero sí lo suficientemente indicativa. Y si bien es cierto que da un valor alto, por suerte no llega al rojo.

-Aguarda a que lo compruebe -solicitó Jann-. Hum, sí, se queda en el nivel naranja, aunque bastante subidito...

-¿Es viable? -preguntó temeroso su amigo.

-Viable sí, pero también complicado. Normalmente gozamos de manga ancha para intervenir cuando el nivel es verde, pero con el naranja tenemos que andar con más cuidado. No es que los supervisores se entrometan demasiado mientras no armemos un desaguisado, pero en casos como éste en los que el riesgo podría llegar a ser real...

-¿Sí o no? -urgió suplicante.

-Espera, no seas impaciente. He lanzado los simuladores, pero no resulta sencillo desarrollar un sistema tan complejo con un nivel de redundancia diez. ¡Ya está!

-¿Y...? -imploró Klem.

-Sería posible, aunque a costa de la pérdida de buena parte de la producción literaria de tu protegido -recalcó con sorna-; toda la que no llegaría a partir de la concesión del premio, dedicado probablemente a proyectos más lucrativos, y también parte de la anterior, como la que habría dejado de escribir al embarcarse en la escritura de esa novela premiada que todavía no existe salvo quizás en su imaginación. Se conservarían las copias de seguridad de todo ello, por supuesto, pero ya sabes que éstas quedan guardadas en los archivos reservados, fuera del alcance del público; no es cuestión de desorientar a lo clientes -rió.

-Supongo que, en compensación, además de la premiada escribiría más novelas ahora inexistentes... hasta su fallecimiento por muerte natural, espero.

-Es lo más probable, y cabe suponer que sean tan buenas o mejores como lo perdido; pero no sobreestimes nuestras capacidades -replicó divertido Jann-. Son elevadas, pero distamos mucho de ser dioses. La capacidad prospectiva de nuestros algoritmos tiene un límite, y no olvides que trabajamos con probabilidades, no con

certezas. Incluso con una probabilidad extremadamente alta siempre es posible una desviación indeseada... pese a que no sea fácil que ocurra. Pero el riesgo existe, aunque éste resulte ínfimo.

-Déjate de circunloquios y vayamos al grano. ¿Se puede hacer o no? O mejor dicho, porque a eso ya me has contestado, ¿estás dispuesto a hacerlo?

-Lo estoy -respondió flemático-. De hecho, mientras estábamos hablando he programado la intervención; no es por presumir, pero me ha salido una pequeña obra de arte.

-Te lo agradezco infinito...

-No te precipites, mi querido amigo; esta chapucilla tiene un precio que me pienso cobrar -le atajó con picardía.

-¿Cómo? ¿Qué? Yo...

-Pero que tú estarás encantado de pagar... o al menos eso espero -concluyó rematando la chanza con una carcajada-. Así que te puedes tranquilizar. Por cierto, ¿eres consciente de que, junto con buena parte de la vida de este hombre desaparecerá de tu expediente todo lo relativo a tu intervención en esta misión? Para lo bueno y para lo malo, matizo.

-Eso era precisamente lo que quería; borrar mi reiterado fracaso y volver a empezar de cero como si no hada hubiera ocurrido. Al no existir suicidio, ya no recurrirán a mí para evitarlo.

-Resulta paradójico que nuestras intervenciones, a diferencia de las vuestras, puedan provocar cambios irrevocables no sólo en el pasado, sino también en vuestro devenir... -reflexionó filosóficamente- "Dios mueve al jugador y éste la pieza. ¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza?" Esto lo dijo un escritor, cuyo nombre no recuerdo, más o menos por la misma época que la de tu última misión, y parece escrita expresamente para nosotros. ¿Habrá alguien capaz de modificar lo que estoy haciendo sin que yo sea consciente de su existencia?

-¿Por qué no vamos al grano -le apremió Klem- y nos dejamos de elucubraciones? ¿Qué es lo que quieres de mí?

-No sé si has tenido en cuenta que aunque tu expediente quede limpio, como espero que ocurra, seguirás siendo un simple prospector en prácticas con unas posibilidades de promoción profesional más bien escasas, incluso si pasas a formar parte de la plantilla fija. ¿Son éstas tus aspiraciones?

-Bueno, yo...

-Responderé por ti: No. Por eso te ofrezco, como forma de pagarme la deuda -rió de nuevo- la posibilidad de llegar mucho más alto. En concreto, pasando a formar parte de mi departamento, donde estoy seguro que podrás desarrollar convenientemente tus aptitudes, que ahora están desaprovechadas. Eso sí, dejarías de ser un agente de campo, nosotros raramente nos metemos en una cabina para viajar al pasado ya que trabajamos desde nuestros despachos. ¿Qué respondes?

-¿Hablas en serio?

-Por supuesto. Otro de los privilegios de los que disfrutamos los *bomberos* es el de poder reclamar al personal de cualquier otro departamento que consideremos apto para trabajar en el nuestro, saltándonos toda la engorrosa burocracia de la sección de recursos humanos; y bien que les fastidia -concluyó divertido.

»Y te advierto una cosa: si rehúsas, soy capaz de programar una modificación de la realidad para obligarte a hacerlo.

Klem no rehusó.